

0.1 De la tierra, se alzaron

Selena F.



Capítulo 1

Érase una vez un reino bajo tierra. Un feudo excavado en piedra y barro, gobernado por unos señores que no lo habitaban.

Éranse los hijos de un dios padre y una diosa madre olvidados por sus progenitores, vendidos a un destino miserable, esclavos de sus hermanos. Dioses menores que jugaban a ser como sus padres y que se creían bendecidos por ellos.

Érase una reina coronada por la sangre que resbalaba de una daga enjoyada.

Érase una vez, el comienzo de un equilibrio en forma de venganza.

Capítulo 2

Correr por la arena es una tarea difícil en condiciones normales. Si a eso se le suman unas plantas de los pies con cortes, un cuerpo que apenas ha comido nada en días y del que han abusado durante más tiempo todavía, esto se vuelve prácticamente imposible. Sin embargo, pocos alicientes hay que sean más fuertes que el miedo a morir.

La joven sidhe había conseguido llegar al norte del territorio del Fuego y la Arena sin que la cogieran, donde el suelo ya no cedía bajo sus pisadas y los matorrales bajos y espinosos habían dado paso a árboles más robustos y frondosos. No tardaría en llegar a Tierra de Nadie, pero eso no significaba que sus perseguidores fueran a cejar en su caza.

La sidhe no tenía nada de especial; solo era una esclava más de las muchas que vivían bajo el suelo de las Casas de los Hijos Predilectos fae. Solo una esclava. Para los otros feéricos mayores, ni ella ni el resto de los de su especie eran mejores que los animales que traían del mundo de arriba, tanto para entretenerse como para trabajar; eran exactamente lo mismo. No, en algunos casos, ni siquiera lo mismo. Ella había visto a algunos fae tratar con más mimo y cuidado a las bestias grandes y elegantes traídas del mundo mortal, a las que llamaban caballos, que a cualquiera de los esclavos que vivían en sus tierras. La sidhe que corría escapando de su dueño no había sido tratada nunca con tanto esmero, aunque este se hubiera encaprichado de ella como lo hacía con aquellos animales.

Tras un día y medio escapando, el cuerpo maltratado de la joven comenzó a fallar. Tropezaba continuamente, el dolor de las piedras clavadas en sus pies era algo que ya no podía seguir ignorando durante mucho más tiempo, igual que el hecho de que llevaba sin comer más de dos días. Su sangre era la de una inmortal, sí, pero sin haber realizado la Turas Mara, el extraño viaje a la muerte que le concedía la posibilidad de una vida eterna a los que eran como ella, aquel cuerpo desfallecería cuando menos se lo esperase.

La sidhe aminoró un poco la marcha y miró por encima de su escuálido hombro. El paraje de hierba corta y árboles bajos de corteza gruesa, salpicados aquí y allá, parecía estar desierto. No vio a nadie tras ella, pero eso no quería decir que estuvieran lejos. Si se detenía, su cuerpo no sería capaz de volver a ponerse en marcha. Apretó los dientes y continuó moviéndose todo lo rápido que podía.

La tierra se volvió más húmeda y se cubrió de hierba verde, más alta y exuberante. El paisaje cambió por completo. Un bosque espeso y oscuro como una boca llena de dientes marrones y podridos la recibió en su interior horas después. No había nada que señalizase el límite entre Tierra

de Nadie y los territorios de las Casas de los fae, pero ella supo perfectamente cuando llegó. La magia salvaje de aquella tierra le golpeó la nariz, llenó sus pulmones y su sangre con su poder especiado y agreste. Aquel encantamiento libre y puro fue como un soplo de aire fresco para su cuerpo. La magia que emanaban los feéricos libres, los que no estaban atados a ninguna ley más que las de comer o ser comido, era antigua y pesada, la invitaba a detenerse, a bañarse en ella, abandonarse en su esencia... Y eso fue lo que la joven hizo, a pesar de que su juicio le decía que era de la peor decisión que podía tomar.

Al pararse bruscamente, tropezó y cayó de rodillas sobre un charco de barro que olía a algo más que a tierra empapada. Hizo una mueca de desagradado, pero aquel era el menor de sus problemas ahora.

Miró a su alrededor. Nunca había estado allí antes. Había pasado toda su corta vida en los territorios que quedaban al sur del continente, esclava de dos Hijos Predilectos de distinto nombre y con poderes diferentes, pero las experiencias en una Casa y en la otra habían sido las mismas, junto con su familia. Su familia, que se había quedado atrás, mientras ella huía como una...

Agitó la cabeza para apartar esos pensamientos, un gesto que la mareó y estuvo a punto de hacerla caer de nuevo. Pensaría en ellos más tarde, en cómo podría ayudarlos. Ahora, tenía que pensar en sí misma.

Había escuchado muchas historias sobre las tierras que se extendían por la parte central del continente, aquellas que habían quedado reservadas para los inmortales que se negaban a rendir pleitesía a los vanidosos y crueles Hijos Predilectos, los fae que habían sido bendecidos por los dioses y después habían ganado la Gran Guerra Inmortal. Aquel enfrentamiento cruento y salvaje había durado varios siglos y había finalizado mucho tiempo atrás, condenando a la joven sidhe y a los suyos a la vida que llevaban ahora. Siervos subyugados sin derecho siquiera a caminar por la tierra de su mundo igual que hacía el resto. Para los sidhe, solo había galerías bajo la superficie, escasamente iluminadas por el tenue resplandor que desprendían las velas de cera hasta que estas se consumían; nada de piedras de luz alimentadas por el contacto, los fae consideraban que ni siquiera se merecían eso.

A pesar de la daga que llevaba en la mano y que agarraba con tanta fuerza que hacía que los dedos le doliesen y que las gemas de diferentes colores quedasen grabadas en su piel, ella sabía que no tenía ninguna oportunidad contra los inmortales de aquel lugar, por mucho que los llamasen menores. No tenían los poderes de los fae ni tampoco los de los sidhe si estos llegaban a alcanzar la inmortalidad completa, ni tampoco solían usar sus armas sofisticadas hechas de hierro y acero, pero tenían garras afiladas, dientes preparados para desgarrar, y lo más importante; un gusto por la sangre y la muerte que no escondían detrás de apariencias

refinadas.

Los ojos de la joven recorrieron el lugar con rapidez, tratando de no perder detalle. Sus sentidos se abrieron todo lo que su cansancio le permitía. Había feéricos a su alrededor. Muchos. O eso sospechaba. No podía estar del todo segura con tanta magia en el ambiente, dificultándole distinguir entre el encantamiento propio del lugar y el que emitían los cuerpos de los inmortales. Ella no estaba acostumbrada a aquel despliegue de hechizo.

Su mirada vagó por las copas de los árboles, tan altas y espesas que en algunos puntos no permitían que la luz del sol penetrase hasta el suelo, generando a su alrededor una penumbra húmeda y fresca. El otoño había traído lluvias abundantes a aquel lugar y la hierba brillaba con la escasa claridad que se colaba entre el dosel. El olor de la tierra mojada, junto con el de la hojarasca que comenzaba a descomponerse entremezclado con el de animales corrientes e inmortales, impregnaba cada rincón y recoveco alrededor de la sidhe.

Era un sitio hermoso, pensó anonadada la joven. Tan diferente al subsuelo de tierra desnuda adornado con raíces peladas asomando aquí y allá en los que había pasado su vida. Tan verde y lleno de vida, se dijo mientras deslizaba sus ojos por la escena que la rodeaba, hasta que se detuvieron en un arbusto bajo, de color verde claro, con pequeñas flores blancas y unos puntos de color rojo pálido... Fresas silvestres. Nunca antes las había comido, pero las había visto en cajas de camino a los palacios y las villas de los nobles fae. A los sidhe tampoco se les estaban permitidos ese tipo de alimentos tan exquisitos. En verdad, no había mucho que a su especie se le permitiese comer; solo lo justo para que llevasen a cabo sus labores y se reprodujesen antes de desfallecer.

Trató de levantarse para alcanzarlos, pero de nuevo, las piernas le fallaron y se rebozó más todavía en el contenido del charco. Se arrastró con ayuda de los antebrazos, sin soltar la daga, y se aproximó al arbusto. Cogió una de aquellas esferas pequeñas y rojas con los dedos sucios y se la llevó a la boca. No pudo contener el gemido que se escapó de sus labios cuando la fruta estalló en su boca y su contenido líquido y fresco la llenó. Cogió más a puñados y se los tragó casi sin masticar, disfrutando de su sabor intenso y ligeramente ácido.

De pronto, escuchó voces lejanas y murmullos conocidos. Voces que la habían perseguido durante dos días. Se irguió sobre las rodillas como pudo y miró frenética a su alrededor, pero no los veía. Por la intensidad con la que los percibía, no podían estar lejos.

Iban a atraparla. Iban a cogerla y llevarla de vuelta a los túneles, o peor todavía. A las manos de aquel fae de sangre noble que la había... Un

gemido subió por su garganta, pero no llegó a salir.

No, no podía volver.

Se tiró sobre el charco de barro y se rebozó en él hasta que apenas ver a través de la maraña de su propio pelo y los chorretones de mugre cayendo sobre sus ojos. A duras penas, consiguió ponerse en pie y dirigirse hacia un árbol grueso situado a escasa distancia. Excavado en el tronco había un agujero no muy grande, redondeado, que comenzaba a la altura del suelo y se extendía varios centímetros hacia arriba. Si no lo hubiera tenido tan cerca, probablemente le hubiese pasado desapercibido, pues quedaba parcialmente oculto tras un matorral.

No perdió el tiempo. Caminó con cuidado, de puntillas, donde la tierra era más compacta para evitar dejar las marcas de sus pisadas en el suelo. Su pequeño y escuálido cuerpo cupo perfectamente en el hueco de la madera. Solo le quedaba esperar que no se hubiera metido en la casa ocupada de ningún inmortal. Por suerte, el hueco era más profundo de lo que parecía y pudo situarse dentro de él sin que ninguna parte de su cuerpo asomase hacia afuera. Se rodeó las rodillas con los brazos, la mano que sostenía la daga con joyas preciosas engarzadas en el oro por delante, con cuidado de que no sobresaliese de la abertura ni que los escasos rayos del sol le arrancasen un destello.

Aguardó, tratando de pausar su respiración y su corazón. La olerían; si no conseguía apaciguar sus nervios, el barro asqueroso con el que se había cubierto no tapanía su aroma y la encontrarían. Y si no, escucharían el golpeteo frenético de su corazón contra sus costillas.

Escasos momentos después, unas botas de piel, sucias hasta la rodilla y un poco gastadas, aparecieron en su campo de visión. Un estremecimiento violento recorrió su cuerpo, pero apretó los labios y consiguió no emitir ningún ruido.

Más pasos a su alrededor. Las botas que tenía delante se movieron y se alejaron de ella, pero no lo suficiente como para que desapareciesen de su vista. Vio otro par de piernas por la abertura, más lejos, y al mismo tiempo demasiado cerca.

Sus nervios y el ambiente cargado le habían impedido detectar el regusto que habían atraído aquellos inmortales consigo, dulce, más refinado y que destacaba en aquel lugar, pero sin duda, feérico.

Fae.

—No puedo creerme que hayamos llegado hasta aquí por una... —dijo la voz del que parecía encontrarse más cerca de ella, sobresaltándola de

nuevo.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo y la daga casi cae de su mano.

—El señor la quiere de vuelta —interrumpió otra voz masculina.

— ¿Por qué cojones le importa tanto? —protestó otro feérico diferente, uno que no parecía estar a la vista de la joven. Se estremeció de nuevo. ¿Cuántos habían ido a buscarla?— Solo es una asquerosa sidhe, hay decenas como ella viviendo en los túneles. Si no, siempre puede comprarse otra.

—Yo tampoco sé que le ve a ese saco de huesos —replicó la primera voz.

—Son órdenes, y nosotros las cumplimos.

Parecía que había uno que claramente mandaba en aquel grupo de tres. O, por lo menos, ella esperaba que fuesen tres.

Cerró los dedos con más fuerza alrededor de la empuñadura, hasta que notó las gemas clavarse en la piel de su palma. Arrugó el ceño ante ese tacto. Aquella arma era más para exhibir que para emplearla para matar. Malditos presuntuosos...

Se tragó sus protestas al mismo tiempo que dirigía sus ojos al exterior del agujero. Si le había servido hacía dos días para escapar, ahora también lo haría.

—Llevamos casi dos días detrás de ella...

—Eso no dice demasiado a nuestro favor, ¿no os parece?

La voz del líder sonaba más exasperada todavía que la de los otros dos, pero con un dejo diferente. El propio de aquel que quiere ver su tarea cumplida con eficiencia.

—Estoy harto de perseguir a esa esclava —siguió protestando otro—. Tener que venir a este lugar por un capricho...

— ¿Tienes miedo? —se burló el fae restante.

— ¿Tú no? —gruñó el anterior, que se ganó un bufido sonoro de su compañero, pero nada más—. Aquí no somos nada, Farquaad. No importa que seamos soldados al servicio de un noble y hermano del Hijo Predilecto del Fuego y la Arena. Solo somos comida y entretenimiento.

—Y también somos fae, maldita sea.

Los labios de la chica se retrajeron por encima de sus dientes, mostrándoselos a las piernas que se entreveían a través de la maleza. Estaban cerca, demasiado cerca...

—Sinónimo de comida para muchos de los que habitan estas tierras.

—Podemos decirle que la hemos seguido hasta aquí y que nos la encontramos muerta.

Hubo una pausa. El bosque pareció quedar en silencio a su alrededor, aguardando, interesado repentinamente por la escena que se estaba desarrollando en su interior. Más interesada estaba todavía la joven sidhe. Un pequeño rayo de esperanza intentó abrirse paso en su pecho, pero ella lo aprisionó y lo devolvió al oscuro lugar del que había salido.

—Querrá una prueba —dijo finalmente el líder.

Su voz sonaba levemente más dubitativa que antes, como si realmente estuviese sopesando la posibilidad.

—Podemos cortarle un dedo a cualquier sidhe que tenga más o menos la edad de esta y entregárselo. Son todas iguales, no notará la diferencia.

—Tampoco creo que se dé cuenta si a otro esclavo le falta alguna parte del cuerpo.

—Pero...

— ¡No me jodas, Farquaad! —gritó el soldado que se encontraba más cerca, haciendo que el eco de su voz retumbase en el interior del agujero en el que se encontraba ella— ¿Quieres quedarte a pasar aquí la noche? ¿Estás de broma?

—Si volvemos sin ella...

—Eres un cagado.

— ¡Vosotros también!

—Sí, pero prefiero rendirle cuentas a un noble con la bragueta caliente y no a ningún ser hambriento que habite este lugar.

—Si no está muerta ahora, lo estará muy pronto —intervino el que menos había hablado de los tres, más calmado que el resto, pero con evidentes ganas de querer salir de allí y olvidarse de la joven esclava—. Es una cría

que no ha pasado la Turas Mara, no tiene nada que hacer aquí.

Otro silencio, otra espera tensa. La sidhe aguardo, conteniendo la respiración, rezando a unos dioses que esperaba que no la hubieran abandonado del todo.

—De acuerdo, héroe —replicó el mismo fae de antes tras soltar un suspiro—, espero que Lord Aedan pronuncie unas palabras bien bonitas en tu funeral sin cadáver.

Escuchó pasos que se alejaban. Un par de botas desapareció de su campo de visión, pero otro permaneció donde se encontraba. Ella, igual que el resto de feéricos, aunque todavía no hubiera hecho aquel viaje que la convertiría en inmortal de verdad, podía percibir las emociones que emanaban de los cuerpos vivos de quienes la rodeaban, cuando éstas no estaban bien contenidas y medidas. Los sentimientos predominantes influían en el poder que desprendían los feéricos, creando a su alrededor un aroma especial, característico, que se dejaba notar en los sentidos de quienes tenían la capacidad de percibirlos. Aquel fae no se estaba esforzando demasiado en ocultar lo que sentía mientras veía cómo sus compañeros lo abandonaban. E igual que ella podía notarlo, el resto de inmortales que se encontrasen en el lugar también podrían hacerlo. La joven se preguntó si los fae serían tan estúpidos como para que no les importase atraer la presencia de los feéricos del bosque de la Tierra de Nadie, aquellos que no obedecían sus órdenes. O si en verdad eran tan poderosos que no les importaba enfrentarse a ellos. Teniendo en cuenta cómo habían reaccionado los fae que habían dado media vuelta y se habían ido, esto era improbable.

Al final, el soldado del Fuego y la Arena soltó un grito en dirección a los otros dos, tan repentino que hizo que la joven se sobresaltase.

— ¡Esperad!

Las piernas largas y fuertes desaparecieron de su vista. Escuchó el golpeteo de pasos apresurados que se alejaban pero, aun así, la sidhe aguardó.

Después de unos instantes tanteando el aire a su alrededor, decidió asomar un poco la cabeza por el agujero. No quedaba más rastro de sus perseguidores que el correteo frenético de la sangre de la sidhe en sus oídos.

Dejó escapar un suspiro de alivio, pero entonces reparó en la penumbra que la rodaba. Los fae tenían razón, se estaba haciendo de noche. No se había dado cuenta por culpa de la maraña de ramas frondosas que tapaban el suelo del bosque, pero en menos de una hora aquel lugar se encontraría en total oscuridad. Y ella necesitaba un sitio para pasar la

noche.

Pero, ¿dónde?

No podía quedarse en aquel hueco. Apestaba a algo que ella no conocía y que no quería quedarse a averiguar de qué se trataba. Salir fuera y enfrentarse al bosque tampoco terminaba de parecerle la mejor idea. No podía permanecer al raso; las criaturas que poblaban el suelo en la noche estarían encantadas con una comida fácil, aunque simplemente fuera roer los huesos de su cuerpo delgado. Sopesó la idea de escalar a un árbol y quedarse allí, en alguna rama. No era una alternativa que la convenciese demasiado, pero no tenía muchas más opciones.

Cogió unas cuantas fresas silvestres y comenzó a buscar un sitio para dormir. No tenía mucha idea sobre cuáles eran los lugares más indicados para pasar la noche en Tierra de Nadie, ni tampoco qué precauciones debía de tomar para llegar viva al día siguiente. La sidhe solo sabía hacer su trabajo, que consistía en limpiar las casas de otros, arar un campo que a ella no le daría de comer, picar piedra y talar madera con la que nunca se construiría una casa para ella ni para su familia. Sabía hacer todo eso, y también rezar. Su padre decía que aquella tarea que ella seguía llevando a cabo cada noche antes de dormir era inútil y estúpida. Padre y Madre, los dioses superiores de todos los feéricos, hacía mucho que se habían olvidado de ellos. El resultado de la Gran Guerra Inmortal era la prueba. Pero la joven había insistido, noche tras noche, y puede que al final todas sus plegarias hubieran tenido efecto. O puede que, cansados de su insistencia, los dioses la hubieran guiado a un destino peor todavía que el que ya tenía.

Dejándose llevar por su instinto más básico, decidió que lo mejor sería evitar pasar la noche en el suelo. Había trepado a árboles con anterioridad, para recoger fruta, así que la tarea no sería complicada. Solo tenía que vencer el miedo de subir a uno tan alto, se dijo echando un vistazo a su alrededor antes de escoger uno.

Capítulo 3

Apenas durmió en toda la noche. La encrucijada entre una rama y el tronco del que salía no era el lugar más cómodo para reclinarse e intentar dormir, pero no era demasiado distinto al suelo duro y frío al que estaba acostumbrada; solo tenía que estar más atenta a no perder el equilibrio y caer al suelo. Un suelo que, por cierto, no era capaz de ver desde la altura a la que se encontraba, aunque tampoco estaba segura de querer hacerlo.

Lo peor de pasar la noche en Tierra de Nadie no era tener que hacerlo subida a un árbol, no. Lo peor eran los ruidos. Correteos, pisadas, gruñidos. Respiraciones jadeantes, aleteos. Algún chillido o grito ocasional. La quietud de la oscuridad fue lo único que echó de menos de dormir en los túneles. Allí, en aquella tierra sin normas, la penumbra parecía una cosa viva, un animal más, que acechaba, se divertía y lanzaba sonidos repentinos que le ponían la piel de gallina, cubierta de lodo y suciedad todavía.

Con cada sonido, la joven apretaba más la daga entre sus manos. Con cada chasquido, les dedicaba unas palabras a sus dioses. Puede que se hubieran cansado de ella, sí, pero si la habían enviado allí para morir, tendrían que escuchar sus súplicas hasta el momento final.

Sin embargo, nadie la importunó. En más de una ocasión estuvo convencida de que algún inmortal se desplazaba por las ramas del árbol en el que se encontraba, creyó poder notar su presencia, su poder, pero ninguno se le acercó lo suficiente como para poder verlo. Ninguno le hizo daño.

Cuando la luz del sol empezó a asomar entre las ramas, la joven dejó escapar un suspiro aliviado. El bosque seguía siendo un lugar peligroso, pero ella sabía que las peores criaturas se movían al amparo de la oscuridad de la noche.

Se tomó su tiempo para desentumecerse el cuerpo y bajar con cuidado hasta el suelo, más lejano de lo que lo recordaba; lo último que necesitaba era romperse algún hueso. Entonces sí que estaría vendida.

Cuando sus pies tocaron tierra firme, se puso a pensar en lo siguiente que haría. Ella tenía un plan. Más o menos. Tenía una idea de un plan, para ser exactos, y comenzaba por salir de aquel lugar, de aquel mundo. Tenía que llegar a la montaña sagrada, la que contenía la entrada al mundo de arriba. Una vez allí... bueno, ahí terminaba la idea. No había tenido demasiado tiempo para concretar algo más elaborado; correr por un desierto, escapando asustada y débil, no era el mejor escenario para

trazar un plan de verdad.

La chica sabía que si quería ayudar a su familia, o lo que quedaba de ella, tenía que recuperarse en un lugar seguro, y Elter no era ese sitio para una sidhe. Tampoco estaba segura de que el mundo mortal lo fuera, pero tenía que intentarlo; nunca había visto a ninguna de aquellas cazadoras de feéricos que tanto asco e incluso temor parecían suscitar en los fae y, precisamente por eso, porque nunca las había conocido, estaba dispuesta a correr el riesgo de internarse en su mundo.

Pero primero tenía que llegar hasta él, y no tenía ni idea de dónde se encontraba esa montaña.

— ¿Qué hace una chiquilla sidhe como tú, en un bosque cómo este?

Dio un salto en el sitio y comenzó a mirar frenética a su alrededor, buscando al dueño de aquella voz aguda y burlona. Pero no lo encontraba... Tal vez se lo había imaginado, quizás la falta de sueño...

Una risilla divertida rebotó contra la madera de los árboles.

—Aquí, aquí arriba.

La sidhe siguió la dirección en la que venía la voz y lo encontró por fin. Estaba encaramado a una rama, en el árbol enfrentado al que había usado ella para pasar la noche. No podía llevar allí mucho tiempo... O sí. Había bajado de espaldas, pero echando vistazos continuos por encima de su hombro, alerta, y aquella cosa... juraría que no había estado allí.

El feérico no era grande, pero eso no quería decir que no fuese peligroso. Con el cuerpo cubierto de pelo largo y liso, se parecía vagamente a un conejo, pero con las extremidades más largas, y las manos y los pies rematados en garras grandes y curvadas con las que se agarraba a la rama. Sus ojos ambarinos destacaban contra el pelaje negro, igual que sus orejas finas, que sobresalían de su cabeza, erguidas, atentas a todos los sonidos del bosque. Aquella era una de las muchas formas que podían adoptar los puccas.

La joven tragó saliva. Conocía la fama de seres de humor cambiante que tenían aquellas criaturas. Les gustaba gastar bromas, algunas más inocentes que otras, y también engañar, aunque en eso podría decirse que no eran diferentes a los demás inmortales.

Alzó la daga en su dirección y se irguió todo lo que pudo.

— ¿Hacia dónde se encuentra la montaña sagrada?

Un pequeño ramalazo de orgullo la llenó de calor cuando se dio cuenta de que su voz había conseguido sonar firme y decidida. Si tenía que llegar hasta aquel lugar, era mejor preguntar antes que andar dando tumbos sin rumbo fijo. El problema era a quién le preguntaba. Sabía que cabía la posibilidad de que no le dijese la verdad aunque le contestase. Podía llevarla a la guarida de cualquier cosa. Pero tenía que intentarlo. Sus opciones eran demasiado escasas como para poder elegir de verdad. Ese pensamiento hizo que apretase los labios con fuerza.

El pucca ladeó la cabeza y agitó su larga cola detrás de él. La curiosidad en sus ojos brilló con más intensidad. Ella podía imaginarse lo que estaba pensando. ¿Qué hacía una esclava sidhe en Tierra de Nadie preguntando por la salida del mundo inmortal?

—Baja eso, o te vas a hacer daño, niña.

Ella ignoró lo que le decía y, adoptando un tono más cortante, volvió a preguntar.

—He dicho que hacia dónde...

—Ya te he oído, no hace falta que grites más alto —respondió él—. Atraerás criaturas peores que yo, y eso ya es decir.

Un escalofrío recorrió el cuerpo húmedo de la joven. No, el pucca no era lo peor con lo que se podía cruzar.

—Contesta a mi pregunta, entonces.

— ¿Eres tú la sidhe de la que han estado persiguiendo esos tres fae imbéciles? —preguntó el ser, volviendo a hacer oídos sordos a su petición.

Ella no contestó. No consideraba que hiciese falta; probablemente no hubiese muchas más sidhes correteando por aquel lugar.

El pucca tampoco parecía esperar una respuesta, porque no tardó en volver a hablar.

—No tienes que preocuparte más por ellos. Ahora, están saciando los estómagos hambrientos de una banda de boggles. Bueno, parte de ellos, al menos.

Ella tardó en reaccionar a sus palabras. Algo dentro de su pecho se removió y necesitó una considerable fuerza de voluntad para evitar que sus labios se curvasen hacia arriba con una sonrisa. Tuvo curiosidad por saber cómo habrían quedado sus cuerpos después de que unas criaturas como los boggles, pequeños duendes de aspecto horrendo y puramente carnívoros, se cebasen con ellos. Debía ser todo un espectáculo macabro,

dijo una vocecilla extraña dentro de ella. Algo menos de lo que preocuparse. Pero la muerte de los fae no quería decir que estuviese completamente a salvo.

El pucca sonrió un poco, algo que la sidhe solo pudo percibir por el movimiento de sus bigotes.

—La salida al mundo mortal está en esa dirección —dijo señalando una de sus largas garras a la derecha de la joven.

Ella no se molestó en mirar hacia donde le indicaba; sabía que solo se encontraría maleza espesa y árboles, y tampoco quería perder de vista al feérico.

—No te queda mucho para llegar, medio día de camino si vas a buen ritmo. Pronto empezarás a sentir su influencia.

La sidhe hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, parte agradecimiento, parte comprensión. Conocía de oídas el efecto que la montaña tenía en los feéricos. O, mejor dicho, la sensación que les producía lo que se hallaba dentro de ella.

Comenzó a retroceder de espaldas hacia donde el pucca le había indicado, hasta que sus pies tropezaron con algo que había en el suelo y la desequilibró. Apartó su vista del ser solo un breve instante para ver de qué se trataba y recuperar la compostura, pero se quedó helada cuando sus ojos lo encontraron.

Un hueso. Alargado, todavía unido a algo de carne roja y sangrante que había formando un pequeño charco entorno a los restos. Restos de la noche anterior.

La sidhe dejó escapar un sonido similar a un gemido.

—Que no tengas que preocuparte por ellos no quiere decir que estés a salvo, niña.

Giró la cabeza con rapidez en la dirección en la que se encontraba el pucca, pero ya no estaba. Se había esfumado. Solo una leve marca de garras sobre la madera de la rama en la que había estado encaramado hablaba de su presencia allí. Lo buscó a su alrededor durante unos momentos, frenética. No lo encontró, pero podía sentir su mirada ambarina clavada en ella estudiándola. La suya y la de decenas de inmortales más; desde las ramas, los agujeros de los árboles, entre la maleza. Su corazón comenzó a palpar con más fuerza dentro de ella y la sangre comenzó a hormiguar bajo su piel. Si la estaban acechando, no

tenía sentido permanecer allí más tiempo.

Después de apretar los dientes con fuerza, la sidhe echó a correr.

Probablemente desplazarse por los bosques de la Tierra de Nadie de aquella manera tan poco discreta, donde predadores y presas se alternaban los papeles con facilidad, no fuese la elección más inteligente, y ella lo sabía, pero no tenía muchas más opciones. No podía permanecer en aquel lugar más tiempo. No quería. Estaba harta de sentirse observada, cazada. Cansada de que la mirasen como si fuera algo que comer o poseer. Toda su existencia se había basado en eso, pero estaba decidida a cambiarlo. No había arriesgado su vida y la de su familia para perecer ahora. No había escapado de una muerte segura que ocurriría tarde o temprano, haciendo las labores que los fae no querían, siendo su entretenimiento macabro día sí y día también, para acabar de la misma manera en aquel lugar. Pero ella era una niña todavía; una jovencita que no había conocido nada más allá de la esclavitud y el abuso. Los fae siempre habían sido su mayor problema. Ahora, tenía que enfrentarse a nuevos peligros en forma de feéricos salvajes y sedientos de placeres violentos. Y ella era la presa perfecta; inexperta e ingenua.

La joven dejó escapar un gruñido bajo entre sus dientes apretados ante esos pensamientos, sin aminorar la marcha. Tal vez encontrase la muerte en aquel bosque antiguo y agreste, pero por lo menos era un sitio más atractivo en el que expirar su último aliento que un túnel de tierra en penumbra.

Fue consciente de que algún inmortal alado la siguió durante una parte del trayecto, curioso, pero no se acercó a ella. Cruzó un pequeño claro bordeado de tilos fragrantés, situado cerca de un lago también minúsculo de aguas limpias que hizo que la sidhe valorase la posibilidad de darse un baño breve en él. Descartó la idea rápidamente; el fango y la mugre todavía cumplían la función de camuflar su olor. Además, estar sucia era algo a lo que la joven ya estaba acostumbrada.

Solo se detuvo a echar un vistazo, desde una distancia prudencial, a las pequeñas casitas de madera instaladas en las ramas de un tilo más grande que el resto, en la encrucijada de las ramas con el tronco. Un poblado pixie. Vio a algunas de aquellas criaturas revolotear entre las casas como abejas alrededor de una colmena.

El estómago se le revolvió ante aquella visión, tan dulce e idílica. Tan tranquila y apacible. Sentimientos que ella nunca había experimentado antes. Cosas que no sabía si algún día llegaría a tener. Momentos y memorias que nunca nadie había dejado que florecieran en su vida.

La daga enjoyada que no había soltado en ningún momento desde que se la había quitado del cinturón al noble fae pesó de pronto mucho en su

pequeña mano.

Aquellos seres, a pesar de vivir en un lugar hostil como las tierras no gobernadas, nunca sabrían por lo que ella, con catorce años, había pasado. Lo que los suyos, los sidhe, habían sufrido durante largos siglos viviendo en el subsuelo de Elter, pagando la derrota de sus antepasados. Y, si lo sabían, no parecía importarles. ¿Por qué iba a hacerlo? Ellos se habían mostrado neutrales durante la guerra entre fae y sidhe, ninguno había tomado partido claramente por un bando u otro; algunos simplemente se habían apuntado a la contienda por el simple placer de la lucha, la sangre y el frenesí de la batalla. La destrucción y la muerte. Se habían enfrentado a una u otra parte de manera indiscriminada, cambiando sus lealtades de un día para otro, incluso. Cuando todo terminó, siguieron con sus vidas como si nada hubiera pasado, como si no fuera cosa suya. Las disputas entre los feéricos mayores, decían burlones, no era asunto suyo. No lo era hasta cierto punto, cuando no les convenía.

La sidhe se quedó mirando a aquellos pequeños seres con alas hacer su vida apacible y sin grandes preocupaciones, sin meterse en asuntos que no los concernían, durante unos instantes más, soñando, imaginando. Fantaseando con aquello que quería tener de ellos. O intentándolo. Porque aunque ella ya sabía de la existencia de vidas como la que llevaban aquellos pixies, la sidhe nunca había probado nada así. Para ella, algo así solo existía en su imaginación.

Parpadeó para desempañar su vista repentinamente nublada. No podía verlo, pero parte de la mugre que cubría sus mejillas estaba ahora surcada de corretones que dejaban a la vista la piel pálida de debajo.

Apretando los dientes de nuevo, la sidhe volvió a ponerse en marcha, dejando atrás la estampa bucólica. En esta ocasión, no dejó de moverse ni se detuvo por nada. Solo dio un pequeño traspiés cuando comenzó a experimentar la influencia de la montaña en su pecho, una sensación extraña en torno a él. Sus pulmones y su corazón de pronto parecieron tener menos espacio en su tórax, provocando que la emoción le subiese al rostro, a los ojos. Aquella turbación tan peculiar y difícil de definir debía de ser a lo que se había referido el pucca.

Hiraeth, lo llamaban los feéricos, y tenía un efecto mayor cuando se encontraban al otro de la montaña, en el otro mundo. Podía llegar a ser doloroso incluso, o eso había escuchado ella, pero en ese momento poco le importaba.

Se detuvo un momento para contemplar la formación rocosa que había aparecido ante ella y que la hacía sentirse de aquella manera tan extraña e incómoda. La montaña sagrada no tenía un aspecto... grandioso, por decirlo de alguna manera, o eso le pareció a la joven. Más bien, parecía una muela picada, rota en uno de sus extremos y bordeado de diferentes

tonos de marrón.

El camino hasta su interior fue intuitivo, dejándose guiar por lo que sentía. La entrada a las entrañas de la montaña era perfectamente visible debido al tránsito que experimentaba. Un hueco oscuro como la boca de un monstruo le dio la bienvenida y ella, después de una breve vacilación y un temblor que le recorrió todo el cuerpo, se metió dentro. La bajada hasta el vientre de la montaña era resbaladiza, pues la tierra y la roca estaban húmedas.

Con la daga bien sujeta, la chiquilla siguió un intrincado camino de túneles que se bifurcaban constantemente, cubiertos de restos de... de cosas en las que prefirió no fijarse demasiado, aunque por el olor podía imaginarse de qué se trataban. Había puntos de luz mágica muy espaciados que iluminaban los corredores tenuemente, lo suficiente como para distinguir las pareces de roca y tierra de los que colgaban algunas raíces finas, como dedos cadavéricos. Podía escuchar el goteo del agua en algún punto lejano, y también sonidos de pisadas que hacían que se pusiera tensa y agarrase el puñal con más fuerza todavía.

Después de una caminata que se le hizo eterna, llegó a lo que parecía un ensanchamiento peculiar, con la vaga apariencia de una estancia. Un hueco muy amplio escavado en la roca, liso y limpio, iluminado en varios extremos con las mismas luces alimentadas por la magia natural de Elter. La oscuridad lamía las irregularidades de la habitación allí donde la claridad no llegaba y, en un extremo casi contrario a donde ella se encontraba, le pareció ver una elevación del terreno, rectangular, con aspecto de silla extraña.

Aquel lugar tenía cierto aspecto grandioso, pensó, aunque un poco decadente y oscuro. Como el salón de un palacio bajo tierra.

Los sonidos de las criaturas que también se encontraban en el interior de la montaña le recordaron que no podía permanecer allí mucho tiempo.

Después de largos minutos vagando por el interior de la formación rocosa, descendiendo pero también subiendo, adentrándose más y más en ella, la sidhe llegó a lo que estaba buscando.

La brecha que unía el mundo de abajo con el de arriba se encontraba en una pared, a la altura de su frente y, de no haber sido por lo que parecía una especie de escalón tallado en la roca, no estaba segura de cómo habría podido alcanzarla.

Tragó saliva ante la visión que tenía delante, pero sobre todo ante el poder que emanaba. Era tan fuerte que había sido capaz de sentirlo a kilómetros de distancia, llamándola, invitándola a acercarse. A sumergirse en el otro lado. La había acompañado durante todo el camino hasta allí, le

había ido susurrando los corredores que tenía que elegir. Por fin la tenía delante.

Miró la negrura infinita bordeada de carmesí, aquella fisura en la piedra, como una herida abierta y sin cicatrizar. Un portal entre mundos, separando lo que estaba arriba de lo que se encontraba abajo. Había llegado a su destino. Esto era lo que quería. O eso pensaba.

Conocía de oídas lejanas lo que se encontraría al otro lado. Un lugar hostil, de una manera diferente y desconocida a como lo era la Tierra de Nadie de los inmortales, donde no sería bien recibida. Donde también querrían cazarla.

Con las piernas temblorosas, se subió al escalón improvisado y echó otro vistazo, tratando de discernir algo parecido al mundo en el que se encontraba en ese momento al otro lado de la negrura, pero no había nada. Solo oscuridad. Incertidumbre.

Inhaló con fuerza, la esencia de la magia que impregnada aquel lugar hormigueando su pecho. No podía dar media vuelta y volver por donde había venido. No quería hacerlo. Sabía lo que le esperaba si lo hacía, y le parecía todavía más inquietante que la oscuridad que esperaba pacientemente su decisión.

La sidhe dio un paso adelante y la brecha se la tragó.

Capítulo 4

Viajar entre mundos era... curioso. No estaba segura de si subía o bajaba aunque, si al mundo de los mortales se lo conocía como arriba, supuso que lo primero sería lo más probable. Puede que hiciera el trayecto con los ojos abiertos o cerrados; la negrura que la rodeaba era tan espesa que resultaba difícil discernir entre un parpadeo y el siguiente. Su cuerpo se sentía ingravido, como si flotase dentro de un fluido lo suficientemente ligero como para que no notase su presencia a su alrededor, pero lo bastante sólido como la que soportase su peso.

No sabría decir cuánto duró el viaje; podrían haber sido una eternidad o solo unos instantes. La penumbra comenzó a cambiar a su alrededor muy levemente, menos firme que antes, menos oscura, y entonces sí empezó a notar la velocidad a la que se movía su cuerpo, acercándola más y más a lo que parecía una grieta en las tinieblas, rodeada de un halo rojizo. Puede que gritase cuando se precipitó hacia aquella fisura, pero si lo hizo, el sonido murió en la nada que la rodeaba.

Cuando sus pies tocaron por fin algo firme, tropezó y cayó de bruces. Tosió con fuerza, sintiendo como sus pulmones quemaban dentro de su pecho y cómo su corazón bombeaba con fuerza sangre a sus oídos, provocándole un pitido desagradable. La magia de la brecha se había quedado en su piel, vibrando sobre ella, golpeándola con suavidad como si se tratase de la cuerda de un instrumento. Su poder primitivo hacía que todo su cuerpo hormiguease con una sensación extraña y al mismo tiempo agradable y placentera, casi revitalizante.

Abrió los ojos, pero tuvo que parpadear cuando descubrió que su visión estaba salpicada de pequeños puntos de luz. Sus dedos se cerraron en torno a la empuñadura enjorada, un tacto que había comenzado a resultarle reconfortante. Cuando consiguió enfocar la vista y distinguir algo en la densa oscuridad del lugar en el que se encontraba, vio que había caído sobre un suelo de tierra húmeda y compacta. Y delante de los pies de alguien. Unos pies escamosos y desnudos, terminados en garras negras y curvadas que se enterraban en la tierra.

La sidhe levantó la cabeza despacio, apartándose la maraña de pelo sucio con la mano libre para poder ver mejor.

Un cambiaforma. Un ser que se metamorfoseaba a placer, mostrando en cada momento la apariencia que deseaba, aunque por lo general solían tener una preferida. En el caso del ser que la joven tenía delante, se trataba de algo parecido a un lagarto, de cabeza aplastada y con un largo hocico escamoso. Los colmillos que asomaban de sus labios finos eran largo y curvados, más parecidos a los de un jabalí que a los de un reptil. Tardó un instante que comprender que la mueca extraña que el ser le

dedicaba era una sonrisa.

— ¿Qué tenemos aquí?

La joven puso los ojos en blanco, conteniendo a duras penas el gemido angustiado que comenzaba a subirle por el pecho. Se apartó del cambiaforma lo más rápido que pudo, poniéndose en pie y colocando la daga de por medio. Sintió el portal entre mundos por el que acaba de precipitarse a sus espaldas, con su magia ancestral y primitiva rodeándola. La brecha parecía latir detrás de ella, palpitando con un brillo rojizo, como el corazón de un ser vivo.

El ser que tenía delante la miró con los ojos entrecerrados, sus pupilas verticales analizándola de arriba abajo, deteniéndose un poco más en el arma enjoyada que portaba la joven y que olía levemente a sangre de fae.

—Eso no es tuyo —dijo con un siseo el cambiaforma, ampliando un poco más su sonrisa, como si el hecho de que una chiquilla sidhe portando una daga manchada con sangre de otro feérico mayor escondiese alguna broma particularmente graciosa— ¿De dónde te has escapado, esclava?

Ella no contestó a la pregunta. Se limitó a echar un vistazo rápido a su entorno en penumbra. No había nada que iluminase la galería en la que se encontraban, y por eso la sidhe jugaba en desventaja. Sus ojos de feérica podían adaptarse a la oscuridad y ver en ella, vislumbrar formas, percibir algunos colores, pero sin haber realizado la Turas Mara, sus sentidos no estaban plenamente desarrollados. No como los del inmortal que tenía delante de ella, que podía verla a la perfección.

— ¿Quién es tu Hijo Predilecto? —prosiguió hablando el cambiaforma, dando un paso hacia ella—. Tal vez si te devuelvo a él me dé una recompensa jugosa.

La sidhe aguardó, con el corazón martilleando contra sus costillas de una manera que estaba segura que el otro feérico podía oírlo. El metamorfo de lagarto no era un ser particularmente grande; su cuerpo alargado le sacaba más de una cabeza a la joven, pero no era corpulento. Aun así, conseguía tapanle el resto de la galería, cortándole totalmente el paso. No tenía más salida que la brecha a través de la que había venido y, aunque la traspasase y volviera de vuelta al mundo inmortal, lo más probable era que la siguiese.

Apretó los dientes. No, no iba a volver. Todavía no.

No tenía formación de luchadora. Solo sabía emplear cuchillos y utensilios vagamente similares a armas para llevar a cabo tareas domésticas. Había visto alguna vez luchar a otros feéricos entre sí, a faes emplear espadas y

cuchillos, arcos cargados con flechas y también grandes e imponentes ballestas, así como armas a las que no sabía poner nombre. Le había parecido hermoso, letal. Y también bastante intuitivo.

La sidhe dejó que el cambiaforma se aproximase a ella, con la espalda pegada a la pared de roca fría y húmeda que tenía detrás, pausando su respiración, concentrándose, tratando que la sangre que le corría frenética por los oídos se calmase. Empezó a notar el aliento del inmortal en la cara. Sus dedos se cerraron con más fuerza en torno a la daga.

El metamorfo se movió muy rápido. Sus dedos se cerraron en torno al brazo que sostenía el arma, sus garras se clavaron en la carne, rompiendo la piel y haciendo brotar la sangre. La sidhe compuso una mueca de dolor, pero estaba preparada. La palma de su mano libre golpeó la garganta del inmortal en la protuberancia que salía de esta, dejándolo momentáneamente sin respiración. El cambiaforma no soltó su agarre, pero lo aflojó lo suficiente para que ella, tirando con una fuerza desconocida, consiguiese desasirse. Las uñas trazaron surcos profundos en su brazo, y el olor de su sangre cargó el aire a su alrededor. El dolor le subió por la extremidad, pero lo había estado esperando. Aquello no era nada comparado con lo que ya había sufrido con anterioridad.

Con un gruñido casi animal, la sidhe giró la daga y la clavó en la boca del cambiaforma, atravesándola desde abajo, cortando la piel escamosa, el músculo y la carne de la lengua. Chocó contra algo duro, el hueso del paladar, que también consiguió traspasar con un crujido que rebotó contra las paredes de roca.

El inmortal puso los ojos en blanco, sus pupilas verticales de repente muy finas, y la miró. Pero ya no la veía, no del todo. Su visión había comenzado a nublarse y antes de que la sidhe sacase la daga de su cuerpo herido, el metamorfo pudo escuchar:

—Yo no soy de nadie.

La sidhe tuvo que hacer más fuerza de la que pensaba para poder sacar el arma del cuerpo del feérico, que no paraba de manotear, trataba de agarrarla. Cuando consiguió arrancar el arma de la boca del cambiaforma, antes de que el cuerpo cayese sobre ella, se apartó y dio un empujón con el brazo sano, desviando su trayectoria. Provocando así que se precipitase por la brecha.

La sidhe vio cómo el agujero se tragaba el cuerpo del cambiaforma, cómo la negrura lo envolvía y parecía proyectar tentáculos que se enroscaban a su alrededor. Como un ser vivo, un depredador atrayendo una presa hacia su boca. Los bordes de la brecha ondularon un instante, de manera similar a la superficie de un cuerpo de agua luego de lanzar una roca en su

interior, y el cuerpo del inmortal desapareció.

Ella se quedó mirando el portal unos instantes, hasta que el dolor de su brazo herido volvió a hacer acto de presencia. Parpadeó y dejó escapar un suspiro

El ambiente estaba cargado, apestaba a sangre, la suya y la del cambiaforma, esta última cubriendo la daga y también su mano. La sidhe pudo apreciarla, oscura y espesa, manchando sus dedos. Similar a la sangre del noble fae, que también había cubierto su piel de una manera similar hacía escasos días.

Había matado; en esta ocasión, estaba segura de haberlo hecho. A pesar de no tener mucha idea sobre pelear, una herida como la que le había hecho al metamorfo, aun con la rapidez con la que los inmortales podían sanar, tenía que ser letal. No estaba tan segura con respecto a la que le había hecho al fae, Lord Aedan. Y tampoco sabía si deseaba que estuviera muerto o no. Aquel bastardo se merecía algo más elaborado que una herida en la entrepierna.

No sintió nada ante la idea de lo que acababa de hacer, ante el hecho de haber quitado una vida. Por lo menos, nada que se pareciese mínimamente al desagrado o al remordimiento. Había sido sencillo, en cierto modo. Excitante, incluso. Sentía su cuerpo cansado después de todo lo vivido en los últimos días, pero la pelea le había dejado un hormigueo agradable en cuerpo. Un sentimiento de satisfacción y liberación que la joven no había experimentado nunca antes, pero no duró demasiado.

Unos murmullos lejanos la pusieron alerta. Pasos. Pisadas que se acercaban. Soltó un gruñido gutural y trató de pensar con rapidez.

Esta vez, no había nada que la guiase. El hechizo que en el mundo inmortal la había guiado por los túneles hasta la brecha ahora hacía lo mismo, pero le indicaba una dirección que no quería seguir en ese momento. Solo tenía una alternativa.

Se puso a caminar en dirección al ruido, con el brazo herido pegado al pecho y la frente alta, su mirada atenta escaneando las sombras ante ella. No tardó mucho en encontrarse a los dueños de los pasos que estaba escuchado.

Era un grupo de tres cambiaforma como el que acababa de matar, todos con el mismo aspecto de lagarto grotesco erguido sobre sus patas traseras. Los feéricos habían seguido el aroma de la sangre, curiosos y excitados. Soltaron un gorjeo casi al unísono, sorprendidos, cuando se encontraron a aquella criatura que tardaron unos instantes en identificar,

cubierta como estaba de mugre y una mezcla de sangre.

—Pero, ¿qué tenemos aquí? —preguntó retóricamente uno de ellos cruzando las brazos sobre el pecho escamoso.

—Hacía mucho que no nos encontrábamos un sidhe. No sois demasiado comunes por este lugar —dijo otro—. Quiero decir, esta montaña —sonrió antes de continuar—. No bajo tierra, por supuesto.

Los demás rieron la gracia con un sonido similar al de piedras chocando unas contra las otras.

La joven, que se había detenido en el momento que vislumbró sus figuras en el túnel, ladeó la cabeza, como un gato curioso. El medio que no quería admitir que sentía había desaparecido, reemplazado por la extrañeza que le producían las palabras del último cambiaforma que había hablado.

No demasiado comunes en aquel lugar...

Ella sabía que no era la única que había tratado de escaparse del Hijo Predilecto que la tenía en propiedad. Muchos lo hacían, de hecho. Algunos como ella trataban de llegar al mundo humano. Otros probaban suerte en Tierra de Nadie, donde muchas veces, a pesar de que lugar no tenía dueño, volvían a ser capturados y llevados ante aquellos que los habían comprado por última vez. Y nadie, ningún otro feérico, se oponía a esto cuando lo presenciaba. La joven sidhe había visto con sus propios ojos lo que les ocurría a quienes volvían a casa luego de intentar escapar.

Tragó saliva, que bajó por su garganta dejando un regusto amargo y rasposo.

—Dejadme salir —dijo con voz clara y firme.

Los tres seres de aspecto reptiliano pusieron los ojos en blanco, desconcertados ante su actitud, antes de volver a reír. Ella aguardó hasta que sus risas se apagaron antes de repetir:

—Quiero salir y me vais a dejar salir.

— ¿Por qué íbamos a hacer eso? —replicó uno de ellos, sin terminar de salir de su asombro.

La joven no podía leer la mente como el Hijo Predilecto de una de las Casas del norte, pero por el olor que desprendía, supo que el feérico que acaba de hablar, igual que sus compañeros, se estaban preguntando si habría acontecido algo en el mundo inmortal para que aquella chiquilla,

aquella sidhe, tuviese el descaro de hablarles de aquella manera.

Ese desconcierto la envalentonó lo suficiente como para erguirse todavía más en su escasa estatura y hablar con una voz pausada y firme, desconocida para ella.

—Porque os lo estoy pidiendo de buenas maneras —replicó con calma—. No quiero tener que usar esto —puntualizó alzando la daga.

—Oh, pero ¿sabes siquiera cómo usarlo? —preguntó otro cambiaforma, haciendo un gesto con la cara que recordaba vagamente a enarcar una ceja.

—Acabo de matar a uno de los vuestros, así que diría que sí —respondió la sidhe con sencillez.

Ellos sabían que era cierto; podían oler a su compañero en ella, su sangre manchándola. La recorrieron de arriba abajo con la mirada, cierta cautela brillando ahora en sus ojos ambarinos, preguntándose como aquello que parecía un montón de huesos debajo de una gruesa capa de barro maloliente habría conseguido siquiera hacerlo sangrar. Uno de ellos, además, reparó en otra cosa. Sus palabras. Lo que había dicho y cómo lo había dicho. Tal vez no fuera lo más acuciante en ese momento, pero no pudo evitar preguntar:

— ¿Uno de los nuestros?

La sidhe desplazó sus ojos hasta él. Nunca se había mirado a uno de los grandes y ostentosos espejos que los fae usaban para acicalarse, aunque había estado delante de ellos en más de una ocasión; no había querido hacerlo. No quería ver su aspecto demacrado reflejado en aquellas superficies brillantes y vanidosas. Solo se había visto reflejada en el agua, pero sabía que sus ojos eran oscuros, casi totalmente negros, fríos y afilados como un puñal de ónice. Era consciente de que sus miradas podían ser igual de cortantes que la daga que llevaba en la mano, así que usó una de esas sutiles armas para observar de nuevo a los cambiaforma, que se removieron de manera casi imperceptible en sus posiciones, repentinamente incómodos.

La joven les dedicó también un asentimiento, corto y directo, en respuesta a la pregunta que le habían hecho. El cambia forma que había hablado por última vez se pasó la lengua bífida por el labio inferior antes de proseguir.

—Lo dices como si tú misma no fueras una feérica.

—Soy feérica —contestó ella—, pero no soy de los vuestros. Soy una sidhe.

Una feérica mayor.

Una sonrisa blanca se extendió por sus labios, despejando su rostro manchado de barro, iluminándolo por un momento. Los caninos ligeramente alargados, el rasgo físico que diferenciaba a fae y sidhe, quedaron al descubierto.

—Solo eres una esclava —replicó otro de aquellos seres.

— ¿Te crees mejor que nosotros, asquerosa mierdecilla del subsuelo?—dijo casi al mismo tiempo otro.

Ella aguardó, paciente y serena, a que terminasen de hablar.

—Lo era —respondió, y a ninguno de ellos le hizo falta saber a qué se refería—. Me he ganado mi libertad —puntualizó agitando ligeramente la daga enjoyada y manchada de mugre y sangre—. Ya no soy una mierdecilla del subsuelo —finalizó mirando en concreto al cambiaforma que la había llamado de esa manera.

Los tres metamorfos, más desconcertados si cabía, se quedaron mirándola, sin saber cómo reaccionar a sus palabras. La sidhe, al ver que no decían nada, volvió a hablar.

—Dejadme pasar.

Uno de ellos agitó su cabeza de lagarto con un gesto de negación.

— ¿De dónde has salido? —preguntó casi en un susurro.

Ella soltó un suspiro que resultó casi teatral.

—De debajo de la tierra —respondió con un dejo de condescendencia tiñendo tus palabras—. Como todos los sidhe.

— ¿Quién te crees que eres para darnos órdenes, eh? Para hablarnos de esa manera... —gruñó uno de los inmortales, agitando la cola detrás de él como un látigo. Dio un par de pasos en dirección a la sidhe, mostrando las dos hileras de dientes de su boca— ¿La reina de los túneles? ¿La soberana bajo la tierra?

La sidhe ladeó la cabeza y lo miró frunciendo el ceño, interesada. Paladeando aquellas palabras, cómo sonaban. Cómo la hacían sentir.

Reina de los túneles.

Soberana bajo tierra.

No sonaban nada mal. Quizás era un poco atrevido referirse a ella con aquellos apelativos tan presuntuosos y que, por un momento, le hicieron pensar en los títulos que se habían dado a sí mismos los fae luego de terminar la guerra, pero no le disgustaban en absoluto.

—Creo que alguien necesita recordarte tu lugar, chiquilla —dijo el último cambiaforma que había hablado—. Esos aires de grandeza... Todos los feéricos mayores sois iguales, presuntuosos fae y desgraciados sidhe. Estáis hechos de la misma pasta, los hijos favoritos de Padre y Madre. O no tan favoritos, por lo que se vio durante la guerra.

—Me pregunto quién acabaría bajo tierra si la historia volviera a repetirse —murmuró ella en un tono casi soñador.

Todo el mundo aceptaba la versión que los fae habían dado sobre la ventaja que habían adquirido hacia al final de guerra. Hasta los propios sidhe lo habían hecho. Los habían llamado, a la propia Madre y al propio Padre, y les habían pedido ayuda para derrotar a sus otros hijos. Y Madre y Padre se lo habían concedido. Nunca desvelaron cómo lo habían hecho, y si en algún momento lo hicieron, ese dato se había perdido a lo largo del tiempo. Quizás porque en el fondo no era lo más importante de la historia. Lo más destacable habían sido sus consecuencias.

A los faes que los llamaron les proporcionaron los poderosos dones que ahora convertían a sus descendientes, muchos siglos atrás, en los Hijos Predilectos que gobernaban las seis Casas de Elter; la Tierra y las Espinas, la Luz y el Aliento, el Viento y la Tormenta, y el Fuego y la Arena situados al sur de la tierra que había quedado para los feéricos que se negaban a acatar las órdenes de aquellos que se decían agraciados por sus creadores. El Agua y el Cristal, y la Sombra y la Niebla se encontraban al norte. Los hogares donde residían los mayores poderes de los dioses de los feéricos. La viva y tangible representación de estos en Elter.

Los dones de los Hijos Predilectos habían venido acompañados de una peculiar sorpresa; el despertar del ser primitivo que todos los feéricos llevaban dentro. En el caso de los gobernantes de Elter, estas reminiscencias de los animales que en su día fueron los inmortales, en los albores de su mundo, no solamente se manifestaban en forma de un anhelo de violencia y en el deseo de sangre; los Hijos Predilectos también lo exhibían externamente, transformándose en aquello que llevaban dentro. Monstruos de diferentes formas, salvajes y despiadados. Criaturas grotescas y hermosas al mismo tiempo. Los dioses encarnados, decían algunos.

La joven sidhe caviló sobre ello como nunca antes lo había hecho. Conocía aquella historia desde que había nacido, y se la había memorizado casi

con tanta precisión como los túneles que componían su hogar en la penumbra. Una y otra vez había preguntado a sus dioses por qué. Qué era lo que habían hecho unos u otros para merecer la gloria o la condena.

La risa gorjeante de uno de los feéricos que tenía delante la sacó de sus ensoñaciones.

—Dudo mucho que todo eso vuelva repetirse teniendo en cuenta vuestra situación actual, pequeña —rió el ser—. Lo que sí puedo asegurarte es que tú no vas a salir de esta montaña. Entera, al menos, no.

Ella le echó un vistazo de arriba abajo con una ceja enarcada, una expresión serena y calculadora al mismo tiempo. Como si estuviera evaluándolo, pero con la premisa de que ni el metamorfo de lagarto que acaba de hablar ni ninguno de sus compañeros fuesen... suficiente.

El inmortal gruñó y mostró los dientes que adornaban su boca, como estalactitas y estalactimas en el interior de una cueva. Fue a decir algo más, pero no tuvo tiempo.

La sidhe atacó. A pesar de ser una esclava y poco más que una niña que nunca había recibido formación ya no solo de guerrera, sino para defenderse o usar un cuchillo como el que tenía en la mano, sabía moverse con gracia. Con fluidez y precisión, la joven se lanzó hacia delante con la velocidad suficiente como para coger al feérico desprevenido y hundir la daga en la dura piel de su vientre, atravesando tela y escamas.

Más sangre, caliente y espesa, se deslizó por sus dedos, pero el corte no había sido demasiado profundo. La sorpresa fue lo que hizo que el cambiaforma cayese hacia atrás aparatosamente, lanzando un alarido estridente.

Una sonrisa se extendió por la cara embarrada de la sidhe, y sus ojos negros centellaron como el vidrio coloreado. El calor que nació dentro de ella en ese instante, con la visión de la herida, del rostro sorprendido del inmortal al que había atacado y el desconcierto que había ocupado los rostros reptilianos de los otros dos, inundando la galería con el aroma de sus emociones, se extendieron desde su pecho hasta su espalda, deslizándose por su columna vertebral, hormigueando dentro de ella.

Pero de nuevo, esa extraña excitación no duró demasiado. Sabía perfectamente que no podía ganar contra tres de aquellos seres. Seguía sin estar segura de cómo había conseguido mantener la calma suficiente como para dejar que el primero al que se había enfrentado se confiase lo suficiente como para acercarse a ella sin tomar precauciones. Eso no

volvería a repetirse después de lo que acababan de ver.

Los rostros alargados y de pupilas rasgadas se giraron en su dirección siseando, pero la sidhe ya estaba en movimiento. Corrió hacia ellos todo lo rápido que pudo y, a pesar de las garras largas y curvadas diseñadas para agarrar y no dejar ir, ella consiguió desasirse de ellos. Avanzó por el túnel en penumbra, escuchando su corazón golpeando salvajemente dentro de su pecho, su sangre corriendo frenética en sus oídos, y a los feéricos soltando improperios detrás de ella.

Las sombras se fueron haciendo más claras al ritmo de sus pasos, la roca que formaba la pared se dejaba ver ahora, húmeda y recubierta de musgo. Corría tan rápido que cuando llegó a la entrada de la montaña, sus ojos todavía no se habían adaptado a la creciente claridad, y la sintió como un agujonazo en las retinas.

Cuando pisó la tierra mojada a la salida del túnel, en el exterior, cayó y rodó unos cuantos metros. Su piel se resquebró por las piedras y la maleza espinosa, pero apenas lo notó. No se lo permitió. Se levantó tan pronto como su cuerpo dejó de arrastrarse y siguió corriendo todo lo rápido que podía sin resbalarse por la tierra encharcada y sin tropezar con las rocas y los árboles que componían el bosque en el que acababa de internarse.

Todo a su alrededor comenzó a oscurecerse de nuevo, a pesar de que era de día. Una pequeña parte de su cerebro, la que no estaba concentrada en mantener el ritmo y esquivar los obstáculos que se le presentaban en el camino, pensó que aquel lugar, por lo menos en primera apariencia, no era tan diferente al bosque de la tierra sin dueño de los feéricos. Lo único que le faltaba era la magia salvaje del mundo inmortal, agreste e intensa, cantando en su sangre.

No pudo evitar echar una breve mirada hacia atrás para comprobar dónde se encontraban sus perseguidores. Soltó una maldición al darse cuenta de lo rápido que avanzaban tras ella. Las garras de sus pies les conferían cierta ventaja en forma de mejor agarre sobre el suelo mojado. El brillo animal de sus ojos era perfectamente visible incluso desde la distancia que los separaba, lanzando destellos con los pensamientos de lo que le harían cuando la capturasen... No podía distraerse con eso.

Volvió a mirar al frente, pero lo hizo en el momento menos apropiado. No fue capaz de esquivar a tiempo la rama de un zarzal que, como un brazo cubierto de agujas, chocó contra su rostro, clavándose en su carne, desgarrando, dejando surcos rojos sobre el marrón del barro seco.

Gimió de dolor y se llevó las manos a la cara sin dejar de correr. Cerró los ojos al sentir las espinas en su piel, y sus sentidos, sobrepasados, no percibieron la presencia que se encontraba delante de aquella, a escasos

metros.

Su cuerpo chocó contra algo duro y firme que cayó al suelo con ella, amortiguando el golpe. Escuchó una queja sonora debajo de ella antes de levantar la vista y ver contra lo que había colisionado. Antes de olerlo. Antes de que sus sentidos la advirtiesen. Había estado demasiado concentrada en la carrera, en mantener a los cambiaforma lo más lejos posible de ella. No se había dado cuenta de que había estado corriendo hacia otro peligro, tal vez mayor que el que se había encontrado en el interior de la montaña.

Cuando sus ojos oscuros se cruzaron con los verdes de la mujer joven sobre la que se encontraba ahora, lo supo. Nunca en su corta vida se había topado con humanos, por lo que no sabía cómo olían, cómo se percibían. La joven, unos años mayor que ella, pero tal vez no demasiados, desprendía un aroma con el que la sidhe nunca se había cruzado. No era feérico, pero estaba segura de que tampoco era humano. No del todo.

Sus labios se contrajeron y dejaron a la vista sus dientes, un gesto animal, un acto reflejo muy primitivo al darse cuenta de lo que tenía delante. Vio a la joven arrugar el ceño y abrir mucho los ojos, en una expresión extraña a medio camino entre la sorpresa y el desagrado.

—No puede ser... —escuchó que empezaba a decir, pero la sidhe rodó y se alejó de ella.

La mujer se levantó con gracia y fluidez. Llevaba una ropa extraña, de color negro, ahora manchada con el barro del suelo y del cuerpo de la sidhe. Ceñida a su figura y hecha con lo que parecían ser escamas de cuero superpuestas, la feérica se dio cuenta de que aquello era un traje de batalla. Uno especial, nada que se podrían inmortales o humanos. La hoja de una espada corta y extraña reflejó el bosque que las envolvía, descansando en el costado de la mujer. La perplejidad de su hallazgo había hecho que aquella cazadora se olvidase de mantener la guardia ante lo que tenía delante. Su presa natural.

El cuerpo de la sidhe todavía tardó unas breves fracciones de segundo en reaccionar de la manera en la que se esperaba de él. Hormigueando, gruñendo, urgiéndole a levantarse y atacar. Un murmullo insistente en el fondo de su cabeza comenzó a repetir la misma palabra una y otra vez.

Sealgair.

Las gemas preciosas de la daga se clavaron en su palma de nuevo. La sensación del arma en su mano solo alimentó con más fuerza el fuego que había comenzado a nacer en su interior. Una lumbre que quemó el dolor de sus heridas y de su cuerpo y le urgió a atacar igual que había hecho

con los cambiaformas... No, no de la misma manera. Contra los inmortales, se había movido de una forma premeditada, cautelosa. Con aquella cazadora solo quería lanzarse hacia ella y cortar, y apuñalar, y hacer sangrar... Sentía la necesidad de hacerlo.

La guerrera, en cambio, solo la miraba con expresión de completa perplejidad. Seguía con la espada o como quiera que se llamase aquel arma todavía baja, reposando contra su pierna. Su desconcierto llenaba el espacio que la rodeaba y llegaba hasta la sidhe, dejando un regusto amargo en su boca.

La feérica no tuvo tiempo para ofenderse ante la posición que había adoptado la cazadora, que denotaba que no terminaba de considerarla una amenaza. El ruido de pasos rápidos, quebrando ramas y hojas en su avance, le hizo desviar su atención. Los cambiaforma la habían alcanzado y, al igual que ella, no parecían haber notado la presencia de la sealgair hasta que estuvieron demasiado cerca. Las sonrisas dentadas que se extendieron por sus rostros cuando la vieron a la sidhe no tardaron en desvanecerse al fijar su atención en la joven armada y vestida de negro. La sidhe pudo ver el cambio que se produjo en ellos, así como sentirlo emanando de sus cuerpos; rabia caliente y descontrolada, ácida, escurriéndose por sus bocas cuando las abrieron para rugir casi al unísono.

La sealgair levantó la espada, pero un siseo cortó el aire, seguido del alarido lastimero de uno de aquellos seres. Otra cazadora con una melena del color del trigo maduro y armada con un arco había aparecido detrás de la primera. Sus movimientos fueron gráciles y rápidos, tanto que la sidhe se encontró admirándolos interiormente. Las flechas salieron del arco con velocidad y precisión, tanta que los feéricos apenas tuvieron tiempo de reaccionar. La cazadora de los ojos verdes se unió a su embate.

La joven inmortal se hizo a un lado y se resguardó detrás de un zarzal. Presenció de primera mano lo que aquellas famosas mujeres guerreras podían hacer cuando se encontraba en su elemento, frente a los feéricos y armadas. Y le pareció... hermoso.

Nunca antes había pensado en la violencia de esa manera, como algo admirable y que escondiese belleza. Tal vez porque en esa ocasión la agresión no iba dirigida hacia ella o contra alguien que le importase. Desde su posición de espectadora, la sangre, las heridas abiertas y el aroma que la acción desprendía adquirirían un nuevo cariz. Puede que ahora entendiese un poco mejor porqué a los faes les resultaba tan excitante, porqué parecían buscar cualquier excusa para ejercer daño, o iniciar una guerra.

Todo terminó muy rápido, pero ella no había perdido detalle. La sidhe miró los tres cadáveres de los inmortales tendidos en el suelo,

desmadejados, con las saetas saliendo de sus cuerpos como las púas de un animal enfadado. Eran pocas, pero habían sido suficientes. Clavadas en los sitios apropiados, la muerte podía ser lenta, pero inevitable.

Sus ojos volvieron a desplazarse hasta las sealgair. Ambas la estaban mirando. La primera con la que se había topado volvía a tener la espada bajada, apoyada contra su muslo, goteando sangre sobre la tierra y sobre su ropa. La otra, en cambio, tenía ya otra flecha preparada. Y apuntaba hacia la sidhe.

Se giró para correr, pero apenas consiguió alejarse un par de zancadas cuando el dolor le subió desde el gemelo al resto de la pierna. No le hizo falta mirar para saber que tenía la flecha clavada en la carne de la pierna. Oyó sus pasos acercándose y se apresuró a aferrar el ástil, hecho de madera de serbal de cazador que estaba empezando a escocer en la herida abierta. No, no escocer; arder. Un calor ardiente subía desde la laceración de la flecha por su muslo y bajaba por su tobillo, hasta su pie, entumeciéndolo. Tiró con un movimiento brusco y fuerte, sacándose la flecha, pero cuando quiso volver a ponerse en pie, las fuerzas le fallaron.

La arquera volvía a tener otra saeta preparada y apuntaba a un punto un poco más abajo de su cara. A su garganta, se dio cuenta. Un jadeo sordo escapó de su boca. Una pequeña sonrisa estiró los labios de la cazadora mientras la cuerda del arco se tensaba un poco más.

—No la mates.

La sealgair giró la cabeza bruscamente hacia su compañera. La cabeza de la sidhe hizo lo mismo. Ambas la miraron con el ceño fruncido.

— ¿Qué estás diciendo? —preguntó la arquera, en un tono bajo y sorprendido.

—Es una niña —replicó haciendo un gesto en su dirección con la mano libre.

La arquera puso los ojos en blanco.

—Es una...

—Sidhe —cortó la otra—. Es una sidhe. Le he visto los dientes.

Los ojos de la sealgair rubia se abrieron más todavía y el agarre que tenía sobre la cuerda se aflojó un poco. La punta de la flecha dejó de tener el cuello de la sidhe como objetivo durante los momentos que duró el análisis visual de la cazadora.

La sidhe podía hacerse una idea de lo que pasaba por su cabeza; una evaluación rápida de si aquel montón de huesos y harapos manchados de sangre, barro y los dioses sabían que más era lo que su compañera decía. Una feérica mayor, pero no del tipo al que estaban acostumbradas a encontrarse. No fae, sino sidhe. Ella sabía que en las condiciones apropiadas (aseada, para ser más exactos) su olor no sería muy diferente al de una fae, y su apariencia era casi idéntica. Su poder tenía un sabor parecido cuando alcanzaban la inmortalidad plena. Fae y sidhe sabían distinguirse entre ellos sin ningún tipo de duda, incluso sin cadenas de por medio. Solo había un rasgo que los distinguía para aquellos que no eran inmortales o que no tenían los sentidos lo suficientemente desarrollados como para poder discernir entre las sutilezas de su poder; los colmillos. Los sidhe tenían los caninos superiores más desarrollados.

La inmortal estuvo a punto de enseñarle los dientes a la sealgair para terminar de despejar sus dudas, pero se contuvo. Ese gesto no mejoraría su situación, aunque probablemente pocas cosas lo harían. Lo supo en el momento en el que la punta afilada volvió a apuntar a su objetivo inicial.

—Sigue siendo una feérica —puntualizó la cazadora con los cabellos trigueños.

— ¿A ti te parece una amenaza?

Sidhe y arquera volvieron a mirar a la otra guerrera a la vez, con expresiones similares, pero que nacían de sentimientos diferentes. Una del asombro, la otra del hastío ante la falta de consideración.

— ¿De verdad me estás haciendo esa pregunta? —preguntó a su compañera sin ocultar su estupor— Tú no te muevas —gruñó girando la cabeza hacia la feérica con rapidez, alzando la voz.

La sidhe simplemente se había recolocado en el suelo para buscar en la posición en la que la pierna le doliese menos. Se quedó quieta, por prudencia, a pesar de que las molestias no se hubiesen aliviado.

La sealgair de ojos verdes volvió a hablarle a su compañera.

—Baja el arco.

—Ni hablar —replicó la joven rubia sin apartar los ojos de su objetivo. El fino oído de la feérica escuchó la leve protesta de la cuerda al ser tensada con más fuerza.

La otra cazadora alzó su arma con un movimiento veloz y la bajó de la misma manera, muy cerca de la mano de su compañera. El crujido de la madera sonó entre los árboles como un hueso al romperse. La arquera siguió con la mirada la parte delantera de la flecha cercenada, que caía al

suelo con un movimiento lento, antes de girarse hacia la otra con una expresión todavía más perpleja.

— ¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó con un siseo.

—Mírala.

—Lo estoy haciendo, Brianna —replicó la arquera con tono apremiante, exigiéndole que le explicase que era lo que veía que ella no.

La sealgair contra la que había chocado la sidhe en su huída desvió su atención a la feérica. Dio un paso cauteloso hacia ella antes de preguntar, con una voz sorprendentemente suave que no casaba con la escena en la que se había visto envuelta momentos antes, luchando contra los cambiaforma.

— ¿De dónde has salido?

—Lo que faltaba... —murmuró la otra levantando los ojos al cielo brevemente.

—Hace mucho que no se ven sidhes en este mundo —prosiguió Brianna sin hacerle caso.

Fue a dar otro paso hacia la sidhe, pero se contuvo al ver la reacción de esta, que se encogió más, levantando la daga en su dirección. Esta vez, enseñó los dientes, como un animal acorralado advirtiendo. Los ojos verdes de la cazadora se cruzaron con los negros como el ónice de la inmortal. La sealgair aguardó. Su acompañante también. El bosque mortal pareció guardar silencio, a la espera.

La feérica abrió la boca, pero no las palabras tardaron en emerger de su garganta. Claro que hacía mucho que no veían a los de su especie. Se imaginaba que los pocos que conseguirían llegar hasta allí evitarían a toda costa cruzarse con aquellas guerreras. Ya los cazaban en su propio mundo, no desearían seguir con la misma dinámica arriba. Ella tampoco lo había deseado.

—Porque no... no se nos está permitido venir aquí —contestó finalmente con voz ronca, como si hubiera estado gritando—. No podemos salir de Elter —tragó saliva antes de continuar—. No podemos salir de debajo de la tierra.

La sealgair frunció el ceño.

— ¿Por qué?

La sidhe ladeó la cabeza. No podía ser... No, era imposible que no supieran lo que les había acontecido. Las sealgair existían desde los tiempos en los que fae y sidhe luchaban como iguales para dominar el continente. Después de que la guerra hubiera terminado los sidhe no habían tenido tantas oportunidades de volver al mundo humano excepto cuando escapaban de sus captores, pero tenían que saberlo. Todo el mundo lo sabía. El fatídico destino de los desgraciados sidhe. Una historia como aquella podía superar la barrera que separaba los dos mundos.

O eso había pensando siempre la joven feérica que acababa de escapar de las entrañas del mundo de abajo.

Quiso hablar, pero las palabras no le salían. La sealgair frunció el ceño más profundamente y la miró con una intensidad creciente, los ojos verdes parecían querer meterse dentro de ella, de su cabeza, y ver todo lo que allí guardaba. Su mirada se apartó de los ojos oscuros de la sidhe y le echó un vistazo rápido. La inmortal era consciente de lo que la cazadora estaba viendo; un feérica descalza, con un cuerpo alargado y apenas tapado por la ropa que llevaba. Delgado y cubierto de suciedad, con cuatro profundos surcos en el antebrazo que ya no sangraban pero que habían dejado manchurrónes de color carmesí en su piel y en su ropa. Un rostro huraño, mugriento de barro y sangre que había salpicado la parte delantera de su camisola. Sus labios se apretaron con fuerza contra sus dientes al ver la expresión de en el rostro de la mortal, pues no terminaba de comprenderla. Volvió a apretar la empuñadura de la daga con fuerza, conteniendo el ronroneo apremiante dentro de su cabeza que le urgía a atacar. Pero estaba atenta; si la sealgair se lanzaba a por ella, no dudaría en dejar desatado aquello que gruñía como un animal irritado en el fondo de su cabeza.

La cazadora se humedeció los labios antes de decir:

—Ven con nosotras.

La feérica se echó hacia atrás como si la hubieran abofeteado.

—No —contestó acompañando la negativa con un seco movimiento de la cabeza.

—Nadie va a hacerte daño —insistió la sealgair. Aguardó un momento a la reacción de la feérica, que se limitó a enarcar una ceja; o eso le pareció a la mujer mortal, ya que con tanta mugre encima era complicado leer las expresiones de la cara de la chiquilla—. Tienes mi palabra.

El gesto de la sidhe se intensificó, tiñéndose más con el desconcierto y la desconfianza

Un gruñido de exasperación interrumpió el intercambio de miradas.

—Brianna, en serio, o me dices lo que estás haciendo o...

—Ayudarla —replicó esta volviéndose bruscamente hacia su compañera, irritada—. Estoy ayudando a una niña herida. Vamos a llevarla al campamento.

De nuevo, la arquera y la sidhe coincidieron en expresiones, y también en sentimientos. Ninguna de las dos comprendía lo que estaba pasando por la cabeza de la sealgair llamada Brianna que parecía sentir... lástima por la feérica. ¿Era eso lo que estaba percibiendo, lo que emanaba de su cuerpo con aquel sabor dulzón que llenaba su boca de una manera tan desagradable?

Asqueroso, pensó para sí la sidhe.

La otra cazadora parecía estar pensando lo mismo que ella, pero la inmortal se le adelantó a hablar.

—No voy a ir con vosotras a ninguna parte.

—Queremos ayudarte.

—Esto es...

— ¡Cállate, Caile! —estalló la sealgair de ojos verdes, golpeando el suelo mojado con la punta de aquella espada extraña. Caile, la arquera, abrió la boca, pero no llegó a decir nada—. Cállate de una maldita vez. Llevamos décadas sin encontrarnos a un sidhe en el mundo humano. Hasta ahora —añadió dedicándole una intensa mirada a la feérica agazapada a escasos metros.

Esta habría jurado que los iris de sus ojos reflejaban el color del bosque a su alrededor; verde oscuro en su mayoría, salpicado de manchas de marrón.

La sealgair alzó la espada un movimiento que hizo que la sidhe contrajese todos los músculos de su cuerpo por instinto. Aguardó el golpe, pero la mujer se limitó a hacer un gesto extraño con la muñeca, moviéndola de afuera adentro, describiendo una especie de círculo. Eso hizo que la hoja de la espada se cerrase, pivotando en su extremo y encajando en la vaina, larga y cilíndrica, con un chasquido metálico. La sidhe miró incrédula aquella arma. Nunca había visto nada por el estilo, y los feéricos eran seres creativos a la hora de ingeniar artefactos mortales.

—Ven con nosotras, a nuestro campamento —insistió de nuevo la cazadora, acuclillándose de manera que sus ojos quedaron a la altura de los de la

feérica—. No está muy lejos. Tienes mi palabra de que nadie te hará daño —reiteró, hablando muy despacio y marcando las palabras, algo que hizo que la sidhe soltase un gruñido por lo bajo, contrariada por la condescendencia que tenía su voz—. Siempre y cuando tú no dañes a nadie, claro —puntualizó, deslizando su mirada verde hasta la mano de la chiquilla, sucia, cubierta de sangre además de lodo. Y armada— ¿Por qué no me das la daga?

Ella siguió la dirección de sus ojos y, al clavarlos en su propia mano, fue consciente de pronto de lo entumecidos que tenía los dedos; no había soltado el arma desde... desde hacía varios días. Y no tenía intención de hacerlo tampoco en ese momento.

Brianna, comprendiendo, levantó las palmas de las manos en su dirección.

—Vale, de acuerdo. Lo entiendo —asintió, antes de pasarse la lengua por los labios y añadir—. ¿Vas a hacer lo que te digo?

La sidhe resopló y le dedicó un amago de sonrisa. Una mueca extraña, sin mostrar sus dientes, pero llena de escepticismo y sorna. ¿De verdad aquella supuesta guerrera legendaria pensaba que iba a ser tan fácil?

La sealgair se removió, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro. Estaba incómoda por la mirada que le dedicaba la inmortal y también, en parte, por estar tan cerca de ella sin un arma de por medio, percibió la chiquilla. Bueno, una que no le estuviese apuntando a ella misma, claro. Pero si había guardado su espada o como quiera que se llamase el arma que portaba, era porque no la consideraba una amenaza de verdad. Estaba segura de que había algo en ella que denotaba que no sabía pelear como una auténtica guerrera; tal vez fuera por la manera en la que sujetaba la daga y, con su aspecto, demasiado joven incluso cubierta por una gruesa capa de mugre, probablemente había deducido que no había pasado por la Turas Mara. Pero aun con todas esas desventajas, seguía siendo feérica. Deberían tratarla con una consideración diferente.

Apretó los dientes ante esos pensamientos.

—No tienes muchas opciones donde elegir, pequeña —dijo Brianna, empleando un tono un poco más duro que con anterioridad.

—No me llamo pequeña —habló ahora la inmortal—. Ni sidhe. Ni chiquilla. Ni... —tragó saliva, recordando el apelativo con el que los cambia forma se habían dirigido a ella— Me llamo Awen —dijo despacio, los ojos de ónice afilados y oscuros. Abrió y cerró la boca de nuevo, dudando un instante antes de volver a hablar con una firmeza que nada tenía que ver con su

vacilación inicial—. Y sí que puedo elegir.

La sealgair ladeó la cabeza ante el sonido de su nombre, poco común en ambos mundos. Un nombre extraño para alguien que se encontraba del lado de los perdedores. Un nombre que hacía referencia a la armonía, al equilibrio y a la bendición de los dioses.

Awen, escuchó murmurar por lo bajo a la sealgair de ojos verdes.

Brianna se volvió para mirar a su compañera, que contemplaba la escena unos pasos más atrás. El arco tenía una flecha lista, por si la ocasión lo requería. Los ojos castaños de Caile se cruzaron con los de Brianna.

—Dame el arco —dijo esta última haciendo un gesto hacia el arma.

Caile negó con la cabeza. No miró a su compañera con incredulidad ni nada similar. Parecía tener asumido que Brianna había perdido la cabeza en algún momento desde que se habían topado con... Awen.

—Ni lo sueñes —se limitó a decir.

Se produjo otro intercambio de miradas severo entre ambas sealgair, interrumpido por la voz de la sidhe.

— ¿Por qué?

Brianna la miró de nuevo, la confusión brillando en sus ojos, de un verde tan intenso que parecía reflejar el bosque a su alrededor, como si no hubiera comprendido la pregunta.

¿Por qué quería llevar a su campamento, al lugar que habitaba su gente, su refugio, a una feérica? Una sidhe, además, una feérica mayor, un ser casi idéntico a los humanos a los que protegían, por lo menos en apariencia, lo cual, sumado a sus poderes, los hacía doblemente peligrosos.

Sus ojos recorrieron a Awen de arriba a abajo otra vez, y esta alzó la frente, aguantando el examen con estoicismo. No conseguía vislumbrar lo que la cazadora pensaba de ella en ese momento, sopesando su pregunta, pero si lo hubiera hecho, la respuesta no le habría gustado.

Frío; la visión de aquella inmortal tan joven en las condiciones en las que se encontraba, hacía que su cuerpo se viese recorrido por una sensación gélida. Tan parecida a una niña humana y tan diferente a un tiempo... Un depredador con piel de presa, decían algunos, el disfraz perfecto para cazar. Brianna había sido entrenada para ver más allá de esa apariencia pero en ese momento, pesó más su aspecto de chiquilla indefensa que su

esencia de depredadora.

—Porque no has hecho nada malo —contestó con suavidad.

Caile resopló a su espalda.

Brianna extendió la mano hacia Awen, una invitación. Los ojos oscuros de la sidhe, inteligentes e inquisitivos, siguieron sus dedos, el brazo, el hombro, hasta el rostro de la sealgair, donde se detuvieron largo rato. Ahora, fue Brianna la que aguantó el examen con paciencia. Estaría así el tiempo que la inmortal considerase necesario, comprendió Awen al ver la serenidad de sus ojos.

Tras un largo momento de duda, la sidhe al final compuso una mueca contrariada con la boca antes de apoyarse y coger impulso para alzarse, cojeando y conteniendo a duras penas un gesto de dolor.

Caile apretó los dientes y miró a su compañera cazadora con los ojos entrecerrados.

—Vas a responder ante la Nighean Stiùiridh por esto.

Ahora, la que resopló fue Brianna.

—Siempre hay que responder ante ella.

Capítulo 5

Awen no sabía a qué le llamaban las sealgair cerca, pero estaba bastante segura de que entre sus respectivas especies el concepto era diferente. Tal vez si su cuerpo se encontrase en mejores condiciones la caminata hasta el claro en el que se encontraba el campamento le hubiera resultado menos penosa.

Brianna había ido a su altura durante todo el trayecto, extendido la mano hacia ella cada vez que la sidhe tropezaba con algo o sus pies perdían el equilibrio, pero nunca llegó a tocarla. Caile iba detrás, a su espalda, con una flecha preparada. Cada vez que Awen trastabillaba, oía como la cuerda del arco gemía quedamente.

A pesar de las circunstancias, el verse rodeada por las que en condiciones normales serían sus enemigas, a parte de aquellos que habían sido sus dueños desde que había nacido, Awen se sentía... complacida con el trato que estaba recibiendo ahora por parte de las sealgair. No esperaba menos siendo lo que era. Toda su vida la habían tratado como poco menos que una mierdecilla. Nunca había visto que nadie la mirase con miedo hasta que había sacado la daga del cinturón del señor fae que había intentado tocarla por última vez.

Cuando llegaron a un claro amplio y de cierto aspecto bucólico, Awen pensó que la habían engañado. En aquel lugar no había nada, estaba incluso pelado de árboles. La luz incidía sobre el claro con intensidad, haciendo que la sidhe entrecerrase los ojos para poder ver. Sin embargo, había algo flotando en el aire, entremezclándose con este de una manera pesada, casi palpable.

Magia. Podía sentirla, distinta a la que ella estaba acostumbrada, pero magia de todos modos. Tenía un regusto repugnante, demasiado dulzón y amargo al mismo tiempo, como azúcar quemado, mezclado con el de una planta cuyo nombre no era capaz de recordar.

—Camina.

Dio un respingo al notar una punta afilada entre sus omóplatos, pero obedeció. Estaba a punto de protestar cuando notó que el aire ondulaba delante de ella, como si se hubiese convertido en una sustancia líquida.

Un estremecimiento cálido recorrió su cuerpo y entonces, todo a su alrededor cambió. Seguía encontrándose en el claro, pero ya no estaba rodeada de árboles. Ahora, se encontraba en el interior de una fortificación, rodeada de estacas de madera de más de dos metros, finas y de color claro, superpuestas para que formasen un muro de varios metros de alto y de espesor. Serbal de cazadores, se dio cuenta al notar cómo se

le revolvió el estómago y se le erizaba el vello de la piel. La herida de su pierna, la que le habían hecho con la flecha y que todavía no había cicatrizado, escoció con más intensidad.

Encontrarse cercada por aquella madera que era mortal para ella no fue lo que más la inquietó. Verse rodeada de varias decenas de sealgair armadas hasta los dientes, algunas vestidas con el mismo traje negro que Brianna y Caile, otras con ropas más sencillas, era todavía más inquietante. Todas con la atención fija en ella.

Awen recorrió con la mirada el círculo de mujeres de diferentes edades, estaturas y colores de cabello, pero todas con complexión fuerte, tensas y preparadas para la lucha. Una escena que le habría resultado más legendaria y menos inquietante si ella no su objetivo principal.

— ¿Qué es esto?

Awen se giró hacia la dirección de la que provenía aquella voz imperiosa. Se topó con una mujer alta, sin traje de batalla, pero no por ello menos intimidante. Sus ojos castaños estaban clavados en ella, inquisitivos, mirándola de una manera que la sidhe conocía muy bien; asco y desprecio. Sin embargo, esos sentimientos estaban mezclados con algo nuevo que comenzaba a serle gratamente familiar. Desconfianza.

—Una sidhe —respondió Brianna a su derecha.

Awen sonrió lo justo como para que se le vieran los caninos alargados y rematados en puntas afiladas. La tensión a su alrededor se incrementó y pudo notar como los músculos de las cazadoras se contraían ante la visión de sus dientes. Sus labios se curvaron un poco más ante aquella reacción.

La mujer que tenía delante y que destacaba entre todas las demás, la Nighean Stiùiridh, supuso, enarcó una ceja oscura. No parecía demasiado impresionada, o por lo menos, no lo dejó entrever.

— ¿Por qué está aquí? Viva —puntualizó.

—Porque es una sidhe —replicó Brianna con suavidad—. ¿Cuánto hacía que no nos topábamos con uno de su especie? Nadie lo recuerda.

—Esa no es razón suficiente para haber traído hasta aquí, a nuestro poblado, a una... —hizo una pausa breve en la que le dedicó a Awen un vistazo de arriba abajo muy rápido, demasiado incluso para que la feérica pudiese leer algo nuevo en su mirada— inmortal. Con vida. Podíais habernos mostrado vuestro hallazgo trayendo simplemente su cabeza —dijo, su voz ahora más suave y melosa que hace un instante. Las comisuras de sus labios, incluso, se habían curvado un poco hacia arriba

mirando a la sidhe a los ojos.

—No ha sido idea mía —se apresuró a decir Caile, que seguía detrás de Awen—. Todo fue cosa de Brianna, ella insistió.

La sidhe vio como la sealgair interpelada miraba a su compañera por encima del hombro, apretando los labios. Una mirada intensa que desprendía fuego de color esmeralda. La joven resopló en dirección a la arquera antes de volver a girarse hacia la Nighean Stiùiridh y decir:

— ¿No deseáis conocer las razones por las que no hemos visto a ninguno en...? ¿Cuánto tiempo? ¿Décadas?

—Estoy segura de que habrías sido perfectamente capaces de sonsacárselo sin necesidad de venir con ella hasta aquí, para que os ayudemos —puntualizó recreándose en aquel eufemismo, con la atención puesta intencionadamente en Awen. Cuando volvió a hablar, lo hizo dirigiéndose a Brianna, ahora en un tono más seco—. O eso quiero pensar.

—Yo nunca dije que fuera a contar historia ninguna.

Todas las presentes volvieron a tensarse como la cuerda del arco de Caile cuando Awen intervino. Notó la mirada de Brianna fijarse en ella con frío reproche, mas ella no perdió de vista a la líder del clan. Una sonrisa, totalmente sincera en esta ocasión, iluminó el rostro de la mortal. Ladeó la cabeza hacia la derecha y la miró como si se encontrase explicándole una banalidad a una niña pequeña.

—Créeme, chiquilla, nos contarás todo lo que deseamos saber antes de que te quedes sin lengua.

Awen replicó con un gesto reflejo del de la sealgair, inclinando la cabeza en la misma dirección y hablando con voz pausada.

—No me asustan vuestras amenazas. Dudo que podáis hacerme nada que me atormente lo suficiente como para hacerme hablar si yo no quiero. He pasado por muchas cosas —finalizó alargando las palabras más de lo realmente necesario.

Awen escuchó cuchicheos bajos procedentes de las mujeres que se encontraban detrás de la líder de su clan, pero no les prestó atención. Estaba más interesada en la reacción de la Nighean Stiùiridh.

—Se llama Awen —se apresuró a añadir Brianna, para deshacer el silencio espeso que se había formado tras las palabras de la inmortal.

La hija líder de aquel campamento no parecía impresionada por las palabras de la joven feérica. Sus cejas oscuras se habían alzado, más escépticas y divertidas que otra cosa.

—Eso que dices, tal vez podríamos comprobarlo, Awen —replicó finalmente, con la sonrisilla todavía presente en su cara.

La feérica no apartó sus ojos de los de la mortal. No pestañeó. Retó en silencio a la mujer que tenía delante de ella con una postura orgullosa y resuelta al mismo tiempo. La mortal siguió mirándola con oscura diversión, y Awen solo flaqueó cuando esa expresión le recordó a las miradas que los fae le habían lanzado en más de una ocasión. Sin embargo, consiguió reponerse sin que la mujer se diera cuenta, o eso esperaba. Awen habría estado así largo rato de no ser por la voz de Brianna, que sonó extrañamente temblorosa a su lado.

—Por favor. Es... es una niña. ¿No lo veis?

—Veo a una feérica plantada en mi campamento, Brianna —ladró la Nighean Stiùiridh, girando la cabeza bruscamente en su dirección.

Brianna tragó saliva con tanta fuerza que Awen pudo oírlo a la perfección.

— ¿Cuántos años tienes?—le preguntó la cazadora a la sidhe.

—Catorce —respondió Awen después de unos instantes de duda—. Creo.

—Mataste a una fae no mayor que ella en tu flùr le fuil hace unos años, Brianna —intervino la Nighean Stiùiridh, mirando con calma y paciencia a la joven—. Me consta que lo disfrutaste. ¿Por qué todo esto?

Brianna se removió en su sitio al lado de Awen, cambiando el peso de un pie al otro. La feérica la miraba por el rabillo del ojo, curiosa por la respuesta a una pregunta que ella también desconocía.

—Porque ella no es una fae —contestó con voz firme pero baja—. Es una sidhe. Nosotras... —se pasó la lengua por los labios un se cuadró de hombros antes de finalizar— nosotras compartimos sangre con ella.

A pesar de su tono de voz, que había sido tremendamente bajo, sus compañeras alrededor escucharon perfectamente sus palabras. Las sealgair que las rodeaban se removieron como un enjambre de abejas molestas. Y lo estaban, por supuesto. Una comparación tan atrevida y escandalosa. Tan ofensiva...

El bufido de su líder no hizo que se calmasen.

—Eso no la convierte en nuestra familia.

—No, es cierto —asintió Brianna con una inclinación profunda de cabeza, mostrando respeto y sumisión—. Pero... pero a mí me gustaría escuchar lo que tiene que decir, voluntariamente.

Brianna encaró a Awen. La sidhe levantó la los ojos hacia su cara; la cazadora le sacaba más de una cabeza de altura y era mucho más corpulenta que ella. Las extrañas ropas que llevaba puestas y que le recordaban a una piel de lagarto se ceñían a su cuerpo, fuerte y ágil. El pelo, largo y de color castaño rojizo, estaba recogido en una trenza que le despejaba el rostro redondo, todavía algo aniñado. La sealgair no podía ser mucho mayor que ella misma y, sin embargo, pensó Awen, se veía tan distinta. Más joven y al mismo tiempo más mayor, dependiendo donde se mirase.

Awen tragó saliva. Se preguntó cómo la percibirían ahora ella y todas las sealgair que allí se encontraban, quitando el hecho de que era una feérica. Su estatura era escasa, como em casi todas las mujeres de su especie que no habían recibido una alimentación que les permitiese desarrollarse como las fae. Eso también provocaba que estuviera muy delgada, hasta el punto de que los huesos se le dibujaban bajo la piel, pudiendo verse a través de los agujeros de sus ropas. Su rostro no tenía las redondeces propias de su edad, era todo ángulos afilados y cortantes. A pesar de ser una feérica, no había en ella nada de la gracia que poseía la cazadora que tenía delante y sin embargo, todas la miraban con recelo, con aprensión. Con el respeto que nace del miedo y la desconfianza.

La duda cruzó por los ojos verdes de Brianna antes de preguntar, con voz ligeramente trémula.

— ¿Quieres darte un baño primero?

Awen se quedó totalmente inexpresiva, sin saber que contestar. Sin saber siquiera si había escuchado bien a la cazadora.

—Esto no es una posada —dijo la Nighean Stiùiridh detrás de Brianna.

—La verdad es que no me importaría.

Brianna se había girado para contestar a la líder, pero su rostro se volvió de nuevo hacía la sidhe. Sin embargo, Awen no la miraba a ella, tenía la vista clavada en la líder del campamento.

Hubo un intercambio silencioso de miradas entre la feérica y la Nighean Stiùiridh. Un duelo duro, sin palabras ni más armas que la férrea determinación de hacerse valer una por encima de otra. Un combate sin una clara ganadora, hasta que la mujer dio el primer paso hacia la

negociación.

La Nighean Stiùiridh extendió una mano abierta hacia la sidhe.

—La daga.

Los dedos de Awen apretaron la empuñadura dorada y recubierta de gemas. Su cuerpo maltratado se tensó dolorosamente, pero no aflojó el agarre ni se relajó.

—No.

—Suéltala —volvió a pedir la sealgair. Su tono era pausado, pero imperativo.

—Quítamela —replicó Awen levantando la mano armada, girando la muñeca delante de su cara—. De mi mano muerta. No pienso dejar la daga. Vosotras sois... muchas —dijo haciendo un gesto circular con la misma mano, lo que provocó que todas las mujeres a su alrededor aferrasen las armas con más fuerza y que sus cuerpos se agazapasen, listas para saltar sobre la inmortal—. Yo estoy sola. ¿De verdad os supone un problema que me quede con esto?

La líder no contestó al momento. Volvió a repasar a la joven feérica con su mirada oscura de arriba abajo y cuando se detuvo, no lo hizo en la daga, sino en los ojos de Awen. Y ahí permanecieran, clavados en la mirada negra de la feérica con una intensidad que llegó a hacerle pensar que podía ver dentro de ella.

Luego de ese examen silencioso, la Nighean Stiùiridh, ante la mirada perpleja de las demás hijas de Morrigan, mandó que preparasen agua.

Llevaron a la joven a una construcción hecha de madera situada cerca de la puerta por la que había llegado. Resultó ser un establo con varias decenas de caballos y un penetrante olor a heno y cuero que casi conseguía tapar el olor de la magia extraña que flotaba en el lugar. No le permitieron quedarse sola bañándose, y el agua que le proporcionaron no llegaba a estar ni siquiera templada, pero Awen decidió que ya había tanteado demasiado la paciencia de las sealgair y no se quejó.

Capítulo 6

Cuatro barreños después, el agua dejó de estar turbia, manchada con una mezcla de colores marrones, grises y rojos. Brianna había permanecido con la sidhe todo el rato, callada pero no indiferente. La visión del cuerpo extremadamente delgado le provocó un estremecimiento que la recorrió de la cabeza a los pies. Las cicatrices le revolviéron el estómago.

Awen se había desnudado delante de ella sin miramientos y se había lavado a conciencia, sin soltar la daga en ningún momento. Brianna se había planteado decirle que podía estar tranquila, que nada le pasaría porque la dejase a un lado mientras se bañaba, pero sabía que habría sido un comentario inútil. Tampoco dijo nada cuando después de pasarse un buen rato tratando de desenredarse la melena con los dedos de una mano, había comenzado a cortársela.

Ahora, tenía ante ella a una joven feérica limpia, con una apariencia más similar a la del ser de cuento que en realidad era y menos parecida a un animal salvaje y extraviado. Brianna trató de contemplarla con discreción. Su piel era muy pálida, de un tono grisáceo casi enfermizo, surcada de venas azuladas y cicatrices en casi cualquier parte visible de su cuerpo. Tenía algunos moratones salpicando su piel, con diferentes tonos de color violáceo o amarillento. Sus muñecas tenían marcas oscuras, con la piel endurecida en algunas zonas, como callos causados por un roce continuo. Su pelo mojado y ahora a la altura de los hombros, desigual, caía como una cortina oscura sobre ella, que estaba sentada y con los brazos rodeándose las rodillas dentro del barreño. Miraba a su alrededor con curiosidad y cautela, inspeccionando el establo en el que se encontraba, el único lugar que a las demás sealgair les había parecido apropiado que se bañase sin riesgos.

Estaba atardeciendo y las lámparas de grasa que iluminaban la estancia habían permitido que Brianna descubriera que los ojos de Awen no eran negro azabache como había pensado en un primer momento, sino de un castaño muy oscuro. Tampoco le parecieron tan fríos como al principio. Aunque seguían transmitiendo cierta calma glacial, la cazadora se dio cuenta de que ahora la chiquilla no se encontraba a la defensiva como antes. Parecía simplemente más... calculadora.

— ¿No vas a exigirme que empiece a cantar ahora que ya he conseguido un baño limpio?

Brianna dio un respingo en el sitio. La yegua que se encontraba en una cuadra detrás de ella también se sobresaltó, soltando un relincho corto y agudo.

Awen no la estaba mirando, por eso la había cogido desprevenida. Tenía la atención clavada en sus uñas, que todavía presentaban círculos oscuros.

Brianna se aclaró la garganta antes de hablar.

—Pensaba que lo harías después de comer —respondió haciendo un gesto con la cabeza hacia el plato de comida ya fría que la feérica no había tocado ni una sola vez. Dudó un instante antes de proseguir—. Y no voy a exigirte nada.

Awen siguió mirándose las uñas mientras contestaba.

—Eres rara.

La calma con la que habló puso en guardia a la sealgair. No había sido tan tonta como para ir allí con ella desarmada estando a solas, pero había preferido dejar la ràsair sliasaid, la espada corta que se cerraba como una navaja y que parecía haber llamado bastante la atención de la feérica, enfundada. Al escuchar su tono de voz, cargado con un acento melódico y agradable, se arrepintió un poco. Puede que no fuera la chiquilla indefensa que le había parecido en el primer momento.

—Me he enfrentado a muchos feéricos desde que empecé a cazar —respondió con un encogimiento de hombros—. Pocos eran feéricos mayores; no suelen cruzar a este mundo —se agarró la punta de la trenza y comenzó a darle vueltas entre los dedos antes de proseguir, sopesando sus palabras con cautela—. Me resulta extraño hacerle frente a... algo con una apariencia tan humana. Más todavía si se parece a una niña.

Awen dejó de mirarse los dedos y clavó sus ojos oscuros en la chica.

— ¿Qué sabéis de nosotros? —repuso acomodándose en el agua—. De los sidhe.

Brianna hizo un gesto vago con la mano.

—Que vuestra unión con los humanos nos dio lugar a nosotras, las sealgair, y a los fiosaiche, los hombres de nuestra especie —se detuvo, pero Awen no dijo nada; solo se limitaba a esperarla con aquella paciencia tan... extraña. Tan felina.

Brianna se removió incómoda en el sitio y, cuando volvió hablar, su voz era mucho más baja que antes, pero estaba segura de que la sidhe, con su oído de feérica, podía escucharla perfectamente.

—Sabemos que perdisteis una guerra muy importante contra los fae. La Gran Guerra Inmortal —dijo muy despacio, estudiando las reacciones de la

sdihe—. No os dejáis caer por aquí porque ellos, de alguna forma, no os lo permiten.

Ese último comentario lo había deducido ella basándose en lo que la inmortal había comentado en el bosque. Conociendo a los fae, tenía sentido que estos hubieran impuesto un castigo largo y severo a los perdedores de la guerra, pero Brianna no terminaba de comprender el propósito que podría haber detrás de no permitirles venir al mundo humano o dejarlos caminar por Elter. Pero también era consciente de que había muchas lagunas en la historia que ella y las demás sealgair conocían sobre el conflicto y cómo había terminado.

Awen soltó un bufido acompañado de una sonrisa que no llegó a mostrar sus dientes.

—No se nos permite porque desde que esa guerra terminó, somos sus esclavos.

Brianna se quedó muy quieta. Los caballos que se encontraban en el esclavo parecieron quedarse inmóviles, escuchando ahora ellos también, a hurtadillas. La sealgair notó un aliento cálido en el cuello. La yegua se había asomado para mirar a las dos jóvenes.

—Vivimos en túneles bajo tierra. No podemos salir sin que ellos nos lo permitan. Nos venden como si fuésemos cualquier mercancía, pasamos de ser propiedad de un Hijo Predilecto o de cualquier noble fae a otro diferente de un día para otro —habló la sidhe, acelerando un poco el ritmo con cada nueva afirmación—. No somos mejores que ganado para ellos. Se nos separa de nuestras familias. Nos usan para lo que les plazca, hasta que nuestros cuerpos dicen basta. Cualquier cosa que puedas imaginarte; tareas del hogar, del campo, entretenimiento. Cualquier entretenimiento —puntualizó levantando la daga y mirando la empuñadura. Sus joyas, indudablemente valiosas, brillaron bajo la luz, lanzando destellos de diferentes colores a las paredes de madera—. Somos útiles hasta que nuestros cuerpos dejan de funcionar, lo cual, para nuestra desgracia, suele tardar en ocurrir. No podemos llegar a ser inmortales de verdad porque no nos dejan realizar la Turas Mara, esa especie de... —se detuvo y miró a la nada un momento, buscando una palabra, aunque Brianna sabía de lo que estaba hablando— viaje que permite que los feéricos seamos realmente inmortales. Una breve travesía entre la vida y la muerte. Sin él, nuestros cuerpos van envejeciendo lentamente y acabamos muriendo por la edad, igual que los mortales de este mundo, pero podemos vivir más tiempo que ellos, llegando casi a los dos siglos. Si llevamos una vida tranquila, claro —precisó con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Es raro que un esclavo llegue más allá de los sesenta años. Si no nos mata el hambre, alguna enfermedad o el trabajo, lo hacen ellos. Porque ya no podemos soportar lo mismo y tampoco podemos reproducirnos. No les compensa darnos de comer, por poco que sea, si no van a sacar algo de

nosotros a cambio.

A Brianna le resultaba extraño escucharla referirse a los gobernantes de su mundo con aquel nombre, Hijo Predilecto. Las sealgair todavía seguían refiriéndose a ellos como Mac Taghe, o Nighean Taghe si eran mujeres, empleando la lengua antigua que estaba comenzando a perderse en las tierras en las que vivían. La sidhe hablaba usando una variante más nueva, entremezclándola con la anterior, dando como resultado un idioma que Brianna ya había escuchado emplear con anterioridad a los feéricos en el mundo humano, en las pocas ocasiones en las que los había escuchado hablar.

Por una parte, no le sorprendía demasiado. A los inmortales les gustaba mezclarse con los humanos, así que era normal que hubieran acabado por adoptar ciertas palabras y sonidos de la lengua que estos empleaban ahora más comúnmente, pero seguía resultándole curioso que los gobernantes también hubieran cambiado sus títulos aristocráticos.

Era curioso, sí, pero en realidad era lo que menos le llamaba la atención de todo lo que Awen le estaba contando.

Brianna aguardó a que dijese algo más, pero cuando no lo hizo, se lanzó a hacer otra pregunta que la reconcomía:

— ¿Tienes familia?

Awen se quedó quieta un momento, mirándola. Su ceño se había fruncido, como si no terminase de comprender lo que le había dicho o no entendiera el propósito de la pregunta. Parpadeó un par de veces, y su mirada se tornó más clara y consciente. Cuando habló, su voz tembló un poco, de manera casi imperceptible.

—Mis padres y un hermano pequeño. Pertenecen a la Casa del Fuego y la Arena.

A Brianna no se le escapó la entonación que usó al pronunciar aquella palabra. Pertenecer. Ella no sabía lo que se sentía en esa posición. Sí, sabía lo que era formar parte de una familia, de un grupo, una hermandad tan grande como la de las sealgair, pero... ella no pertenecía a nadie. Bueno, sí. A Morrigan, su diosa y protectora, pero estaba agradecida por ello. Cuidaba de ella y de las suyas, protegiéndolas al amparo de sus alas negras de cuervo, dándoles un cometido por el que luchar en aquel mundo desprotegido de las criaturas que llegaban de abajo.

— ¿Cómo escapaste?

—Yo pertenezco... pertenecía a un lord fae emparentado con el Hijo Predilecto que gobierna la Casa. Yo... —abrió y cerró la boca varias veces,

hasta que encontró las palabras apropiadas para explicarse— yo, por alguna razón, le gustaba. A los fae no les gustamos lo suficiente como para compartir la superficie con ellos, pero sí para compartir cama durante un rato. El hecho de que no podamos tener descendientes mestizos entre nosotros es un punto a su favor. Y supongo que para el nuestro también —comentó, matizando el comentario con un encogimiento de hombros y una ceja enarcada, gestos suficientes para que Brianna se hiciese una idea de lo que vendría a continuación.

Awen sostuvo de nuevo la daga delante de ella. Pasó una uña rota y sucia por la superficie de oro adornada de joyas. Brianna siguió los movimientos del dedo con los ojos y, fijándose con cuidado, pudo ver que, entre los arabescos que engalanaban el objeto, había una pátina de color rojizo, incrustada entre el oro y las gemas. Sangre.

Dejó escapar el aire que había estado conteniendo cuando Awen volvió a hablar.

—Quería entretenerse conmigo, como cada noche cuando perdía apostando a las cartas o cualquier otro juego estúpido. Pero yo me cansé, ¿sabes? Me cansé de que me usasen. De los túneles mal iluminados, de las comidas escasas y de los abusos. Me harté de ver a los míos, a mi familia y a los demás sidhe, sufrir y sangrar pagando por lo que nuestros antepasados perdieron. Me cansé de los fae, de todos ellos. Nos consideran tan insignificantes, tan poca amenaza, que cuando se tiró encima de mí se le olvidó quitarse el cinturón con esto —levantó la daga hasta la altura de su cara, y la colocó tan cerca que tanto la hoja como la empuñadura lanzaron destellos sobre su piel y sus ojos—. Hacía mucho que le había echado el ojo, la verdad. Es bonita, aunque tan incómoda para apuñalar con ella... —comentó con sencillez, mientras miraba el cuchillo y lo giraba con suaves movimientos de muñeca—. Pero cumplió su función. No me quedé para ver cuánto daño había hecho, lo reconozco, pero me atrevo a decir que ese asqueroso va a tardar un tiempo muy largo en usar lo que tiene entre las piernas. Con un poco de suerte, tal vez hasta ni pueda volver a hacerlo nunca.

Brianna sintió un soplo de aire cálido tras ella. La yegua de nuevo, y esta vez parecía estar dándole la razón a Awen después de haber contado su historia.

—Y ahora que has conseguido escapar, ¿qué es lo siguiente que piensas hacer?

La determinación en la mirada de Awen vaciló. Apartó los ojos de la sealgair y removió el agua, ahora totalmente fría, con los dedos.

—No quiero quedarme aquí —dijo con cautela—. Quiero volver a por mi

familia. No puedo dejarlos allí.

Las dos guardaron silencio. Ambas sabían, tanto la sealgair como la sidhe, que los deseos de esta última, a pesar de haber escapado de su dueño inmortal, no estaban del todo en su mano para llevarlos a cabo. Dependía de las cazadoras del campamento en el que se encontraba y, en última instancia, de su líder. Brianna no las tenía del todo consigo en cuento a lo que haría la Nighean Stiùiridh. Aunque lo que le estuviese contando la sidhe fuese cierto, y por el momento no tenía razones para dudarlo, dejar escapar a un ser como ella... Era algo que ni siquiera llegaba a caber del todo en su cabeza, en su entendimiento.

Decidió dejar esas ideas a un lado de momento y preguntar:

— ¿Cómo piensas hacerlo?

—No lo sé. Creo que en el fondo no me esperaba esto —respondió Awen echando una mirada significativa a su alrededor—. Llegar tan lejos. Aunque puede que no pase de aquí.

Brianna sintió una punzada en su interior, en su estómago, que fue subiendo por su pecho y su garganta, dejando un regusto ácido. Sabía lo que era, el nombre que tenían los sentimientos que le producían aquello, pero se negaba a invocarlos en su cabeza, a terminar de darles forma. Pena y culpa eran emociones que no se experimentaban por un feérico. Y, sin embargo, allí estaban, aunque ella no quisiera.

Tras unos instantes en los que Awen se entretuvo tratando de quitarse la suciedad de debajo de las uñas con la punta de la daga, momentos en los que pensamientos contradictorios pugnaron en el interior de Brianna por hacerse oír con más intensidad, la sealgair habló.

—Tengo que hablar con la Nighean Stiùiridh. Es nuestra matriarca, la hija líder de nuestro campamento. No veo por qué no podrías marcharte y seguir tu camino si lo que deseas es lo que me has contado.

Awen ladeó la cabeza.

— ¿Te fías de mí?

Brianna frunció el ceño ante aquella pregunta. La respuesta tendría que haber sido no. Una negación rotunda, sin vacilación. Era una de las primeras lecciones que tanto las sealgair como el resto de mortales de las tierras altas aprendían antes incluso de saber pronunciar su propio nombre; jamás confiar en los seres que salían del interior de Beinn Nibheis, lo que quiera que fueran, sin importar la apariencia que tuviesen.

Brianna, sin embargo, contestó:

—Tú te fiaste de mí cuando de traje hasta aquí.

—No, no lo hice —replicó Awen negando con la cabeza; pequeñas gotitas de agua cayeron de su pelo y salpicaron fuera del barreño—. Pero estaba preparada para lo que ocurriese. Lo estaba cuando me escapé del Fuego y la Arena y vine a este mundo.

— ¿No tenías miedo?

La joven feérica volvió a desviar la mirada de la sealgair y a pasearla por los establos. Tamborileó con la daga en el agua, el único sonido que se escuchó durante los instantes en los que ella escogía sus palabras con cuidado. Los animales parecían haber vuelto a poner la oreja en la conversación.

—He vivido con miedo desde que nací, porque me dijeron que así debía ser —habló finalmente, sus ojos otra vez puestos en Brianna—. Toda mi vida me han dicho lo que tenía que hacer como la esclava que era. Ya no lo soy. Me he ganado mi libertad y si es la muerte lo que me espera por reclamarla, que así sea. Pensándolo bien, tampoco sería algo tan traumático —dijo estirando su boca—; podría reunirme con Madre y Padre y preguntarles unas cuantas dudas.

La dureza de la sonrisa que acompañó sus últimas palabras removió algo dentro de la sealgair. Un sentimiento de desasosiego le atenazó el estómago como una mano fría y despiadada.

—Los dioses nunca nos abandonan —se apresuró a afirmar con rotundidad—. Nos ponen a prueba porque saben que podemos superarla o porque vamos a aprender algo de ella. Por lo menos, es lo que Morrigan haría.

—Mis dioses llevan poniendo a prueba a mi gente durante muchos siglos, a muchas generaciones —replicó Awen con calma. Esta vez, su sonrisa era irónica y ácida.

—Tal vez la prueba está tocando a su fin.

Brianna no estaba segura de si aquellas palabras se las había dirigido a sí misma o a la sidhe. Se le hacía demasiado extraño, casi impensable, considerar que los dioses podían hacer algo como abandonar a su pueblo, sus hijos, a merced de un destino como el que Awen había expresado sin que hubiera ningún tipo de propósito detrás. Puede que los dioses inmortales sí hicieran tal cosa. No le habría sorprendido que fuesen tan

despiadados como los feéricos que los adoraban.

Zarandéo la mano para disipar las palabras y el ambiente cargado que habían dejado a su alrededor.

—Hablaré con la Nighean Stiùiridh —repitió—. Tú puedes terminar de asearte y comer algo —dijo señalando un plato que la sidhe aun no había tocado.

Podía imaginarse que la feérica probablemente sospecharía que estaba envenenado o que contendría algo que mermaría sus capacidades. No la culpaba; la propia Brianna no estaba del todo segura de que no fuera así.

—No hace falta que hables con ella. Ya nos han estado escuchando —rió Awen por lo bajo, señalando con la cabeza la pared de madera que delimitaba el interior del establo—. Ella no, pero tus hermanas sí.

Brianna se frotó las sienes con los ojos cerrados. Claro que habían estado escuchando. Eso hasta le parecía poco, teniendo en cuenta la magnitud de la situación. Dejar a una sealgair sola con una feérica mayor era arriesgado, aun cuando esta era... Frenó el hilo de sus pensamientos, mirando de nuevo a Awen. Todavía no podía ponerle un nombre a lo que era aquella chiquilla.

Se humedeció los labios antes de decir:

—De todas formas, hablaré con ella personalmente. Es una mujer... —se tomó un momento para buscar la palabra apropiada— dura. Pero comprensible y razonable.

— ¿Crees que va a hacerte caso a ti? —dijo la sidhe con un tono escéptico mal disimulado que no disgustó a la sealgair; todo lo contrario, le arrancó una pequeña sonrisa—. No parecía estar muy contenta cuando me vio aparecer y todavía menos cuando... cuando intercediste por mí —finalizó dubitativa.

Brianna abrió la boca para contestar, pero no llegó a decir nada. Quería objetar, pero... bueno, eso era lo que había hecho, al fin y al cabo. Interceder por la vida de una inmortal.

—Es mi madre —comentó finalmente—, supongo que puedo tomarme algunas libertades más que el resto.

Capítulo 7

—No.

—Pero, ¿por qué?

—Eso debería preguntar yo, Brianna.

Awen aprovechó la discusión entre la Nighean Stiùiridh y su hija para echar un vistazo furtivo al campamento, pero sin desconectar del todo su atención de la conversación. Era un lugar grande, casi tanto como un pueblo normal, solo que cercado por una muralla de estacas de madera. Tenía una apariencia un tanto provisional, pues no había nada hecho de ladrillo ni piedra; todo era de madera y paja, incluso barro. El hechizo que rodeaba el asentamiento y lo protegía de las miradas indiscretas hormigueaba en la nariz de la sidhe de una manera desagradable, pero que podía soportarlo sin fruncir el ceño.

El establo en el que se había aseado y donde permanecía el plato de comida sin tocar, a pesar de lo tentadora que le había parecido, estaba situado cerca de la entrada por la que había accedido con Brianna y Caile. Sospechaba que no era la única. No tenía mucha idea de estrategia ni de cómo planificar un fuerte, pero le parecía bastante inteligente construir un lugar de aquel estilo con más de una escapatoria. Las casas se encontraban más alejadas, a una distancia prudencial también de los muros que, por la parte interior, tenía una especie de corredor por el que algunas sealgair se paseaban de vez en cuando, montando guardia. Gracias a eso habían reaccionado tan rápido ante su llegada, supuso, porque las habían visto desde aquellas elevaciones.

Una hoguera todavía pequeña crepitaba no muy lejos de donde se encontraba ahora. El olor afrutado del serbal de cazadores se extendía por todo el campamento y las volutas de humo le quemaban en los pulmones, pero se negó a que las sealgair notasen la incomodidad que le producía.

Analizó todo a su alrededor con vistazos rápidos, tratando de mantenerse lo más quieta posible o en una postura neutral que no exteriorizase la tensión que sentía por dentro. No estaba segura de dónde nacía la calma que había conseguido mantener desde que se había topado con Brianna y Caile hasta ese momento. La osadía que había mostrado a la hora de dirigirse a la Nighean Stiùiridh, sin ir más lejos, la había cogido totalmente desprevenida, teniendo en cuenta la cantidad de sentimientos que hervían bajo su piel. Tal vez las miradas que le dedicaban había sido un aliciente. Puede que la irritación y la cólera que despertaban en su interior las miradas de quienes la rodeaban, recordándole que debía sentirse inferior, hubieran quemado el miedo a morir. O puede que se debiera a todo por lo que había pasado hasta llegar a donde se encontraba, tan cerca y a la vez

tan lejos de su objetivo.

Awen se había dado cuenta de que por la fuerza, en una lucha abierta, no llegaría a ningún sitio. No era una guerrera como las mujeres que vivían en el campamento en el que se encontraba, ni tampoco como los fae, aunque algo en su interior la apremiaba a actuar de la manera violenta que se esperaba de alguien de su especie. Puede hubiera conseguido matar al cambiaforma en Beinn Nibheis, pero era consciente de que ese no era el camino que debía tomar ahora. Solo le quedaba probar con las palabras.

—No tenemos razones para fiarnos de ella —dijo la líder.

— ¿Acaso hay algo que pueda hacer para ganarme vuestra confianza?
—preguntó Awen, volviendo a centrar su mirada en la mortal.

La mujer no contestó, y la sidhe tampoco esperaba una respuesta. No era necesaria. Awen hizo un gesto con la cabeza hacia el fuego.

— ¿A cuántos feéricos habéis quemado en una hoguera de serbal de cazadores?

La tensión de quienes la rodeaban se hizo patente. La joven estaba empezando a acostumbrarse a aquella reacción que entendía como perfectamente normal, dadas las circunstancias, pero no por eso la hacía menos irritante. O halagadora, según por donde se mirase.

—No quemamos a nadie con esa leña —contestó Brianna—. Solo la usamos para protegernos de los inmortales.

Awen cambió de postura, mirando la hoguera ahora con interés renovado, pensando. Notó a Brianna moverse a su lado, un reflejo de su postura, intranquila. Podía sentir también los ojos de la Nighean Stiùiridh sobre ella, tratando de seguir el hilo de sus pensamientos. Pero nunca hubiera podido adivinarlos porque hasta una pequeña, muy pequeña, parte de la propia Awen se sorprendió cuando dijo:

—Si matara a un feérico, ¿tu opinión sobre mí cambiaría?

Escuchó murmullos a su alrededor, pero no les prestó atención. Solo se relamió un poco por dentro ante la estupefacción que sus palabras habían provocado en las demás sealgair, pero había una en concreto en la cual estaba especialmente interesada.

La mirada de la hija líder del clan era indescifrable. Awen se tomó la libertad de seguir hablando.

—He oído que tenéis una especie de... rito de iniciación. No recuerdo cómo se llama...

—Flùr le fuil. Florecer de sangre —volvió a responderle Brianna, con un hilo de voz en esta ocasión.

Awen hizo un leve gesto de asentimiento hacia ella.

—Si yo lo pasase...

—No puedes pasarlo porque no eres una sealgair.

No fue la Nighean Stiùiridh quien le contestó, sino otra mujer armada con una espada como la que Brianna portaba. El desprecio que rezumaba su voz se trasladó al ambiente, llegando hasta Awen, ácido como una fruta demasiado verde todavía.

Awen se limitó a encogerse de hombros.

—Tengo sangre de sealgair. O mejor dicho, vosotras tenéis una parte de sidhe.

Las guerreras protestaron a su peculiar manera, zumbando como un enjambre de abejas alrededor de su amenaza, tratando de intimidarla. Pero Awen, a pesar de llevar apenas unas horas allí, empezaba a conocer bastante bien el nido en el que se había metido. Porque las sealgair, como había dicho, al fin y al cabo eran parte sidhe, parte feéricas y, aunque hubieran pasado siglos desde que comenzaron a existir, la sangre inmortal seguía corriendo muy espesa por sus venas.

—Si superase ese rito —habló de nuevo por encima del zumbido—, ¿empezaríais a confiar en mí? ¿Dejaríais que me fuese?

— ¿Cómo sabes de la existencia del flùr le fuil? —se limitó a preguntar la Nighean Stiùiridh.

Awen se contuvo de hacer una mueca de fastidio. No quería que la conversación se desviase. Caviló un poco, con rapidez, sin dejar de mirar a la sealgair que tenía delante. Sin olvidar lo que era y de dónde venía. Sonrió para sus adentros.

—Sois famosas en Elter —respondió con un encogimiento de hombros—. Tanto, que incluso alguien que nunca ha estado en este mundo ni os había visto antes, sabe de vuestras tradiciones. Más de lo que creéis, incluso —puntualizó, sin perderse detalle de las expresiones faciales de la mujer—. Además, sí que somos un poco familia en el fondo, ¿no?

Los ojos oscuros de la Nighean Stiùiridh crepitaron con más fuerza que el fuego que se alimentaba de la hoguera de serbal a escasos metros de donde se encontraban. Ahora, quien se puso en tensión fue Awen.

—Ni se te ocurra insinuar que tienes algo que ver con nosotras, feérica.

La sidhe tragó saliva y mantuvo la compostura. Su voz sonó mucho más serena de lo que en realidad estaba por dentro.

—Pero es así —reiteró.

Al ver cómo las comisuras de la boca de la sealgair se curvaban hacia arriba, mostrando levemente sus dientes en una mueca a medio camino entre el desagrado y la contrariedad, Awen no pudo evitar envalentonarse y proseguir.

—Vaya, nadie comentó nunca que fueseis tan reticentes a vuestra naturaleza.

La Nighean Stiùiridh no iba armada, por lo menos con nada que quedase a la vista, pero no le hacía falta. No solo porque las sealgair supieran defenderse sin necesidad espadas, flechas o dagas, sino porque la mujer que Awen tenía delante conocía otras maneras de atacar en las que la feérica aun no estaba versada, y ambas lo sabían.

Awen plantó los pies en el suelo con más firmeza, y prosiguió con voz suave y segura.

— ¿De dónde creéis que os vienen vuestras capacidades con la magia? ¿Vuestras habilidades para la lucha? ¿Vuestra sed de violencia? No pensaréis de verdad que son regalos hechos por vuestra querida Morrigan, ¿verdad?

El metal silbó al ser desenvainado, y las cuerdas de arcos y ballestas protestaron al verse tensadas con brusquedad. Awen se vio rodeada de más armas apuntándola. Hasta Brianna, que era la que se había situado más cerca de ella, había echado mano a su extraña espada y, aunque no la sacó la funda, sus ojos verdes la miraron ahora con un brillo acerado.

La feérica tragó saliva, pero aguardó, armándose de paciencia y quietud, ignorando todas sus alarmas internas que le gritaban que corriera o atacara, pero que no se quedase quieta. Cerró las manos en puños para evitar que le temblasen, apretando con más fuerza su propia daga.

La voz de la hija líder sonó igual que el viento arrastrando las nubes por el cielo justo antes de una tormenta.

—No te atrevas a pronunciar su nombre, esclava.

Los ojos de Awen se oscurecieron, tornando a la tonalidad casi negra, la misma que habían mostrado cuando había llegado al campamento. La sidhe dio un paso adelante y Brianna sacó su ràsair sliasaid, pero no desplegó la hoja. La Nighean Stiùiridh no se movió y no dio muestras de sentirse impresionada o de haber percibido ningún cambio en Awen, pero nunca se sabía lo que pasaba por su cabeza. Ni siquiera su hija era capaz de adivinarlo la gran mayoría de las veces.

Cuando Awen habló, el fuego pareció crepitar con más fuerza, protestando o alentando a la feérica.

—No vuelvas a llamarme eso. Nunca.

Los nudillos de Awen estaban blancos alrededor de la empuñadura de su daga robada, todavía con manchas de sangre incrustadas. No se había parado demasiado a limpiarla; una parte de ella no quería que la sangre fae desapareciera.

—No somos tan diferentes —dijo, ahora más contenida, volviendo a medir sus palabras con cuidado—. Ambas partes tenemos enemigos comunes.

La sidhe aguardó a que la líder dijese algo, a que reaccionase. Podía notar lo que las demás pensaban de sus palabras, la indignación, principalmente, al compararse con ellas de aquella forma, pero sinceramente poco le importaba. No era a ellas a quien le interesaba ganarse en ese momento.

—Deja que mate un fae para ti —continuó, aflojando el agarre sobre el arma a pesar de que su pulso se aceleró ante la idea—, en tu honor, en el de tu clan, en el de tu diosa si lo prefieres.

Su fino oído de inmortal escuchó el rechinar de dientes al volver a hacer mención de Morrigan. Empezaba a comprender que jugar con la alusión a la protectora de las sealgair era terreno demasiado pantanoso quizás, y que debía de ir cuidado. En parte podía entenderlo, porque para los suyos Padre y Madre también eran sagrados, intocables, y hacer mención banal de sus nombres se consideraba extremadamente ofensivo, incluso hasta entre los más paganos y salvajes. Sin embargo, había algo en ellas que marcaba la diferencia, pero Awen no conseguía detectar qué era.

—Son de los tuyos —repuso la Nighean Stiùiridh.

Awen dejó escapar una carcajada amarga y sin gracia.

—Los sidhe dejamos de pertenecer al mismo bando que el resto de los

feéricos en el momento en el que nos vimos enterrados en vida.

Otra pausa, otro análisis meticuloso entre la mortal y la inmortal. La sidhe se aguantó quieta en su sitio, a pesar del hormigueo que recorría su cuerpo de manera insistente.

—No tengo nada en contra de tu pueblo, Nighean Stiùiridh —prosiguió finalmente luego de tomar un breve bocanada de aire, procurando hablar en la variante antigua del idioma de aquellas tierras y que estaba comenzando a quedar en desuso entre los feéricos, pero que parecía gustar más a las cazadoras—. Nunca le ha hecho daño al mío. Solo quiero ayudar a mi familia.

— ¿Qué haríais una vez libres todos?

Awen vaciló. A la Nighean Stiùiridh no se le escapó, y la sidhe se maldijo a sí misma por lo bajo.

—Buscar un futuro.

— ¿Dónde?

Awen apretó los labios, su irritación y sus dudas ya demasiado difíciles de ocultar.

Puede que la sealgair no fuera inmortal, que no tuviera los sentidos desarrollados hasta el mismo punto que ellos. Sin embargo, era una mujer que había visto, vivido y lidiado con muchos, inmortales y mortales. Conocía a las personas y sabía bailar con ellas en un baile intrincado y sutil que Awen no había practicado nunca. A la mujer no le hizo falta que la sidhe contestase.

—Comprenderás, Awen, que eso no puedo permitirlo.

—No vamos a causar problemas.

—Eso ya lo he escuchado muchas veces de seres como tú —replicó con condescendencia.

—No, de seres como yo, no.

La mujer enarcó una ceja. Fue a hablar, pero la sidhe la cortó, algo que provocó un incremento renovado de la tensión a su alrededor.

— ¿De verdad crees que me importan los humanos? ¿Que después de por lo que hemos pasado mi familia y yo vamos a arriesgarnos a vuestra ira?

Awen no le había contado personalmente su vida, pero estaba segura de que, después de la conversación que había tenido con Brianna, la Nighean Stiùiridh estaba más que al tanto. Las pocas dudas que podía tener se disiparon cuando una sombra rápida cruzó por los ojos de la mujer. Vacilación.

La sidhe tomó aliento para continuar hablando, pero esta vez la sealgair la cortó a ella.

— ¿Cómo piensas rescatarlos tu sola? Porque no creerás que nosotras vamos a ir hasta abajo para buscar a tu familia, ¿no?

No, claro que no. En ningún momento se le había pasado por la cabeza algo así, por mucho que hubiera estado intentando apelar al hecho de que ambas especies estuvieran emparentadas y que tuvieran intereses en común.

No estaba buscando su ayuda, ni su compasión. Solo quería comprensión, hacerlas razonar para que la dejaran con vida, a ella y a su familia. Pedir permiso para poder vivir era algo que detestaba, algo que le estaba haciendo hervir la sangre por dentro. Ingenua de ella, mientras se limpiaba y quitaba la mugre de su cuerpo, al que parecía haberse quedado adherida después de años y años viviendo en los túneles, había pensado que pedir se había acabado. Que solo quedaba reclamar aquello que le pertenecía por el simple hecho de estar viva. Pero estaba aprendiendo. No podía decirse que la sidhe hubiera pasado por poco en su corta vida, mas aun había muchas cosas que desconocía, juegos en los que nunca se le había permitido participar. Y Awen siempre había sido de las que aprendían rápido.

Miró a su alrededor, a todas las mujeres que la rodeaba, a Brianna, cuyos ojos verdes la observaban con dudas. Por último, clavó su mirada en la Nighean Stiùiridh. Tragó saliva amarga una última vez.

—Tengo que intentarlo.

En esa ocasión, la mirada oscura de la sealgair pareció tornarse más blanda. No, no exactamente blanda, sino... comprensiva. Una brisa fresca, esperanzadora, pareció enfriar a la sidhe por dentro, como un soplo de aire aliviando la quemazón que sentía en su interior. Pero comprender a alguien, ponerse en su lugar, no necesariamente significaba ablandarse con él.

—Me temo que algo así no es una decisión que pueda tomar yo sola. Permitirte marchar y que traigas a tu familia aquí, si consigues tu propósito.

Awen sintió que algo se partía y se retorcía en su interior. El animal que llevaba dentro protestó, gimió, lastimado y colérico, viéndose privado de pronto del aire fresco de la libertad que apenas había comenzado a saborear. La Nighean Stiùiridh no esperó demasiado antes de continuar.

—Sabes que nosotras estamos divididas en clanes, ¿verdad? No me refiero a esto que ves aquí —dijo abarcando el lugar con un gesto del brazo—, no a los campamentos. Las sealgair estamos divididas en clanes familiares, y nuestros poblados están dominados por uno de ellos. Hay tres en concreto, más antiguos e influyentes que el resto y que son responsables de tomar las decisiones finales. Me complace decirte, Awen, que has venido a parar a un poblado dirigido por una hija de la Bruma Roja. Las mujeres que ves aquí descienden en su mayoría de él, pero no todas. Ni tampoco somos el único gobernado por la Bruma Roja. He de contactar con las demás, y también con las Nighean Stiùiridh del Halcón Azul y el Espino Negro. Entre nosotras, decidiremos qué hacer con... tu situación. Sé que no es la respuesta que querías oír —dijo despacio, evaluando las emociones que pasaban por el rostro de la joven feérica—, pero por muy libre que seas, aquí, en mi hogar, en mi mundo, eres una invitada. Te sugiero que te pongas cómoda, porque puede que nuestra decisión final tarde en llegar. Comprenderás que todo esto es complicado de tratar y que puede llevarnos un tiempo deliberar.

Capítulo 8

Un tiempo se convirtió en casi dos semanas; trece días, para ser exactos, los cuales Awen se pasó en el establo en el que se había aseado. No le molestaba estar durante todo el día con los caballos, aquellos animales que a pesar de estar presentes en Elter, no eran nativos de su mundo. Nunca se había podido acercarse a ninguno demasiado. Resultaron ser criaturas curiosas, con cierto carácter, pero una compañía para nada desagradable. Prefería aquello antes que la primera opción que le había dado; estar atada a un poste en donde habían estado quemando la madera de serbal. Encadenada a él.

—No, por favor, cadenas no —había suplicado, retrocediendo con los ojos en blanco y una expresión de miedo cerval, como un animal amenazado—. Lo que queráis, pero por favor, no me atéis. Os doy mi palabra de que no es necesario.

Nunca se quedaba sola, bajo ninguna circunstancia. Por lo general, quien la vigilaba era Brianna. La sealgair y la feérica no hablaban demasiado; la primera le permitía a la segunda interactuar con los caballos aun llevando la daga consigo, pero sin perderla de vista. Por la manera en la que los miraba, una mezcla entre fascinación y admiración cariñosa, Brianna se sentía bastante segura de que no les haría daño. Además, tampoco era conocedora de que los feéricos tuviesen ningún poder relacionado con alterar el comportamiento de los animales, o por lo menos, no lo suficiente como para que se volvieran contra otras personas. A Awen no parecía importarle matar las horas cepillando a los caballos y dándoles de comer en la mano, susurrándoles palabras en ese idioma intrincado y familiar, al mismo tiempo que extraño para Brianna.

La sealgair se fijó en que los contornos del cuerpo de la feérica se habían hecho más sólidos a partir del tercer día en el campamento. Todos los inmortales poseían un glamour que se instalaba en sus cuerpos de manera natural cuando se adentraban en el mundo humano. No era un hechizo ni un encantamiento, sino una especie de escudo de invisibilidad que los ocultaba de las miradas de los mortales, pero no de las sealgair ni de los fiosaiche; las reminiscencias de la sangre feérica que corría por sus venas hacían que el glamour no fuera eficiente con ellos. Los inmortales podían retirar ese escudo a voluntad para que los humanos pudieran verlos, y también cuando sus cuerpos se encontraban demasiado cansados y debilitados por el hiraeth, el vínculo que los unía a su mundo.

Brianna suponía que Awen estaría comenzando a notar los efectos de ese lazo y que habría comprendido que allí, entre las cazadoras, no le servía de nada llevarlo puesto. Se preguntó cómo pensaría lidiar con aquel inconveniente si pretendía vivir en el mundo de arriba. Nunca había escuchado que un feérico muriese por pasar demasiado tiempo sin

regresar a Elter, pero sabía (y suponía) que notar cómo el cuerpo se debilitaba poco a poco y cómo los poderes que los distinguían fallaban era bastante incómodo y desagradable.

Pero Brianna no dijo nada. Ella se limitaba a cumplir su cometido sin hacer preguntas, ni a la líder de su clan ni a su... lo que quiera que fuera la feérica. Llamarla prisionera le parecía excesivo, pero no tenía una palabra mejor para describirla.

— ¿Qué crees que decidirán?

Las bridas que Brianna estaba acomodando cayeron al suelo con un tintineo. Se maldijo por lo bajo mientras se agachaba a recogerlas.

Llevaban ya una semana esperando por el veredicto de las matriarcas y le sorprendía que la sidhe hubiera aguantado tanto sin hacer preguntas sobre el tema, sin mostrar interés explícito. Sus conversaciones habían sido escasas, banales, y Awen la había cogido desprevenida. Aquello no podía volver a ocurrir, podría ser un error mortal. No solo para ella, sino también para sus compañeras.

—Sinceramente, no lo sé —contestó luego de dejar las bridas colgadas de nuevo y de girarse en su dirección—. No quiero darte esperanzas —aclaró tras una pequeña pausa—. Lo que pides es complicado. Pero lo que dijiste de enemigos comunes... —se humedeció los labios, deteniéndose de nuevo. Awen también dejó de cepillar a la yegua con la que se encontraba en ese momento y miró con sus ojos oscuros por encima del lomo del animal— creo que a mi madre le resultó... interesante, por decirlo de alguna manera.

La sidhe se limitó a alzar una ceja, expectante. La yegua protestó al darse cuenta de que las atenciones que había estado recibiendo no se reanudaban, y se lo hizo saber a la feérica tirándole de la manga con los dientes.

Brianna miró pensativa el gesto de la yegua, lo calmada que parecía con la presencia de aquel ser que a ella siempre le habían enseñado que era un predador.

—La familia para nosotras es algo importante. Todas las sealgair estamos emparentadas en mayor o menor medida, especialmente las que vivimos en el mismo campamento —hizo una pausa en la que se tocó los cabellos castaños que escapaban de su trenza—. Y también lo estamos con vosotros, los sidhe —repuso en voz baja, sus ojos verdes mirando directamente a los de Awen. Trató de contener sus emociones para que ella no se diera cuenta de lo complicado que le resultaba admitir algo así en voz alta—. No es algo fácil de aceptar, ¿sabes? Sin ánimo de ofender —levantó las manos en un gesto apaciguador, aunque Awen no se había

movido—. Recordar que compartimos cierto... vínculo consanguíneo con aquello que hemos jurado erradicar de este mundo es complicado para nosotras.

Awen pasó el cepillo por el pelaje de la yegua sin decir nada. Tenía que entenderla, se dijo Brianna. A ella tampoco podía resultarle fácil recordar que quienes los habían recluido debajo de la tierra de su mundo durante siglos eran sus supuestos hermanos.

Tras un largo y pesado silencio, Awen preguntó, sin dejar de lado su tarea:

— ¿Crees que acabarán pidiéndome que mate a un fae?

La preguntó sonó casual, pero la sealgair podía percibir la tensión que había tras su voz.

—La verdad es que lo dudo. Tu ofrecimiento fue sorprendente —aclaró Brianna, aunque sospechaba que esto la feérica ya lo sabía— y la verdad es que ver a una sidhe quitarle la vida a un fae en honor a nuestra diosa sería todo un espectáculo —dijo, no muy segura de las palabras que había usado para describir ese hecho. Algo así, tan insólito, era imposible que pudiera explicarse con las palabras adecuadas—. Pero también sería bastante ofensivo.

Awen se limitó a hacer un asentimiento con la cabeza, comprendiendo.

—Morrigan para nosotras es nuestra madre —prosiguió Brianna, cruzando ahora los brazos sobre su pecho—. Fue quien nos acogió, quien nos dio una misión, una tarea que llevar a cabo en este mundo. Nuestras historias cuentan que cuando comenzamos a existir y nos dimos cuenta de que nunca podríamos formar parte plenamente del mundo humano ni tampoco del inmortal, por... —volvió a pasarse la lengua por los labios y se los mordió unos instantes, apartando la mirada de Awen. Cogió aire antes de proseguir— por las cosas que le dijiste a mi madre, ella vino a nosotras. Nos marcó como sus protegidas.

Se arremangó la manga de la camisa que llevaba y dejó a la vista la cara interna de su brazo. Una mancha de pigmentación extraña, una marca similar a la pluma de un pájaro, adornaba su piel un poco por debajo de donde se doblaba el codo. La marca de la Gran Reina, aquella que se presentaba en forma de cuervo en el campo de batalla.

—Ten mucho cuidado cuando invoques su nombre delante de otra cazadora.

Awen levantó la mirada hacia su cara, dejándole claro que no se le había escapado la entonación de su voz. No solo la advertía sobre las demás,

sino sobre ella misma. Puede que la hubiera ayudado y que gracias a ella todavía siguiera con vida, pero Brianna seguía siendo una sealgair.

—Es una diosa de la guerra, según tengo entendido —dijo Awen en todo casual.

—Bastante apropiado, ¿no crees?—replicó Brianna con una sonrisa ladeada. Se llevó la mano a la empuñadura de la ràsair sliasaid que había prendida a su muslo y la asomó por encima de la puerta de la cuadra en un gesto significativo—. No solo es la diosa de la guerra, también lo es de la vida, del renacer después de la muerte. Las sealgair atravesamos tiempos muy oscuros antes de llegar a ser lo que somos ahora —dijo después de pensar un momento, volviendo a bajar la voz.

Awen resopló con suavidad, de la misma manera pausada y profunda que los animales que dormían en aquellos establos.

Esta vez, la que se sobresaltó con una voz fue la sidhe, que dio un respingo en el sitio cuando Brianna volvió a hablar.

—No pierdas la esperanza, Awen.

La feérica miró de nuevo a la sealgair por encima del lomo de la yegua, que parecía haber desistido en su empeño por llamar la atención de la primera y se había puesto a comer heno fresco.

A pesar de que el gesto no le llegó a los ojos, Awen estiró los labios mirando a Brianna.

Capítulo 9

Seis días después de esa conversación, un grupo de veintisiete mujeres, las Nighean Stiùiridh de todos los poblados que se repartían por las tierras altas del mundo mortal, encargadas de proteger a los humanos, se encontraban formando un semicírculo entorno a Awen. Todas descendientes de alguno de los tres clanes que la madre de Brianna le había citado. Todas mujeres muy distintas entre sí, de diferentes edades, distintos colores de cabello y tonalidades de ojos, unas más bajas que otras o con la piel más tostada. Todas mujeres fuertes e imponentes de una manera que hizo que un estremecimiento se extendiese por la columna Awen y que sus piernas, a pesar de llevar una semana comiendo debidamente, se sintiera débiles y casi incapaces de soportar su peso.

La feérica se plantó delante de las sealgair lo más recta que pudo, con los hombros cuadrados, una postura imitada de las mujeres que tenía delante. Guardó silencio, prudente, consciente de que lo más apropiado era esperar a que ellas, quienes tenían su vida en sus manos, le dieran la palabra.

—Conocemos tu historia —comenzó a hablar una mujer algo más mayor que el resto, situada a la izquierda de la madre de Brianna. Su voz imperiosa le produjo a Awen un nuevo escalofrío que apenas pudo disimular—. Sabemos lo quieres.

Calló con la misma solemnidad con la que había hablado. La sidhe se removi6 en el sitio, cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro con sutileza, esperando. Pero ninguna de ellas prosiguió. Se limitaron a mirarla con sus inquisitivos ojos mortales hasta que la feérica comprendió lo que ocurría.

No pudo evitar enarcar una ceja y que sus labios se curvasen en las comisuras. Querían sus súplicas, que les recordase que ella era la invitada, la que estaba allí viviendo de prestado. No, no eran tan distintas a los inmortales después de todo.

Awen les dio lo que querían.

—Y, ¿cuál es la respuesta?

La que le contestó fue la Nighean Stiùiridh del poblado en el que había estado viviendo.

— ¿Sabes lo que es el Libro de la Dagodeiwos?

Awen frunció el ceño. Rebuscó en su memoria un nombre parecido, pero nunca había oído tal cosa. Sí, conocía a Dagodeiwos, un dios asociado a la

sabiduría, pero también a la lucha. Una deidad muy antigua, tanto como las disputas entre los feéricos mayores. No tan importante como Madre y Padre, por supuesto, pero del que se contaban historias imponentes y crudas, a pesar de que su nombre, en la lengua antigua, significaba buen dios. Una divinidad ancestral, de las primeras que habían aparecido en el imaginario de los inmortales y que, al igual que Morrigan, no estaba del todo claro si pertenecía al mundo de los feéricos, al de los mortales, o a ambos por igual. Tantos siglos mezclándose entre ellos había hecho que algunos dioses fuesen adorados por los habitantes de los dos mundos.

Awen sabía que asociado a Dagodeiwos había un caldero gracias al cual, según se decía, se podía resucitar los muertos, pero jamás había escuchado nada sobre un libro.

La madre de Brianna volvió a hablar después de unos instantes saboreando el desconcierto de la sidhe:

—No es exactamente un libro en realidad, aunque se haga referencia a él de esa manera. Son unos manuscritos muy antiguos. Más incluso que la Gran Guerra Inmortal —pronunció el nombre del conflicto con cuidado, despacio, evaluando la reacción de la sidhe ante su mención, pero en ese momento era algo que a esta poco le importaba—. Hay quien dice que son como... pequeñas ayudas que vuestros dioses principales, Padre y Madre, le susurraron a Dagodeiwos en sueños para que os los transmitiese a vosotros, muy al principio de la existencia de los sidhe y los fae como... como seres ya racionales —dijo despacio—, no solo como animales impulsivos. Consejos y trucos para entender mejor vuestro mundo y, sobre todo, la magia que contiene. Para poder manipularlo, incluso. Nuestras historias cuentan también que muchos de vosotros habéis olvidado su existencia porque os creéis... demasiado buenos como para necesitar ayuda —la mujer hizo una breve pausa dramática, esperando una reacción por parte de la sidhe que no llegó. Se humedeció los labios antes de proseguir—. Esos manuscritos sueltos contienen hechizos, magia muy antigua y poderosa, en su mayoría. Puede que haya algo en ellos que te ayude.

Awen necesitó un tiempo para procesar lo que la Nighean Stiùiridh le estaba diciendo. No, definitivamente, jamás había escuchado hablar de algo semejante. Los inmortales no tenían nada parecido a textos sagrados, por lo menos no escritos, ni mucho menos dictados por los dioses a ningún mensajero en concreto. Había historias, cuentos, con cuyas enseñanzas se criaban y que podían aparecer recopilados en algún libro, pero ellos normalmente preferían contarlos cara a cara, alrededor de una hoguera candente que espantase el frío que algunas de esas historias podían traer consigo.

Si aquello de lo que le estaba hablando la Nighean Stiùiridh era de origen feérico tal y como parecía, tenía que ser extremadamente antiguo. Y algo

que sonaba como un libro de magia poderosísima era imposible que pasase desapercibido en un mundo habitado por seres anhelantes de poder.

— ¿Los tenéis vosotras?—preguntó con cautela.

—Sospechamos que no todos. No se sabe exactamente cuántos hay.

— ¿Cómo? —preguntó Awen sin poder esconder su sorpresa.

A las sealgair no les hizo falta la sidhe concretase más.

¿Cómo era posible que ellas, mortales habitantes del mundo de arriba estuvieran en posesión de algo así?

—Os volvisteis... se volvieron —rectificó la madre de Brianna— demasiado descuidados con el tiempo, pensando que no había nada por encima de ellos más que los dioses. Creyendo que, después de haberos derrotado a vosotros ya no necesitarían más ayuda.

Awen bufó en bajo. Aquello sí que no le resultó sorprendente en absoluto.

—Sospechamos que la magia que los fae usaron para hablar con vuestros dioses pertenece al Libro de la Dagodeiwos.

Los ojos de la sidhe se agrandaron. El fuego de la hoguera de serbal se reflejó en sus irises, tornándolos de un tono rojo anaranjado, gemelo del de las llamas que consumían la madera.

— ¿Tenéis...?

—No es de tu incumbencia, y no es lo que nos pediste.

La hoguera siguió ardiendo dentro de los ojos de la sidhe, pero ella no dejó que se extendieran muy lejos, que su humo y sus llamas le nublaran el juicio. Pero el fuego ya se había prendido en su interior y, aunque se contuviera y se atenuase, las ascuas seguirían calentando por dentro aun después de que las llamas dejaran de asomar por sus ojos.

Tragó saliva y recompuso su postura.

— ¿Qué es lo que tenéis para mí?

—Un hechizo en forma de brebaje. Confiere invisibilidad durante un largo periodo de tiempo. No deja rastros como la magia convencional, que se puede detectar en el aire. También oculta el olor de quien lo consume. Invisibilidad total y completa para quien se lo tome. Nadie podrá verte u olerte, ni siquiera tocarte. No te volverá incorpórea —explicó la hija líder—,

no podrás traspasar objetos sólidos ni nada parecido pero, de alguna manera, el brebaje crea una especie de escudo que repele a aquellos que se encuentren a tu alrededor.

Awen escuchó con atención todos los detalles. Su cabeza comenzó a trabajar, discurrendo ideas de qué era lo que podría hacer con el brebaje, hilando ya los acontecimientos y los actos que debía llevar a cabo para recuperar a su familia, recreando el escenario, los túneles, su vigilancia, el camino que debían recorrer... No era lo único que su cabeza estaba entretejiendo.

—Si vuelvo, ¿qué ocurrirá?

No hubo contestación verbal, ni la actitud de las sealgair le permitió dilucidar la respuesta. Fue esa incertidumbre lo que le hizo dar un paso adelante.

—No voy a traer a mi familia aquí sin ningún tipo de seguridad.

—No estás obligada a volver aquí —replicó una sealgair que no había hablado antes, pero que no había pasado desapercibida para Awen por la penetrante mirada que tenía clavada en ella—. Puedes quedarte en tu mundo. Nosotras te lo agradeceríamos.

Era evidente que a ninguna de esas mujeres les gustaba aquello que estaba ocurriendo. Pero la Nighean Stiùiridh que acababa de hablar... el desprecio que rezumaban sus ojos, la cólera fría, la tensión de su espalda recta y tiesa, le decía a la sidhe que quien le acababa de dedicar aquellas palabras pertenecían al clan del Halcón Azul.

Brianna le había contado algunas cosas de los tres clanes dominantes. Todos tenían un cometido común, pero cada uno por separado también tenía su particular manera de proceder. Su propia interpretación de las leyes no escritas que regían la comunidad de las cazadoras de feéricos, incluso. El del Halcón Azul, le había dicho, era probablemente el más estricto, recto y tradicional de todos.

La madre de Brianna volvió a hablar, sacándola de sus pensamientos.

—Viviréis con nosotras, al menos durante una temporada. Lo suficiente como para poder estar seguras de que no seréis una amenaza para este mundo. Luego, ya decidiremos.

No era la respuesta que estaba deseando escuchar, pero tampoco se esperaba nada mejor, en realidad. En el fondo sabía que no la dejarían pulular alegremente por las tierras mortales como si nada, que aquellas mujeres necesitaban una prueba de que realmente no eran como el resto de feéricos. Sus palabras de poco valían y, aunque le molestaba, no iba a

culparlas por ello; los inmortales nunca hacían un trato sin buscarle antes a las palabras un recoveco por el que escabullir sus intenciones, para así verse más beneficiados de lo que en principio podía parecer.

Intentó pensar con esa mentalidad, algunas palabras con las que sino convencer, por lo menos hacer dudar a las sealgair, que volvieran a pensar su propuesta. Que reconsiderasen de verdad la libertad completa y sin ataduras para ella y su familia.

El rostro de un niño pequeño llenó sus pensamientos. Un niño sidhe que, a pesar de su corta edad, sus ojos reflejaban un dolor mudo mucho más antiguo. Su hermano, Drake. Awen pensó en las cosas que había tenido que vivir y presenciar con solo seis años, en lo que viviría y presenciaría si se quedaba allí, en Elter, como esclavo.

Tomó aliento una última vez, y el fino humo que desprendía la hoguera escociéndole los pulmones.

— ¿Cuándo me marchó?

Capítulo 10

— ¿Llevas todo lo que necesitas?

—Tampoco es que necesite gran cosa. En cuanto a cantidad, me refiero.

Awen levantó la botella de cristal con cuidado. El brebaje que contenía era para ella su más preciada posesión en ese momento, más incluso todavía que la daga de oro que ahora llevaba sujeta a la cadera por un cinturón prestado. Aquella bebida era su única esperanza.

Brianna pudo ver a través del cristal cómo el líquido oscuro que contenía se movía en su interior igual que una criatura viva y apresada.

Se mordió el labio mientras echaba un último vistazo a la sidhe, comprobando que efectivamente llevase todo lo que precisaba. No le habían proporcionado ropa de combate; hubiera sido inquietante ver a una inmortal vestida con las ropas de sus cazadoras y para Awen, aunque sabía que sería una buena armadura, tampoco habría sido cómodo ir así vestida, con el significado que llevaba consigo. Además, si el brebaje funcionaba en todo momento como debiera, y ya habían comprobado que así fuera, el traje no debería hacerle falta. Lo que sí le había dejado Brianna era un cinturón de cuero para que no tuviera que llevar siempre en la mano la daga, además de un morral con algunas cosas para comer y beber durante el camino.

Ella fue la única que acompañó a la feérica hasta Beinn Nibheis. Su madre no se lo había dicho directamente, pero había quedado bastante claro que Awen se había convertido en su responsabilidad. Ella la había traído al campamento, ella la vigilaba de cerca y la acompañaba como si se tratase de su sombra. Si las cosas se torcían, Brianna era la que pagaría por ello, de una forma u otra.

—Sabes que cabe la posibilidad de que cuando vuelvas, ellos no...

Una parte de ella se revolvió por dentro al pronunciar aquellas palabras, pero sentía que eran necesarias. No quería quitarle esperanzas; deseaba, sinceramente quería, que la sidhe consiguiera su propósito y rescatase a su familia. Puede que fuera una inmortal, que su naturaleza más primitiva fuese retorcida, una bestia demasiado inteligente y que buscaba placer allí donde otros sufrían, pero Brianna también sabía que era una niña a la que se la había privado de vivir y que se la había lanzado desde su nacimiento a un destino inmerecido, concertado, demasiado cruel y del que tenía derecho a escaparse. No quería reconocerlo, pero aquella feérica había conseguido que comenzase a pensar que, incluso con los feéricos, no todo era oscuro y retorcido, sino que había muchos tonos de grises por el

medio; como ocurría con los mortales.

Awen se pasó las manos por el pelo recogido, comprobando que ninguno de los mechos, ahora cortos e irregulares, se hubiera escapado y pudiera causarle molestias. A la luz del sol, Brianna pudo darse cuenta de que su cabello castaño oscuro tenía reflejos de un profundo color rojo caoba, no muy diferente al suyo propio.

Los ojos de la sidhe se posaron en ella. En los días que habían pasado juntas, aunque sus interacciones hubieran estado muy limitadas y se hubieran reducido a hablar solo de lo necesario, Brianna había aprendido a descifrar sus miradas. Había averiguado que aquellas que parecían ser las más inexpresivas eran las que más emoción guardaban. La que le estaba dedicando en aquel momento era una de ellas.

—Lo he pensando cada día desde que me escapé.

— ¿Qué harás en esa situación?—preguntó la sealgair con suavidad.

La mirada de la sidhe no cambió. Se limitó a parpadear una vez, despacio. No hubo contestación más allá de eso.

Brianna se mordió el labio e hizo un gesto con el brazo hacia la contorna, el bosque espeso que bordeaba la colina que llevaba a la entrada al mundo de abajo.

—Te estaré esperando aquí. Durante siete días. Si ese plazo de tiempo no apareces...

No prosiguió, y tampoco fue necesario. Habían hablado sobre el camino que tenía que recorrer para ir y volver con su familia y, en base a lo que la sidhe le había contado, una semana era un plazo de tiempo más que razonable, incluso si surgían ciertos imprevistos por el camino.

— ¿Vas a rezar a tu diosa por mí? —preguntó la sidhe con una sonrisa irónica, dejando entrever sus dientes puntiagudos por encima del labio inferior.

La sealgair suspiró, mirando a la feérica, y en un murmullo casi inaudible incluso para la sidhe, dijo:

—Voy a rezarle a quien quiera escucharme, Awen.

Capítulo 11

Awen regresó con lo que quedaba de su familia la tarde del sexto día.

Brianna había permanecido por las inmediaciones de la montaña desde media mañana hasta que comenzaba a anochecer cada jornada, nunca más allá del crepúsculo. Los inmortales pululaban por aquella zona durante todo el día, pero las noches... las noches eran diferentes. No sabía si era como la influencia que la luna tenía en las mareas o porque el amparo de la oscuridad los alentaba a actuar de una manera todavía más salvaje, pero la noche era el momento en el que los feéricos más bestiales salían a dar rienda suelta sus deseos, y el resto los acompañaba.

Caile a veces se quedaba con ella durante unas horas. Aunque Brianna se sentía agradecida por la compañía y la seguridad que le brindaba, apenas hablaban en esos ratos. Con el dolor que eso le producía, ella casi habría preferido que su fiel compañera permaneciese en el poblado. La sealgair con predilección por el uso del arco no pertenecía al mismo clan que Brianna; el suyo, por nacimiento, era el del Espino Negro, pero el campamento en el que se había criado durante sus primeros años de vida quedó arrasado. Por fae.

Estos no solían meterse directamente con las sealgair porque las temían. Lo suyo era, como el resto de inmortales, entretenerse con los humanos hasta convertirlos en juguetes rotos. Luego, esperaban pacientes las represalias de las cazadoras. Cuando eran ellas las que iban a buscarlos directamente, la cosa cambiaba.

No era raro que las hijas o familiares directas de las Nighean Stiùiridh llevasen a cabo su ritual de iniciación, su primera muerte feérica, cazando a un fae. Su estatus, pensaban muchas, lo requería. Entonces era cuando ellos las buscaban. Eso fue lo que aconteció en el antiguo campamento de Caile; una familia fae buscando venganza por la muerte de dos de los suyos durante su flùr le fuil y el de su hermana gemela había desatados los acontecimientos que llevaron a la sealgair a vivir en el poblado de Brianna. No había sido un caso aislado en aquel momento y todavía era algo que seguía aconteciendo. Nadie se había planteado nunca la posibilidad de cambiar esa tradición, aun sabiendo las consecuencias que podía traer; un contraataque, o la muerte de la joven sealgair que estuviese realizando su ritual. Era una manera efectiva de averiguar quiénes de ellas estaban realmente cualificadas para llevar a cabo la tarea que Morrigan les había encomendado. Las muertes eran daños colaterales que podían tener lugar y que alimentaban el odio cazadoras y las razones de su causa. Así era como ellas lo veían.

Hacía un rato que su amiga, si es que aun podía llamarla así, se había marchado cuando notó que la esencia a su alrededor cambiaba. Beinn

Nibheis estaba cargada con magia que hacía que la sangre de su cuerpo hormiguease de una forma molesta aunque conocida, casi como una alergia primaveral, pero pudo reconocer el poder de un feérico mayor destacando entre todo lo demás.

Supo que las cosas no habían marchado bien en el momento en el que los vio aparecer. Awen había hablado de su familia refiriéndose a un padre, una madre y un hermano pequeño. Cuando los sidhe quedaron a la vista, Awen solo venía acompañada de un hombre y un niño.

Los desconocidos se detuvieron en seco cuando avistaron a la cazadora, pero Awen les dedicó un gesto tranquilizador con la mano.

Brianna les dedicó una mirada profunda y analítica. No pretendía ser intimidatoria pero, entre la intensidad de sus ojos verdes y la *ràsair sliasaid* desenvainada en su mano, probablemente tuviera el efecto contrario.

Se podía apreciar, incluso con la capa de suciedad que cubría sus rostros, que ambos sidhe eran padre e hijo, y que estaban emparentados con Awen. A pesar de que su cabello, rubio muy claro, era totalmente diferente a la tonalidad morena cobriza de Awen, los tres compartían los ojos oscuros, casi negros, y rasgos como la forma de la boca, bien delineada y de labios finos, o la nariz, recta y fuerte. La mujer sidhe de la que Awen podría haber heredado los atributos que Brianna no encontró ni en el hombre ni en el niño no estaba allí.

La cazadora y la feérica intercambiaron una mirada. Brianna no pidió explicaciones de dónde estaba o que había ocurrido con la mujer sidhe que faltaba, y Awen no se las dio.

El recibimiento en el campamento fue exactamente como se esperaba. No hubo miramientos, ni palabras de consuelo. El trato fue igual que el que Awen había recibido, solo que esta vez, más cazadoras estuvieron presentes mientras los sidhe se acicalaban.

Brianna se preguntó si sus compañeras allí presentes sentían lo mismo que ella al ver el cuerpo de un niño marcado en la espalda con trazos rectos que se cruzaban aquí y allá. Si se estremecieron al ver las costillas marcadas bajo la piel. Si se sorprendieron al ver el cambio que se produjo luego de que la gruesa capa de suciedad, polvo y fango en su mayoría, se quedase en el agua y de ella saliese un joven sidhe hermoso hasta casi hacer daño a la vista, con el rostro más triste que nunca hubieran visto. Si también se les revolvió el estómago al darse cuenta de que le faltaban la primera falange del dedo meñique y del anular en una de sus pequeñas manos.

La única vez que Awen se dirigió a su familia mientras se aseaban, una de las cazadoras le llamó la atención; si iba a hablar con ellos, tenía que hacerlo en una lengua que las cazadoras entendiesen, no en aquella variante antigua que comenzaba a quedar olvidada en tierras mortales.

Awen no volvió a decir nada. Centró su atención en su hermano pequeño que, a pesar de que era evidente que trataba de mantener su miedo a raya, no dejaba de temblar ante cada movimiento de las sealgair; cada vez que una cambiaba el peso de un pie a otro, o cuando el acero de sus armas proyectaba un haz de luz, el niño se estremecía como un animal herido. Drake, pensó Brianna, había escuchado a Awen referirse a él de esa manera. Las sonrisas silenciosas que esta le lanzaba a su hermano eran las más dulces y las más dolorosas que la joven cazadora le había visto nunca.

En cuanto al hombre... una parte de Brianna se retorció al ver en él las mismas marcas que presentaban sus hijos, pero al verlo así, adulto, más similar a los feéricos mayores a los que la sealgair se había enfrentado, no podía evitar sentir más recelo y menos lástima. Su mirada oscura era como la de su hija, aun más gélida y orgullosa si cabe, con un brillo acerado que competía con el de las armas que portaban las cazadoras. La mirada de los animales que se saben heridos y acorralados, buscando no solo cómo escapar, sino también cómo hacer daño en el proceso.

Cuando estuvieron solas, Brianna no pudo evitar preguntarle a Awen por su viaje de vuelta a Elter. La sidhe había tardado en responder, como si le costase recordar lo que le había sucedido a pesar de que apenas habían transcurrido unas horas.

Había sido extraño desplazarse por entre los inmortales sin que estos se dieran cuenta de su presencia, relató. Había resultado... íntimo, incluso. Poder observar de cerca sin ser visto permitía contemplar a los feéricos de otra forma. Sin saberse escudriñados, los inmortales no presentaban la actitud temible por la que eran conocidos. No había bromas retorcidas de mal gusto, y sus dientes afilados no resultaban tan amenazantes cuando no los mostraban en una sonrisa ladeada que prometía diversión solo para una de las partes. No le habían resultado tan intimidantes, pero no por ello Awen se había movido con menos cautela entre ellos.

Brianna se puso tensa cuando le reconoció que, antes de ir a buscar a su familia, había subido a la casa en la que residía el lord que ostentaba su título de propiedad.

Capítulo 12

Awen había llegado hasta su dormitorio después de haberse paseado tranquilamente entre los faes que habitaban la mansión, a su lado, cruzándose delante de sus pies, haciéndolos tropezar y dejándolos desconcertados y preguntándose si habían sido tan torpes como para enredarse en sus propios pies. Había estado tentada, incluso, a descubrir cómo reaccionaban si a alguno de ellos le aparecía un corte de improviso en la mejilla.

Finalmente había desechado esos pensamientos y se había dirigido a los aposentos del noble. Conocía el camino con precisión, demasiada tal vez. Volver a recorrerlo sin guardias que la sujetasen de los brazos y sabiendo que lo que ocurriría una vez cruzase la pesada puerta de madera adornada con el escudo de la familia del Hijo Predilecto, un escorpión rodeando con su cola un ramillete de malvaviscos en tonos rojo escarlata y blanco hueso, estaba totalmente en su mano era... placentero. Una sensación que se hizo más grande cuando vio al fae en sus aposentos.

Repasando unos papeles en el escritorio, este había seguido con su tarea aun cuando la puerta se cerró con un leve chasquido detrás de la sidhe. Awen dio vueltas a su alrededor, tocando la mesa con la daga que le había quitado del cinturón cuando había tratado de abusar de ella por última vez, más de un mes atrás. Y el fae, lord Aedan, parecía... parecía notar algo cuando la punta del arma tocaba la mesa, produciendo un sonido afilado. Se removía en la silla, lanzaba miradas furtivas a un lado y a otro, sus ojos pasando muchas veces por encima de donde Awen se encontraba, pero sin detenerse demasiado.

Ella había reído por lo bajo y, al final, se había inclinado por detrás de Aedan, el filo de la daga a escasas pulgadas del cuello de este. Podía notar su respiración sobre su piel igual que él, probablemente, estuviera percibiendo la suya. Awen se estremeció ante aquella imagen y ante las ideas que se le pasaron por la mente, raudas, excitantes. Así era como se debían de sentir los animales cuando cazaban, había pensado. Aquello que estaba experimentando en su interior mientras daba vueltas alrededor del fae, con su vida pendiendo en de sus manos, de la punta de su daga, era lo que debían de sentir los dioses cuando tenían las vidas de sus hijos en sus manos. O los gobernantes cuando mandaban a sus súbditos a una guerra.

Habría sido tan fácil pasar el filo sobre la piel, cortando carne y vasos sanguíneos principales... La habría llenado de tanto placer verse las manos manchadas con la sangre roja de aquel fae de nuevo, derramándose entre sus dedos y sobre la ropa blanca que el noble llevaba puesta... Esta vez,

estaría segura de lo había matado. Tan sencillo y tan dulce...

Pero si lo hacía, tenía que ser rápida y debía ser silenciosa, y Awen no quería eso con él. Igual que Aedan no lo era con ella cuando se encontraba a su merced.

La sidhe se pasó la lengua por los labios una última vez, soltando un suspiro que removió el cabello oscuro del fae, y retiró la daga.

Continuó con el plan previsto, bajar a los túneles en los que residían los sidhe cuando no estaban trabajando y rescatar a su familia. Las entradas a los pasadizos estaban custodiadas por guardias fae, pero no tuvo ningún problema para colarse entre ellos. El descenso hasta al interior de la tierra fue íntimamente familiar. Caminar por aquellos corredores apenas iluminados que olían a desgracia y a dolor, en las condiciones en las que lo estaba haciendo, con la (casi) seguridad de que volvería a salir de ellos no para trabajar ni para complacer a ningún fae en la cama, sino para iniciar una nueva vida con su familia, la hicieron pisar con fuerza y agarrar la daga con más firmeza. Su cabeza, alta y orgullosa. Sus hombros, cuadrados. Sin vacilación. Sin miedo. Una reina bajo tierra.

Se dirigió directamente a las celdas donde dormía su familia, tratando de no mirar demasiado al resto de sidhe con los que se cruzaba por el camino, pero le resultó imposible. No pudo evitar pararse a mirar entre los barrotes que atravesaban el túnel, desde techo hasta el suelo, tratando de discernir los rasgos de aquellos con quienes había compartido largas jornadas de interminable trabajo y comidas escasas. Los fae solían agrupar a los sidhe siempre en las mismas celdas, para tenerlos más controlados y poder contabilizar mejor cuantos morían al final del mes. Para saber cuántos iban a necesitar comprar. El estómago se le encogió al percatarse de cuantos faltaban y de la cantidad de caras nuevas que no reconocía. Muchos. Demasiados.

Apuró más el paso hasta llegar al calabozo que había ocupado ella no mucho tiempo atrás. Con la llave maestra que había robado al entrar, abrió la puerta y se escurrió dentro de la celda con rapidez, cerrando de nuevo tras ella con un chasquido silencioso. Pero no lo suficiente como para evitar que Drake, con su sueño ligero, no se despertase.

Su hermano se incorporó sobre las mantas raídas que usaba para dormir, mirando a su alrededor con el ceño fruncido. Awen se agazapó delante de él y los ojos oscuros de su hermano siguieron el movimiento, aunque ella sabía que no podía verla del todo. La silueta de su cuerpo comenzaba a ser visible; había pasado bastante tiempo desde que se había tomado el último sorbo del brebaje de invisibilidad. Por eso Aedan había podido escuchar el tintineo lejano de la daga y había sido vagamente consciente

de su presencia.

Su hermano retrocedió hasta la pared de tierra que tenía tras él, tratando de alejarse de aquella especie de sombra viva.

—Drake, soy yo —murmuró Awen, consciente de que ahora su voz era audible—. Soy Awen.

Él puso los ojos en blanco y recorrió los contornos de la figura que sonaba como su hermana con la mirada, anonadado.

Luego de un momento de vacilación, se atrevió a hablar.

— ¿Dónde...?

—Bebe esto.

Awen le colocó las manos sobre el cuello de la botella que contenía el brebaje. El chiquillo dio un respingo en el sitio al notar el tacto de unas manos fantasmales, pero consiguió sostener lo que estas le tendían. Una botella que quedó visible cuando Awen apartó sus manos de ella. Drake volvió a poner los ojos en blanco y luego de otro momento de vacilación, se llevó la botella a los labios y bebió. El escudo de invisibilidad no tardó en instalarse sobre él, envolviéndolo y abrazándolo, tanto a su forma física como a su olor y los sonidos que salían de él.

El brebaje tenía un funcionamiento que fascinaba a Awen. La bebida no solamente consistía en una mezcla desconocida de hierbas y otros elementos, sino que había sido creada empleando unas palabras sacadas del Libro de Dagodeiwos. Palabras que juntas formaban un potente hechizo que convertían la mezcla de elementos banales en lo que era ahora, una bebida con el potencial de un arma.

El hechizo actuaba formando una especie de halo entorno a la persona que bebía el brebaje, cubriéndola de pies a cabeza, tapando las ropas incluso, y lo que estas escondieran debajo. Pero uno de sus puntos más interesantes, era que el hechizo proporcionaba la capacidad de que todos aquellos que bebiesen el brebaje podían comunicarse entre sí. Como si aquel halo de invisibilidad crease un microcosmos privado. Awen se había preguntado si las sealgair eran conscientes del potencial que tenía aquella poción.

La sidhe, al ver la expresión perpleja de su hermano, no pudo evitar sonreír, como tampoco fue capaz de no envolverlo en un abrazo. Drake trató de corresponderla, pero no pudo rodearla con los brazos. Tenía las muñecas unidas con unas pesadas esposas que limitaban sus movimientos. Se contentó con agarrarse a las ropas de su hermana y esconder la cara en el hueco de su cuello. Awen se recreó durante unos

instantes en el contacto de la piel de Drake, en la sensación de su pelo cosquilleándole debajo de la nariz. Pero no se le pasó por alto, sin embargo, que en aquella celda tendría que haber otras dos personas más con él.

Se apartó un poco de Drake, lo justo para poder verle el rostro, antes de preguntar:

— ¿Dónde está mamá?

Un destello de dolor cruzó los ojos oscuros del pequeño. Awen se quedó muy quieta, con una mano fría atenazándole de pronto el estómago. El chiquillo negó con la cabeza, pasándose las manos por el pelo antes de hablar con voz húmeda.

—Se... se puso de parto.

Awen abrió la boca y la volvió a cerrar de nuevo. Su madre estaba embarazada de unos cinco meses más o menos cuando ella se había marchado de la Casa del Fuego y la Arena. Había pasado poco más de un mes desde eso. No podía ser... No quería creerlo, porque si ya un parto luego de nueve meses de gestación era complicado para las sidhe, uno de un embarazo de tan solo siete...

La joven hizo un gesto de negación.

—Eso es imposible. Aun le quedaban tres meses al menos cuando me marché.

Drake se miró las manos, que todavía sostenían la botella con el brebaje. Temblaban. Todo él temblaba. Sus emociones, abiertas en canal, dejaban un regusto amargo en el fondo de la garganta de su hermana. Awen le colocó la mano en su hombro, tratando de que levantase la mirada hacia ella, sin éxito. Pero no le hacía falta mirarlo a la cara para saber que estaba llorando. Su voz se lo confirmó.

—Ella... ella empezó a sangrar y... se la llevaron. No... no hemos vuelto a verla.

Sus palabras hicieron que el agarre frío alrededor del estómago de la joven se cerrase todavía con más fuerza. La bilis ácida subió por su garganta, haciendo que sus ojos picasen y se llenasen de humedad. Awen tragó saliva, tratando de apartar las emociones de su hermano, intentando que no se mezclasen con las suyas propias y las intensificaran. Necesitaba la mente despejada.

— ¿Cuándo fue eso?

—Dos semanas después de que tú te fueras, creo.

Awen cerró los ojos. Una sensación diferente la embargó por dentro, más ácida que la anterior, más lacerante. Culpa.

La voz de su hermano sonaba un poco más compuesta que antes cuando volvió a hablar.

—Nos dijeron que nos olvidásemos de ella.

La joven no necesitaba esa confirmación. Podía imaginarse lo que habría ocurrido cuando los guardias o quien fuera se dieron cuenta de que la embarazada había comenzado a sangrar sin que se encontrase en días cercanos al parto. Ni siquiera se habrían molestado en llevarla a un sanador, a alguien que la examinase o que como mínimo tratase de aliviar su dolor. No se les habría pasado por la cabeza salvar a ninguno de los dos, ni al bebé ni a la madre.

Awen cerró los ojos un momento y tragó, tratando de calmar su mente, intentando que las imágenes que comenzaban a pasar por detrás de sus párpados desapareciesen. De todos los destinos posibles que sabía que podría haber corrido el cuerpo de su madre, solo esperaba que no la hubieran dejado en las tierras secas y casi baldías que se extendían al norte de la propiedad para que los seres que las habitaban diesen buena cuenta de él. Tierras que Awen había cruzado para escapar y para volver allí de nuevo.

La sidhe se mordió el interior de la mejilla para cortar las imágenes y los pensamientos que invadían en ese momento su cabeza. El dolor tuvo el efecto esperado.

—Faltan muchos en las celdas —comentó sin poder evitarlo.

—El grano ha escaseado en el último mes —respondió Drake.

Awen hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Aquello no era extraño, ya habían tenido que vivir situaciones parecidas todos los años. Las malas cosechas solían repetirse cada cierto tiempo en aquella parte del continente, y los fae preferían dejar a sus esclavos sin comer y arriesgarse a la muerte de estos antes que comprar más grano para alimentarlos. Los sidhe eran más baratos.

— ¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó Drake—. Nosotros creíamos....

El niño se negó a terminar la frase y su hermana mayor no le obligó a seguir. Podía imaginarse lo que habían supuesto para él las últimas semanas, viendo cómo iba desapareciendo su familia, primero su hermana, luego su madre. Sin explicaciones, sin despedidas. Awen había experimentado lo mismo cada vez que pensaba en la posibilidad de que nos encontrara cuando regresara.

—Es muy largo de contar —contestó—. Lo importante es que creo que he encontrado un lugar para nosotros. Un lugar en el que podemos vivir en paz. Sin nada de esto —dijo haciendo un gesto con la mano a su alrededor.

Hacia las paredes de tierra adornadas con raíces, los barrotes que delimitaban la celda, las sombras que nunca abandonaban aquel lugar, así como el ambiente decadente y amargo que parecía rezumar de cada recoveco.

Su hermano abrió más los ojos, pero no fue esperanza lo único que Awen vio en ellos. También había incredulidad y escepticismo. La sidhe tampoco se sintió mal por esa mirada dubitativa. A ella también le costaba asimilar que tal cosa existiera para ellos.

Se puso en pie con un movimiento fluido y extendiendo la mano hacia Drake, preguntó:

— ¿Dónde está papá?

Drake contestó que a su padre le había tocado regar los campos esa noche. A pesar de la cercanía del invierno, la Casa del Fuego y la Arena no era un territorio que se caracterizase por sus lluvias. El riego, en cualquier época del año, se realizaba siempre de noche para que el agua aguantase más tiempo en la tierra y no se evaporase tan pronto.

Los fae no cultivaban cerca de las urbes, ni de las mansiones de los nobles, ni de las villas donde se encontraban los palacios de los Hijos Predilectos. Los campos de cultivo no quedaban estéticos, por muy prolíficos que fueran. Lo bueno, por lo menos para los sidhe que esa noche iban a escapar, era que el campo al que había sido enviado su padre se encontraba cerca de la ruta que Awen tenía planeada para huir hacia el norte.

Su padre no era el único que se encontraba llevando a cabo la tarea del riego, pero cuando llegaron hasta él, se encontraba solo. Los campos se dividían en secciones que eran regadas de manera individual meticulosamente por cada esclavo. De vez en cuando, algún fae u otro feérico se pasaba a inspeccionar que todas las zonas quedasen bien cubiertas de agua antes del amanecer. Awen y Drake esperaron a que el feérico que estaba echándole un vistazo a la sección de su padre cambiase

de zona para acercarse.

La reacción de este fue parecida a la de Drake cuando descubrió la apariencia invisible de sus hijos. Su rostro, demacrado y escuálido, apenas dejó translucir emoción ninguna cuando su hija le explicó a grandes rasgos su plan de huída y a donde se dirigían, omitiendo el detalle del trato que había establecido con las cazadoras.

Kellan, el padre de los dos chiquillos, apretó sus delgados labios hasta convertirlos prácticamente en una línea fina, con pequeñas arrugas de duda alrededor de la boca. Pasaron unos instantes que para Awen fueron eternos. Comprendía perfectamente las dudas de su padre, pero en ese momento no tenían tiempo para ellas. Debían marcharse de allí cuando todavía era noche para poder llegar al día siguiente a la Casa que se encontraba al norte del Fuego y la Arena, que era la de la Tierra y las Espinas. En caso contrario, no lograrían llegar al mundo mortal en el plazo de tiempo que Brianna le había dado a Awen, y ella no estaba segura de si sabría guiarse de nuevo hasta su campamento.

Si los descubrían merodeando solos por el mundo de arriba, estarían perdidos.

Antes de dar un trago, el sidhe echó una mirada escéptica a la botella que le pasaba aquella aparición fantasmal que sonaba como su hija.

— ¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

Antes de que la joven le contestase, dio un sorbo corto al brebaje. Awen se tensó por un momento. No quería tener que darle explicaciones a su padre de lo que había tenido que hacer, a quienes había tenido que recurrir para poder conseguirlo. No sabía cómo reaccionaría. Prefirió limitarse a contestar:

—Es largo de contar —dijo antes de alargar la mano hacia la botella para volver a guardarla en el morral—. Ahora, debemos irnos.

— ¿Qué haces? —replicó su padre, reteniendo el recipiente en su mano.

Giró la cabeza hacia su derecha, en la dirección a donde se podían vislumbrar en la penumbra de la noche, iluminada por una luna llena y grande, las siluetas alargadas los otros sidhe que recorrían la amplia extensión de campo arado portando carretas con bidones de agua.

—Tenemos que ayudarlos.

Awen frunció el ceño al notar una punzada en su pecho. Abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla al instante, siguiendo con la mirada la dirección que indicaba su padre. Hacia los esclavos. Hacia los sidhe. Hacia

sus iguales.

Puede que ahora no durmiese en una celda bajo tierra por las noches, que no trabajase forzosamente para los fae, y que las cadenas no dejaran ya más marcas en sus muñecas. Puede que ahora se llamase a sí misma libre, pero aquellos esclavos... Eran como ella. Sus cuerpos tenían impresas las marcas de la vida que habían llevado desde su nacimiento. Habían visto a familia y conocidos desvanecerse de la noche a la mañana, sin poder llorarlos como correspondía, sin tener un lugar al que ir a recordarlos a parte de los calabozos en los que habían vivido, aferrados a las mantas que todavía conservaban su olor.

Los ojos se le humedecieron. Sacudió la cabeza en un gesto de negación y los primeros rastros de lágrimas desaparecieron con la suave brisa invernal, fría y seca.

—No creo que tengamos suficiente para todos —dijo Awen despacio, expresando una calma que en realidad no tenía por dentro—. Y tiene que llegarnos para todo el trayecto hasta la montaña sagrada. Sin esto nos encontrarán fácilmente, sabrán a dónde hemos ido. Nos perseguirán y... todo habrá sido en vano.

Las palabras la quemaron por dentro mientras las pronunciaba, más incluso que el humo que desprendía la madera de serbal al ser quemada, más que cualquier castigo físico al que hubiera expuesto nunca su cuerpo.

— ¿No podemos hacer más de esto?

Awen negó con la cabeza, apartando la cara hacia otro lado para que Kellan no pudiera ver la expresión de su rostro.

—Yo no.

—Awen, ¿de dónde lo has sacado? —repitió su padre, su tono ahora más severo que antes.

La joven sidhe se removió en el sitio.

—No es el momento, tenemos que irnos.

Su padre la miró durante un largo momento más, pero finalmente asintió a regañadientes y los tres pusieron rumbo hacia el norte. Llevaron un buen ritmo mientras atravesaban la Casa de la Tierra y las Espinas, deteniéndose en su límite con Tierra de Nadie para descansar casi un día para que así Kellan y Drake pudieran reponer las energías de sus cuerpos

exhaustos con la comida y la bebida que llevaba con ella.

Al final, tardaron en cruzar el portal al mundo de arriba no porque se hubieran encontrado dificultades importantes en el camino, sino porque Kellan se negaba a encontrarse con las sealgair. Ese fue uno de los pocos detalles que Awen excluyó de su relato para Brianna.

No le contó la bronca discusión que habían tenido Kellan y ella cuando su padre se había enterado de los planes que las cazadoras tenían preparados para ellos. Las palabras que le dijo cuando supo que su hija había accedido a todo lo que las mortales habían decretado seguían escociendo en su interior.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? No podemos fiarnos de ellas, son sealgair, Awen, por los dioses... —dijo con voz severa y cortante, mirando a su hija desde su considerable altura, con sus ojos clavados en ella como agujones.

—No tenía muchas más opciones —replicó ella tratando de emplear un tono firme y decidido—. Yo... yo quería sacaros de ahí. No tenía otra manera y ellas... —negó con la cabeza, sintiendo que comenzaba a desbordarse por dentro— ellas me ofrecieron esto.

La joven había apretado con fuerza los puños para evitar que sus manos temblasen. La determinación que la había acompañado los últimos días, aquel coraje que había conseguido mantener en presencia de las sealgair, comenzó a flaquear al escuchar las palabras de su padre; sus dudas y cómo cuestionaba aquello que tanto le había costado alcanzar.

—Te mandaron de vuelta a los fae desarmada —había replicado Kellan, inclinándose hacia su hija y cerniendo sobre ella como un ave rapaz—. ¿Es que no lo ves? —Awen levantó la botella con el brebaje antes de intentar hablar, pero su padre hizo un gesto de desprecio con la mano—. Eso no es un arma. ¿Qué habría pasado si no hubiera habido suficiente? ¿Los habrías aporreado con la botella?

—No tenía más opciones —repitió la joven—. Yo quería volver a por vosotros con una mínima seguridad de que podría sacaros de ahí. Les dije lo que quería a las sealgair y me han ayudado, más incluso de lo que esperaba. Vine lo antes que pude...

—Para algunos fue tarde.

Las palabras de Kellan golpearon a Awen justo en la herida abierta y todavía sangrante que había dentro de ella, en su pecho. Oculta, pero palpitante y dolorosa. El recuerdo de su madre apareció como una nebulosa en el aire, allí, frente a ella, mirándola. No como la estaba mirando su padre, sino con la expresión que siempre tenía en el rostro;

con una sonrisa forzada y los ojos cargados de dolor.

Su hermano se estremeció a su lado, encogiéndose más sobre sí mismo.

—Lo he hecho lo mejor que he podido —balbuceó Awen, más para aquel fantasma que para su padre.

—Podríamos entrar sin que se enterasen —estaba diciendo este, haciendo caso omiso de las palabras de su hija—. No tenemos que informarlas de que hemos vuelto.

—Si nos cogen y se enteran de que he mentado, de que he roto la promesa que hice, nos matarán a todos sin pensárselo dos veces. Ya hemos llegado hasta aquí y no pienso arruinarlo todo para morir ahora por jugármela con las sealgair. Estamos muy cerca de ser libres.

—Nosotros. ¿Y los demás?

Un nuevo golpe en otro corte profundo. Awen apretó los dientes hasta que le dolieron. Los demás... Los demás habían tenido que quedarse atrás no porque no le importasen, sino porque no contaba con los medios suficientes para ayudarlos. Si las cosas hubieran sido diferentes, si hubiera ido hasta allí con más brebaje... Ella se los habría llevado a todos y cada uno de ellos. Pasar por delante de las celdas donde se apiñaban los suyos sin mirar atrás, sidhe que había conocido, con los que había hablado y había vivido las mismas experiencias, la misma vida, había sido desgarrador. Sidhe que sufrían el mismo destino que Awen por el simple hecho de que sus antepasados habían perdido una guerra contra los bendecidos por sus padres.

No, no solo habían perdido la guerra; también se les había privado del derecho a vivir y que se les tratase como lo que eran, seres que sentían y padecían exactamente de la misma forma que los fae y que los demás feéricos.

La primera vez que se había escapado del Fuego y la Arena no había dado más de diez pasos sin acordarse de su familia. El sentimiento que le producía dejarlos atrás dolía más que cualquier corte o llaga en su cuerpo. Lo que sentía ahora al pensar que había hecho lo mismo con familias como la suya no era diferente. La primera vez que se marchó había tenido intención de volver, si es que conseguía sobrevivir.

Ahora... ¿ahora qué? Algo se había partido dentro de ella al ver a los suyos en el interior de las celdas, a los que se encontraban trabajando con su padre... Sentía que algo en su pecho se fracturaba en mil añicos de puntas astilladas cada vez que pensaba en los que se habían quedado atrás, los que no se habían alzado de los túneles y la tierra llena de raíces que los

componían.

— ¿Crees que me hace gracia tener que pedir permiso para vivir?

—preguntó Awen finalmente, su voz apenas un murmullo audible.

—No parece que te haya resultado tan difícil —replicó Kellan, que se había reclinado contra el tronco de un árbol y ya no se cernía sobre ella—. Diría que has congeniado muy bien con las sealgair. Tener que dejar que unas mortales decidan lo que podemos hacer y lo que no...—gruñó, sus caninos asomando por encima del labio interior—. Salir de la esclavitud de los Hijos Predilectos para esto...

Awen cerró los puños, uno de ellos rodeaba la botella con el brebaje. El cristal protestó, y ella lo soltó a tiempo de que no se fragmentase, pero una pequeña tela de araña se había extendido por el vidrio oscuro.

Dejó escapar el aire que aprisionado en sus pulmones antes de alzarse del suelo con un movimiento ligero, fluido. Como una brizna de hierba nueva que por muy débil que pueda parecer, tiene la fuerza suficiente para perforar la tierra y salir a la superficie.

Su cuerpo, que había adquirido una forma que nunca antes había tenido, adoptó una postura recta, con los hombros cuadrados y la cabeza alta. Una postura muy similar a la que había visto emplear a las sealgair cuando la encaraban a ella, una amenaza. Pero cuando clavó sus ojos oscuros en los de su padre, no lo miró de esa manera. No era su intención adoptar la postura de una guerrera, porque no quería enfrentarse a Kellan de esa manera. Ella quería ser la mujer joven a la que se la mira con el respeto que se merece por lo que había hecho, por todo a lo que se había arriesgado para conseguir lo que deseaba.

Cuando habló su voz sonó firme, segura. Suave como la tierra húmeda y removida.

—Yo por lo menos planté cara e intenté escaparme.

Algo en la expresión de Kellan cambió. Se quedó muy quieto, su rostro convertido en una máscara pétrea y llena de sombras, no solo por los ángulos cortantes de sus facciones. Pero Awen no flaqueó. No se retractó de sus palabras ni cambió su postura. En realidad, no había dicho ninguna mentira.

Drake los miraba desde su posición, sentado en el suelo, un poco más cerca de su hermana que de su padre, desplazando los ojos de uno a otro, cauteloso.

Mientras hablaba, Awen había decidido que no era necesario que Brianna conociera esa conversación, ni tampoco ninguna de las que vinieron

después. Además, las palabras de su padre la revolvían por dentro. Quemaban y la hacían desear gritar de rabia.

Capítulo 13

Brianna trató de escuchar su relato con el rostro impertérrito, pero no estuvo segura de conseguirlo. Sobre todo, cuando habló de su encuentro con el lord fae. No fueron sus palabras realmente lo que la inquietaron, aunque su atrevimiento a la hora de entrar en la residencia sí la sorprendió. Lo que hizo que el vello de Brianna se erizase fue la manera en la que lo contó. Mordacidad y diversión fueron lo que tiñeron las palabras de Awen mientras hablaba. Una sonrisilla bailaba en las comisuras de sus labios, curvándolos hacia arriba en los extremos. Sus ojos volvían a ser como una daga de ónice pulido. Brianna pensó que nunca antes la sidhe que había encontrado en el bosque le había parecido tan... feérica.

Luego de que Kellan y Drake terminaran de asearse, todo estaba listo para su partida. Aquello cogió a Awen desprevenida. En un principio se había acordado que ella y su familia pasarían un tiempo con las sealgair, para ultimar los detalles de su vida en el mundo mortal; detalles que no tenían nada que ver con el futuro bienestar de los sidhe, sino con el de aquellos humanos con los que compartieran espacio. La joven sidhe podía entender el recelo de las cazadoras, pero darle más vueltas a esos pormenores le parecía absurdo. Al final, todo se limitaba a mantenerse lo más lejos posible de los humanos, no interactuar con ellos bajo ningún concepto, o lo pagarían caro. Así de sencillo y directo.

En un primer momento surgieron dudas sobre si dejarlos marchar de noche, con los peligros que eso implicaba, pero las sealgair decidieron que lo que les aconteciese una vez rescatados no era asunto suyo. Permitirles lavarse en su campamento ya había sido un acto de misericordia excesivo, pensaban algunas. Era hora de que partiesen.

La Nighean Stiùiridh se encontraba explicando de nuevo las condiciones que los tres debían acatar si deseaban llevar una vida tranquila y sin tener problemas con las sealgair cuando Brianna se dio cuenta de la expresión de Awen. La sidhe miraba a su madre con una mezcla extraña, teniendo en cuenta la situación. Desinterés, fastidio... y determinación.

Su padre y su hermano aguardaban un paso detrás de ella, vestidos ahora con ropas más apropiadas para el fresco y húmedo clima otoñal de las tierras altas. Brianna no podía evitar apretar con fuerza los dientes ante esa visión; cómo aquel feérico adulto, por muy esclavo que hubiera sido, por mucho que hubieran maltratado su cuerpo, podía permitir que su hija, una chiquilla, cargase con la responsabilidad de lo que estaban haciendo. Negociar sus vidas, presentes y futuras, con las mujeres que habían jurado ante su diosa destruir a los seres que eran como ellos.

La Nighean Stiùiridh no parecía darse cuenta del semblante de la feérica. Awen aguardó a que terminase de hablar, paciente, más condescendiente que respetuosa incluso. Brianna la vio tomar aire antes de hablar. Un ligero temblor sacudió sus labios antes de volver a exhalar.

—Nos gustaría, a mi familia y a mí, no partir solos en este viaje. Queremos hacerlo acompañados de los nuestros, de los demás sidhe que permanecen prisioneros en Elter.

—Tienes que estar de broma.

Brianna no tuvo tiempo de sorprenderse ante su propio atrevimiento al haber intervenido, porque Awen le respondió enseguida con el mismo tono con el que acababa de hablar.

— ¿Por qué iba a estarlo?

—Solo hablaste de tu familia.

—He cambiado de idea.

Su tono pausado irritaba a la sealgair. Dio un paso adelante antes de seguir replicando, pero su madre se adelantó a ella.

—La respuesta es no.

La sidhe giró la cabeza hacia la Nighean Stiùiridh con la velocidad característica de los feéricos, inhumana. Las sealgair que los rodeaban, con las armas ya listas, adoptaron la posición de combate conocida. Vibraron alrededor de los inmortales como un enjambre importunado, las flechas y las espadas listas como agujones. La propia Brianna hizo que su ràsair sliasaid se desplegara. El silbido del metal despertó a la criatura primitiva en que corría en su sangre.

El pequeño Drake se pegó un poco más a su padre, que rodeó al niño con un brazo, mientras su cabeza giraba a un lado y otro, mirando a las cazadoras que los rodeaban. Solo con un breve vistazo, Brianna se dio cuenta de que no era miedo lo que había en sus ojos. Era la misma mirada que había presentado en los establos.

Awen echó mano de su daga, pero no la sacó. Sus dedos se cerraron entorno a la empuñadura enjoyada, apretándola con tanta fuerza que sus nudillos perdieron todo su color. La sidhe dio un paso al frente, pequeño y cauteloso. Pareció acordarse de que llevaba el cuchillo sujeto y lo soltó antes de hablar, mirando directamente a la Nighean Stiùiridh.

—Tú tienes que entenderme. Son mi familia, todos ellos. Mi clan, mi

pueblo, los fae e incluso el resto de los feéricos...

—Te lo dije en su momento —la cortó la Nighean Stiùiridh, alzando apenas la voz, pero endureciéndola hasta volverla dura como un pedernal— y te lo vuelvo a repetir, chiquilla. No nos compares.

—Solo necesitamos más de esa poción —replicó la feérica—. La suficiente para conseguir sacarlos a todos de manera segura...

—Y una vez que los hayas liberado a todos, ¿qué haréis? —volvió a interrumpir la madre de Brianna— ¿Piensas traerlos aquí?

Awen se echó hacia atrás con brusquedad, como si le hubieran soltado una bofetada. Sus palabras se cortaron y sus labios se apretaron formando una línea muy fina. Brianna la vio cerrar los puños en los costados, uno de ellos muy cerca (demasiado cerca), de la daga. La sealgair no perdía detalle de la feérica, de las emociones, o la falta de ellas, que pasaban por su rostro. Ni de la esencia del poder que emanaba de ella, intensa a pesar de no haber alcanzado la inmortalidad.

La Nighean Stiùiridh volvió a hablar con firmeza.

—Nuestro cometido es mantener a los seres como vosotros, feéricos, inmortales, alejados de este mundo, de los humanos.

— ¡NO SOMOS COMO ELLOS! —gritó Awen.

Su esencia golpeó la garganta y la nariz de Brianna, fuerte y salvaje, una mezcla entre tierra húmeda y metal mezclado con un toque floral. Intensa y desatada, estuvo a punto de provocarle una arcada.

— ¡Lo dejaron bien claro en el momento en el que nos pusieron cadenas y nos obligaron a vivir bajo tierra!

—Es un discurso muy conmovedor —prosiguió la Nighean Stiùiridh. Brianna vio un destello plateado brillar brevemente en su mano derecha; el pequeño puñal que siempre llevaba escondido en la manga, ahora se encontraba parcialmente entre sus dedos—. Pero vuestra naturaleza es la misma en el fondo. Que hoy no estéis interesados en los humanos no quiere decir que dentro de un mes, un año, un siglo, vaya a ser igual. Una familia de tres es fácil de controlar; un pueblo entero...

—Queremos paz con vosotras por habernos ayudado —Awen siguió avanzando hacia la líder del clan. Las sealgair cerraron más el círculo a su alrededor—. Os estoy agradecida por lo que habéis hecho por mí, siempre lo estaré —dijo despacio. Hizo una breve pausa, como esperando a que sus palabras calasen en la líder del campamento, antes de continuar—. Pero también quiero ayudar a los míos. Deberíais... vosotras deberías

entenderlo... —dijo ahora con un dejo de desesperación en su voz. Y dolor. Puro y sin ataduras; sincero. Una mezcla ácida que escoció en la garganta de Brianna—. Todos feéricos nos han tratado como escoria durante siglos y hemos tenido que aceptar ese destino porque no teníamos cómo escapar de él. Hasta ahora.

La líder del clan de la Bruma Roja no respondió. No era necesario, pues su postura había quedado más que clara. Awen aguardó de todas formas, sus ojos oscuros desplazándose por las facciones duras de la mortal, buscando un cambio en ellas que no llegó a producirse. El gruñido que salió de su garganta fue más animal que otra cosa, chirriante como el metal contra el metal.

— ¡No sé ni siquiera por qué tenemos que pedirnos permiso! Este mundo no es vuestro, no os pertenece. De hecho —otro paso más adelante—, hasta me atrevería a decir que vosotras vivís aquí en prestado.

— ¡Awen!

Brianna no pudo contener el grito que salió de su garganta, una mezcla entre sorpresa y advertencia. La sidhe giró la cabeza hacia ella como una serpiente antes de atacar.

El estómago de la sealgiar se revolvió, pero esta vez no fue por la esencia que le llegaba de la feérica. La historia que le había contado en los establos sobre las sealgair y los orígenes de su relación con Morrigan no era un secreto, pero que la usase de aquella manera... Su mandíbula se apretó con tanta fuerza que comenzó a notar un gusto salado y metálico en su boca. El sabor de la traición.

Awen la observó un momento sin inmutarse. Su atención se fijó de nuevo en la Nighean Stiùiridh, aquella a quien tenía que convencer. Desenvainó la daga despacio, tomándose su tiempo, y dándoselo también a las mortales que la rodeaban para detenerla si era lo que deseaban. Por el momento, las guerreras solo la examinaban, desconcertadas pero atentas. Caminó con pasos lentos hacia la líder, que la aguardaba con la pequeña hoja del cuchillo lista. Pero Awen llevaba la daga sujeta de una manera que claramente no suponía peligro; su postura era exageradamente antinatural si pretendía apuñalar.

Los músculos de Brianna se destensaron solo un poco.

—Este no es del todo vuestro mundo —prosiguió Awen, quien a pesar de ser mucho más baja que la Nighean Stiùiridh, parecía estar hablando con ella a la misma altura—. Los humanos no son vuestra gente. No vivís entre ellos, apenas os mezcláis con ellos más que para lo estrictamente necesario y aun así los protegéis. Porque son los indefensos. Los sidhe

también lo somos ahora. ¿Por qué no protegernos a nosotros?

Su voz tenía la suavidad y la frialdad de una superficie de hielo pulida. Igual de imprevisible, no era posible saber en qué momento se resquebrajaría. La capa de ónice dura que eran sus ojos no flaqueó cuando sentenció:

—Somos tan familia vuestra como ellos.

La quietud en el campamento se tornó más pesada. El silencio de las palabras dio paso al sonido de las respiraciones, de las cuerdas de los arcos cambiando su rigidez y de la brisa nocturna silbando sobre los filos de las armas y las estacas de serbal de cazador.

Los efectos que las emociones tenían sobre los presentes, mortales e inmortales, se entremezclaban en el aire. Los aromas se entretrajeron demasiado como para poder discernir cuál era la predominante o qué pensamiento era el que imperaba. La mente de Brianna bullía como el agua hirviendo. Sus oídos estaban llenos con el pitido derivado del golpeteo rápido y robusto de su corazón. La sangre le hormigueaba en los dedos, pero se abstuvo de acercar su mano al arma que llevaba prendida del muslo derecho.

—Déjame sacarlos de ahí abajo —repuso Awen con voz suave, casi aterciopelada—. Permíteme traerlos y desapareceremos. No os pido un refugio, ni que nos acojáis entre vosotras para toda la eternidad. Solo una oportunidad para comenzar una nueva vida.

La nariz de Brianna escocía. Sus sentidos de cazadora de feéricos estaban preparados para detectar a los seres del mundo de abajo, para discernir sus emociones y conferirle cierta ventaja en la lucha. Allí, en aquel momento, todo parecía estar entrelazado. Como una confirmación ante lo que había dicho la sidhe; no tan diferentes como se podría pensar, más similares de lo que querían creer.

La cazadora miró a su madre; su rostro, normalmente impertérrito, presentaba ahora unas finas arrugas alrededor de la boca. Moira, la Nighean Stiùiridh del poblado, solo fruncía los labios cuando estaba disgustada ante las acciones de otras, cuando sus planes no iban según lo previsto, o cuando se veía obligada a ejercer su labor de la manera más dura sobre las suyas. Brianna, estudiándola con detenimiento, juraría que la emoción que dio lugar a aquellas líneas era diferente. Contrariedad, sí, pero que nacía de la duda entre hacer lo correcto y... ¿qué era lo correcto en ese momento?

La voz de Moira cuando habló sonó igual que lo había hecho hasta ese

momento.

—Os marcharéis al sur, muy al sur, a la tierra que se conoce como Cymru —dijo, repitiendo el plan acordado hace unos momentos con los sidhe—. Allí no hay feéricos desde hace siglos, está demasiado alejada de Beinn Nibheis. Tendréis que soportar el tirón del lazo que os une a vuestro mundo y también sentir cómo el distanciamiento de este merma vuestros poderes; tu familia —dijo despacio— y los tuyos. Sois conscientes, ¿no?

Awen tardó en reaccionar, igual que todas las presentes. Sus ojos oscuros se agradaron, el brillo que desprendían extendiéndose más allá de sus cuencas, resbalando por su piel. Las sealgair pasaron a tener un ojo puesto en los inmortales y otro en su líder, confusas. Brianna miró a su madre sin terminar de comprender, dudando si había escuchado bien sus últimas palabras.

La sidhe tragó saliva antes de hablar, pero entonces Moira se desmarcó del círculo de cazadoras unos cuantos pasos, quedando más cerca de ella. Awen estudió el rostro de la Nighean Stiùiridh con detenimiento, lo mismo que la hija de esta última, sin terminar de asimilar lo que estaba haciendo su madre.

—Si llega a nuestro conocimiento que sí sois como vuestros hermanos, lo pagaréis. Todos vosotros. Me da igual si tenemos que comenzar una guerra abierta. No me importa tener que entregaros a los fae personalmente, uno a uno. Si descubrimos que os habéis estado mezclando con los humanos, que les habéis estado haciendo daño, juro por Morrigan que volveréis bajo tierra, vivos o muertos.

A pesar de la amenaza, Brianna no vio señales de miedo en Awen, ni siquiera en su esencia. Su cuerpo estaba tenso como la cuerda de un arco en el momento previo a un disparo. Sus dedos se cerraban en torno a la empuñadura de la daga con fuerza, igual que los de Moira en torno al mango de su puñal, ahora totalmente expuesto. Las hojas reflejaban los tonos rojos y anaranjados del fuego que consumía la madera de serbal. El movimiento de las llamas parecía simular gotas de fluido rojo cayendo de las puntas de las armas.

La voz de Moira se alzó por encima del crepitar de la hoguera, clara y autoritaria, llegando a cada uno de los presentes, mortales, inmortales y dioses curiosos por igual. Testigos de un trato insólito entre cazadoras y presas.

—No traiciones mi confianza, Awen.

Capítulo 14

—Es increíble. Todo esto.

Brianna hizo un gesto con la mano para abarcar a lo que se refería. Awen asintió con la cabeza, sus ojos llenos de emoción apenas contenida ante lo que estaba viendo.

Los sidhe se preparaban para partir. Estaban listos para el comienzo de una nueva vida. Una vida que esperaban que fuese más benévola que la habían llevado hasta ahora.

Eran un grupo grande, más de lo que las sealgair habían planeado. Lo cual, por supuesto, había traído más problemas de los ya planteados. Las Nighean Stiùiridh de la Bruma Roja, el Espino Negro y el Halcón Azul nunca antes habían estado tan divididas en opiniones. Moira no había tenido que enfrentarse a una oposición como la que encaró cuando les transmitió sus deseos y los de Awen al resto de líderes. La determinación con la que defendió sus ideas fue la misma que de costumbre.

No podía decirse que las Nighean Stiùiridh fuesen compasivas o blandas; no podían, pues en sus manos estaba el bienestar tanto de humanos como de las propias sealgiar, o incluso el de todo el mundo de arriba. Eran mujeres que debían tomar decisiones basadas en estos preceptos, lo que era mejor para todos los que pertenecían al reino mortal. Traer hasta él a los sidhe, inmortales del mundo de abajo, era una decisión que prácticamente iba contra su naturaleza. Pero Moira sabía cómo hablar con las demás Nighean Stiùiridh, pues era una de ellas. Awen tampoco se quedaba atrás, a pesar de su corta experiencia. Sabía dónde tocar y cómo hacerlo; Brianna se lo había enseñado sin darse cuenta.

La hija de Moira estuvo presente en alguna de las reuniones previas a la marcha de los sidhe, pero solo aquellas en las que Awen y su familia también asistían. De todas ellas había salido con un dolor palpitante en las sienes y la sensación de que la habían partido en cien pedazos diferentes, cada uno de ellos de acuerdo con cada una de las posturas que se habían tomado.

Tanto los días anteriores como los posteriores a que se anunciase la decisión final fueron complicados. Eran muchas las cazadoras que se oponían a aquel plan descabellado de traer al mundo de arriba a inmortales, feéricos mayores por si fuera poco. Algunas, incluso, se atrevieron a sugerir que la joven sidhe, de alguna manera, había usado su magia y sus poderes sobre la Nighean Stiùiridh de la Bruma Roja; también sobre Brianna, por haberla defendido. Si Moira estaba al tanto de esas habladurías, no lo demostró. Si así era, no le importaban lo suficiente como para acallarlos. Brianna sí los conocía, pues muchas de sus

compañeras, mujeres a las que llamaba hermanas lo decían en voz alta delante de ella.

Las sealgair, a pesar de vivir en clanes separados, algunos a cientos de kilómetros de otros, funcionaban como una única unidad, como una gran red de pequeñas colmenas. Existían diferencias a la hora de obrar, por supuesto, pero eran nimiedades comparadas con el dilema que se planteó a raíz de la llegada de la familia de Awen. El malestar se instaló especialmente entre los clanes más pequeños, aquellos que no tenían la influencia de los tres principales, pues en ningún momento se tuvo en cuenta su opinión.

Finalmente, después de largos debates y de lo que Brianna llegó a pensar que terminaría casi en una guerra interna entre ellas, la decisión fue tomada. Se elaboró más brebaje y Awen y su padre, Kellan, fueron los encargados de ir a Elter a rescatar a los esclavos de los fae. Ninguna cazadora los acompañaría en su misión, y eso era algo en lo que absolutamente todas, hasta Moira, estuvieron de acuerdo. Awen tampoco dedicó unas palabras a intentar convencerlas de lo contrario; era su cometido casi personal sacar de debajo de la tierra a los suyos.

Drake se quedó con las sealgair, en el campamento liderado por Moira.

—¿No te da miedo dejarlo aquí?—le había preguntado Brianna a Awen cuando supo su decisión.

—Sí —contestó ella—. Pero no tengo una opción mejor. No pienso llevarlo de vuelta a ese lugar. Tú... —la sidhe dudó un momento antes de continuar— ¿podrías...? Si alguien intenta hacerle daño...

—Nadie va a hacerle daño —dijo Brianna—. Moira ha ordenado que no se os lastime a ninguno de vosotros, siempre y cuando no nos deis razones directas para hacerlo —puntualizó con una inclinación de cabeza.

Nadie iba a llevarle la contraria a su líder, a pesar de la cantidad de detractoras que se había granjeado entre las suyas desde que anunció su postura. Seguía siendo la Nighean Stiùiridh, una hija predilecta de Morrigan y, aunque muchas no entendiesen el por qué de sus decisiones, estas no se cuestionaban. Ninguna subordinada iba a llevarle directamente la contraria. O eso quería pensar Brianna.

—Pero si te quedas más tranquila —había proseguido la guerrera mortal— me quedaré con él. No lo perderé de vista mientras tú no estás.

Awen se había limitado a hacer un asentimiento con la cabeza después de tragar saliva.

Drake apenas interactuaba con Brianna, a pesar de que todo, absolutamente todo el día lo pasaba con ella. No hablaba más que para lo estrictamente necesario y, si podía hacerse entender empleando señas, excusaba construir frases completas o usar palabras. Brianna tampoco lo forzó a hacer más, a pesar de que la sealgair hubiera preferido que le diesen un poco de conversación que apaciguase el ruido de sus pensamientos. Al igual que su hermana, el chiquillo parecía entretenerse lo suficiente con los caballos como para no pedir nada más.

Los primeros sidhe que llegaron lo hicieron a comienzos del invierno. Provenían del sur del continente, donde el clima era más benigno y era más fácil llegar hasta allí a pie. Se instalaron en unas construcciones improvisadas en el campamento de Moira, en el interior del muro de estacas, pero alejados del resto de casas. Fue el único poblado que los acogió.

—Esto ha sido cosa tuya —había dicho una de las Nighean Stiùiridh, perteneciente al clan del Halcón Azul—, por lo tanto, tú serás la que se quede con ellos hasta que se vaya. Creo que es lo más justo.

—No sé cuántos serán en total —había replicado Moira, echando un rápido vistazo a Awen, que se limitó a encogerse de hombros—, pero dudo mucho que podamos acogerlos a todos en un solo poblado.

—Ese no es ya nuestro problema, Moira. Si las cosas salen mal, por lo menos que las primeras consecuencias caigan sobre ti.

La Nighean Stiùiridh de la Bruma Roja había arrugado la boca, casi como si quisiera enseñarles los dientes al resto de líderes, pero no llegó a hacerlo.

Poco después de que el invierno terminase, las casas provisionales que se habían construido para los sidhe se quedaron sin espacio. La única solución posible, además de construir un par de viviendas más, era alojarlos en los túneles que recorrían el suelo del campamento. Todos los poblados sealgair tenían más de una salida, situadas normalmente en extremos opuestos de la fortificación. Además, también contaban con una red pasadizos discurriendo bajo tierra que conectaban tanto con las casas como con el exterior del campamento. El momento más tenso de todo el proceso fue cuando se planteó esta alternativa a los sidhe.

—Te estás riendo de nosotros, ¿verdad?

El primero en reaccionar había sido Kellan. Brianna no pudo evitar arrugar el ceño al escucharlo hablar. Seguía habiendo algo en él que no la convencía. Puede que fuera el hecho de que se tratase un sidhe adulto, un ser más parecido a lo que ella estaba acostumbrada a cazar. No es que los más jóvenes no presentasen una amenaza a tener en cuenta, pero su

aspecto infundía en ella cierta compasión. Sobre todo, al ver las heridas y las marcas que surcaban sus cuerpos.

Esos muchachos y muchachas no tenían la culpa del destino que estaban sufriendo. Aun siendo feéricos de naturaleza belicosa, Brianna pensaba que no era justo que pagasen por lo que sus antepasados habían perdido tantos siglos atrás. Pensándolo fríamente y teniendo en cuenta lo que Awen le había contado sobre que les estaba prohibido llevar a cabo aquel viaje que les confería la inmortalidad, hasta los más adultos eran demasiado jóvenes para ser verdaderos culpables de nada. Sin embargo, Brianna no podía opinar con total objetividad, pues apenas conocía la historia de la Gran Guerra Inmortal más allá de su línea general; la primera gran contienda conocida en tierras inmortales se había saldado con la derrota de los feéricos que habían dado origen a las sealgair como especie, un conflicto del que los faes habían salido vencedores gracias a los poderes concedidos por los dioses. Pero, ¿de dónde había nacido su rivalidad? ¿Qué podía llevar a un pueblo a condenar a otro a la esclavitud y a vivir bajo tierra, como muertos en vida?

El padre de Awen presentaba señales de la dura vida que había llevado, igual que el resto. Pero su voz, su tono cuando hablaba, era afilado, no de una manera muy distinta a como lo era el de su hija, pero el suyo esta no estaba teñido por el matiz de la exigencia. Awen hablaba con calma y firmeza, de una manera parecida a las Nighean Stiùiridh, como una líder serena y segura, negociadora; su padre trataba de imponerse de la misma forma, pero con un modo más combativo, como si las sealgair fueran quienes le debieran la vida que se le había quitado y no los fae.

—Tiene que haber otra solución —habló ahora la joven sidhe que había dado comienzo a todo aquello.

— ¿Cuál? —replicó Moira, la exasperación y el cansancio dejándose entre ver en su voz— No podemos construir más viviendas. No caben dentro del poblado. ¿Preferís arriesgaros a que las hagamos fuera y que los feéricos os encuentren?

No, aquello tampoco era una opción. Parte del plan consistía en permanecer ocultos no solo a los fae, sino también al resto de feéricos. Nadie podía saber que había sido de ellos, a dónde habían ido a parar, ni a dónde se dirigirían a continuación. Los feéricos mayores irían a por ellos, sin duda, por simple orgullo, y los otros los ayudarían solo por el mero placer de verse envueltos en una guerra que les reportaría el tipo de entretenimiento que les gustaba.

El poblado estaba guardado por un hechizo que, si bien se dejaba sentir si uno se situaba lo suficientemente cerca, también tenía una especie de efecto repulsivo sobre los feéricos, actuando de una manera muy parecida a como lo hacía el brebaje que los sidhe habían usado para escapar. Otro

regalo del Libro de Dagodeiwos.

—Podrías rodearlas con el hechizo que oculta el poblado —propuso Awen.

—Tendrían que estar hechas con serbal de cazador para que funcionase, y creo que eso no sería de vuestro agrado.

Awen compuso una mueca de asco. La madera con la que las sealgair construían muchas de sus armas era uno de los pocos elementos naturales con los que contaba el mundo mortal para defenderse de los feéricos. También era el primero que habían usado, antes de aprender a forjar armas como las espadas o la ràsair sliasaid.

— ¿Sabes lo que supone para nosotros volver ahí abajo?

— ¿Y para nosotras que os ocultéis debajo de nuestro campamento? ¿En nuestros túneles, nuestra red de escape, debajo de nuestras casas?

Brianna no podía negar que tenían sus razones para estar coléricos; salir de una esclavitud bajo tierra para volver a lo que recorvada a una tumba no podía ser fácil. La joven sealgair se mordió la cara interna de los labios, indecisa no solo por intervenir, sino también por lo que decir si lo hacía.

El conflicto terminó cuando algunos sidhe se ofrecieron voluntariamente a ocupar los túneles. No fue una decisión fácil, pero si era la única opción que tenían, la aceptaban. No era momento de ponerse con esa clase de exigencias, pensaban algunos. No cuando estaban tan cerca de ser por fin verdaderamente libres.

Para sorpresa de Brianna, Awen eligió ser una de las que se ocupasen los túneles cuando no se encontraba en Elter ayudando a sacar a más sidhe.

—No paso mucho tiempo aquí, así que me da igual, que otro ocupe mi lugar en la choza. Además —había añadido con una sonrisa que podía calificarse de socarrona—, después de tanto tiempo viviendo bajo tierra, es extraño estar arriba, con tanto sol y aire fresco.

— ¿No te resulta complicado volver ahí abajo? —le había preguntado Brianna.

—Curiosamente, no —había contestado de la feérica, y después de unos instantes pensativa, puntualizó—. Cuando es una misma quien lo elige, es muy diferente. No dejas que... que la tierra te engulla. Es donde nací y dónde me crié, donde he pasado la mayor parte de mi vida. Tengo la sensación de que el barro y las raíces me han... moldeado. Construido —puntualizó, sacudiendo la cabeza con una pequeña sonrisa ladeada—.

Creo que suena muy extraño, pero...

—Te entiendo —dijo Brianna y al momento, casi se arrepintió. Luego de tragar saliva, puntualizó—. Creo que puedo entenderlo.

Tal vez las circunstancias hubieran sido muy diferentes, pero sabía y sentía, lo que Awen había querido expresar. Los túneles bajo la tierra habían sido su hogar, lo quisiera o no. Ese material y su situación la habían hecho ser quien era. De la misma manera que a Brianna la habían tallado en madera de serbal de cazador y la habían lustrado con sangre inmortal.

Nueve meses después de comenzar con su misión, no quedaban sidhe en Elter.

Muchos no habían sobrevivido al trayecto hasta el mundo mortal. Desde algunas Casas, las condiciones de viaje eran muy duras. Muchos de los que habían servido en la Casa del Agua y el Cristal habían perecido antes incluso de salir del territorio, que solía estar cubierto de nieve y hielo en muchas zonas todavía en lo más entrado del verano.

La Sombra y la Niebla tampoco era un lugar fácil; al norte de la Casa, el invierno era duro e inclemente, y esos detalles eran algo que el brebaje de invisibilidad completa no podía arreglar. Pero la estación más fría no era el mayor problema de esa Casa; el territorio que quedaba justo al norte de la Tierra de Nadie era el más grande de los seis que componían el continente de Elter, más incluso que la tierra de los feéricos salvajes. Había sido complicado recorrerla entera, asegurarse de que no quedaba ningún sidhe atrás en el condado de ningún lord. Sus bosques, espesos e interminables y sus montañas, que salpicaban la región aquí y allá, formando largas cordilleras que cortaban el paso o lo dificultaban continuamente, hacían honor al nombre de la Casa y a su Hijo Predilecto. Las sombras siempre parecían estar en el campo de visión, daba igual donde se mirase. Las altas ramas de los árboles parecían abrazarse unas a otras, formando una especie de tela de araña que apenas dejaba penetrar la luz del sol durante el día y a través de la cual casi no se entreveían ni las estrellas ni la luna cuando era de noche. La niebla bajaba de las montañas como si de un animal vivo se tratase, reptando por las laderas, serpenteando por los valles.

Brianna no había podido contener su curiosidad por saber qué era lo que había al otro lado de la brecha que guardaba Beinn Nibheis y Awen no había tenido problema a la hora de detallárselo.

Sin darse cuenta, en algunos momentos en los que se encontraba lanzada hablando, inmersa en los recuerdos de lo que había hecho en su última salida de rescate, Awen también expresaba lo que sentía. La sensación de libertad y de poder que le producía caminar por la misma tierra que el

resto de feéricos, por su mundo, sin miedo a que nadie la agarrase para volver a llevársela bajo tierra. Sin embargo, el hecho de tener que hacerlo siempre bajo al amparo de la invisibilidad la hacía sentirse como una intrusa en el que se suponía que era su hogar, y eso era algo que escocía como una herida a la que se le ha echado sal. El hermano de Awen solía reunirse con ellas, sin perder detalle de lo que su hermana contaba. Verlo así era extraño para Brianna, tan relajado, si es que esa palabra era la apropiada para las circunstancias en las que se encontraba, en un campamento rodeado de sus enemigas naturales. Tan seguro en brazos de su hermana mayor.

La joven sealgair dejaba volar su imaginación escuchando a la sidhe relatar los lugares que cruzaba para llegar hasta los suyos, describiéndole incluso inmortales de los que Brianna nunca había oído hablar. No todos los feéricos se dejaban caer por el mundo de arriba, eso las sealgair lo sabían, y era algo de lo que estaban agradecidas; ya tenían suficiente con los que sí lo hacían. Brianna trataba de poner rostro y cuerpo a aquellos seres, incluso a veces fantaseaba con los cuentos y los atributos que los humanos inventarían para ellos si supieran de su existencia. Lo que sí que no podía imaginarse era la esencia que cargaría el lugar; algunas de sus compañeras se habían quejado también de la presencia de los sidhe por cómo se cargaba el ambiente debido al poder que emanaba de ellos. Brianna también lo notaba, y reconocía que el sabor constante del metal y la tierra en la garganta, cosquilleando en su nariz como si se tratase de un mal primaveral, a veces se volvía extremadamente incómodo. Pasar un solo día en Elter, por lo tanto, debería de ser para una cazadora una especie de tortura desquiciante.

Brianna tenía la mente puesta en Elter y en sus habitantes mientras miraba a los sidhe y preguntaba:

— ¿Los faes no sospechan nada?

—No tienen ni idea de que es lo que ha ocurrido con nosotros —contestó Awen—; ni ellos, ni ningún otro feérico. No hemos dejado atrás a nadie que sepa dónde estamos ni que es lo que vamos a hacer a continuación.

Brianna asintió, echándole un vistazo de soslayo. Poco quedaba en aquel cuerpo que recordase a la esclava feérica que había sido; su forma esbelta ahora se parecía más a cómo los humanos describían a los seres como ella. Había crecido considerablemente en los últimos meses, aunque seguía siendo más baja que Brianna. Se había llenado con las formas propias de una mujer joven de su edad y ya no había huesos asomando por debajo de la piel de color blanco grisáceo, que había adquirido un tono más rosado y saludable, un poco tostado incluso. Su melena, que había vuelto a crecer, siempre estaba limpia y recogida en una trenza gruesa y brillante de la que el sol arrancaba reflejos rojizos. Su rostro seguía siendo anguloso, pero no presentaba filos cortantes en lugares como los pómulos

y la barbilla, y sus cuencas ya no parecían querer engullir sus ojos.

Uno de los pocos rasgos que se había mantenido intacto era su mirada. Oscura y afilada, siempre calculadora. Siempre atenta. Siempre preparada.

—Supongo que ya está, entonces. Nuestros caminos se separan aquí.

—Creo que por un tiempo, sí.

Brianna sintió como sus músculos se tensaban repentinamente bajo su ropa, de una manera dolorosa pero conocida. Se giró despacio hacia Awen, frunciendo el ceño.

— ¿Qué quieres decir?

Awen no contestó al momento. Siguió mirando a su pueblo terminar de prepararse para partir. Después de lo que a Brianna le pareció una eternidad, la feérica contestó:

—He estado pensando. Quiero... —vaciló un instante, humedeciéndose los labios antes de continuar— quiero la vida que no he podido tener hasta ahora con mi familia. Con lo que queda de ella, al menos. Pero también quiero venganza, Brianna.

La sealgair dejó escapar el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. La sangre comenzó a ir más rápido por su cuerpo, por sus músculos, cargándolos, exigiéndole que se pusiera en movimiento. Cerró los puños un par de veces antes de comenzar a hablar:

—Awen...

—Sé cómo suena —cortó la sidhe con suavidad—. Pero no voy a hacer nada sin el consentimiento de las Nighean Stiùiridh. Di mi palabra y voy a cumplirla.

Brianna calló, sin saber muy bien que contestar, o cómo reaccionar a lo que acababa de decirle. Dudó sobre si podía fiarse de la palabra de la feérica. Existía la creencia entre los humanos de que los seres del mundo de abajo no podían mentir y que estaban obligados por su naturaleza mágica a cumplir con todo aquello que prometían. Las sealgair sabían que esto era una verdad a medias; los feéricos sí podían mentir, pero eran más dados a engañar, tergiversando las palabras con cuidado, de manera que lo que salía por sus bocas era siempre una verdad a la que le faltaban detalles, muchos de ellos cruciales, guardando con cuidado aquello que les interesaba que no se supiera. Con los tratos hacían algo parecido; jamás aceptaban ninguno del que no supieran de ante mano que iban a salir

beneficiados.

Brianna se reprochó interiormente no haber visto venir las intenciones de Awen. Se preguntó qué pensaría su madre si se enteraba, si la cogería por sorpresa o si ya había previsto algo así.

— ¿Por qué me estás contando esto ahora? —murmuró.

—Porque es un plan de futuro —siguió hablando Awen con voz calmada—. Un futuro espero que no muy lejano pero, bueno...—hizo un gesto vago con la mano, señalando a sus congéneres—. La venganza no es lo primordial ahora mismo. Tenemos que asentarnos primero, sanar... —se mordió inferior y sus caninos afilados asomaron durante un instante—. Hay mucho que sanar. Tenemos que recuperar muchas cosas que hemos perdido en estos años bajo tierra. No sé quién va a ser la Nighean Stiùiridh de este clan de Bruma Roja cuando vuelva —dijo despacio, su mirada oscura clavada en los ojos verdes de la cazadora—. Los inmortales calculamos el tiempo de una manera un poco diferente a los humanos y lo que para nosotros pueden ser unos pocos años, para los mortales no.

—El título de Nighean Stiùiridh no pasa directamente de madre a hijas —respondió Brianna automáticamente al darse cuenta del camino que estaba tomando la sidhe—; se elige en un consejo entre todas las mujeres del clan que han pasado el flùr le fuil.

Awen enarcó una ceja, un gesto que Brianna no supo cómo interpretar. Se hizo el silencio entre ellas; el de la cazadora, preocupado, y el de la feérica, pensativo.

Cuando Awen volvió a hablar, lo hizo en el mismo tono tranquilo.

—Voy a necesitar ayuda. Ese libro, esos manuscritos o como queráis llamarlos son muy interesantes. Estoy segura de que no solo contienen truquitos como el que hemos usado para sacar a los míos de Elter —dijo con un evidente brillo astuto en sus ojos.

—El Libro de Dagodeiwos no es un juguete —respondió Brianna con voz firme y ligeramente cortante—. Su magia es poderosa, no es... —se humedeció los labios tratando de buscar cómo expresarse, pero era complicado, pues el Libro en cuestión era algo que las sealgair tampoco terminaban de comprender del todo—. Ni siquiera es como la de los Hijos Predilectos, Awen. Lo que hay en esos escritos es el poder de vuestros dioses.

—Si ese libro es el de los inmortales y los Hijos Predilectos adquirieron sus poderes gracias a él, tal vez haya algo ahí que nos permite devolverles el

golpe.

Brianna puso los ojos en blanco. Las piezas encajando de pronto muy rápido, con demasiada brusquedad. Awen quería venganza, pero la quería de una manera en particular. La sidhe quería repetir la historia. Toda ella.

—No sabes dónde te estás metiendo. Una cosa es crear un brebaje de invisibilidad o un hechizo para ocultar nuestro campamento, y otra muy diferente es invocar a un dios.

Awen resopló y emitió un sonido a medio camino entre un gruñido colérico y un gemido dolorido. Sus ojos se cruzaron con los de la sealgair y esta llevó las manos a su arma por instinto, pero no llegó a desenvainarla. Algunos de los presentes que presenciaron el gesto y notaron el cambio alrededor de las dos jóvenes se quedaron quietos, tensos.

Awen recuperó la compostura y Brianna separó los dedos de su espada corta. Cuando volvió a hablar, la voz de la sidhe estaba de nuevo en calma, pero todavía había algo en ella que se revolvía, como un mar plácido en la superficie, pero con fuertes corrientes escavando el fondo.

— ¿Por qué vosotras podéis enfrentaros a ellos como queráis pero nosotros no? ¿Por qué son solo válidos vuestros términos?

—Porque aunque no seamos completamente humanas ni pertenezcamos del todo a este mundo —respondió Brianna sin poder evitar el dejo afilado que acompañó sus palabras—, su cuidado sigue siendo nuestra responsabilidad, y solo nuestra.

—Hablas como tu madre.

—Hablo como una sealgair —puntualizó Brianna—. Puede que no me haya comportado contigo de la misma manera que el resto, pero no cometas el error de olvidar lo que soy, feérica.

Awen la contempló en silencio, su mirada oscura cautelosa y analítica otra vez. Brianna aguantó su escrutinio sin vacilación.

—No, claro que no —replicó la sidhe con sencillez.

Awen tomó su petate del suelo. Era una bolsa sin muchas provisiones, solo algunas cosas estrictamente necesarias para el camino, como comida, algo de ropa y un par de puñales que habían pertenecido a Brianna antes de que esta desarrollase su predilección por la ràsair sliasaid. Y, por supuesto, el brebaje de invisibilidad. Era lo que más ocupaba en el equipaje de los sidhe que partían, pues las sealgair se habían negado en pleno, sin ningún tipo de discusión posible, a darles la fórmula para hacerlo por sí mismos. Lo que llevaban tenía que ser

suficiente para poder alcanzar la tierra conocida como Cymru, situada muy, muy al sur y al oeste de las tierras altas. Un lugar en el que hacía siglos que no se reportaba la presencia de feéricos debido a lo alejado que se encontraba de Beinn Nibheiss y que tampoco contaba con la presencia de cazadoras. Sin embargo, seguía siendo un lugar cuyas gentes conocían la existencia de los seres de los montículos, como acostumbraban a llamar a los feéricos en algunas regiones, aunque fuera a través de cuentos e historias susurradas a la luz de las velas.

Si los sidhe se mezclaban con los humanos, de la manera que fuese, las sealgair se enterarían, más tarde o más temprano, y tomarían cartas en el asunto, como habían prometido. Harían aquello que considerasen necesario para detenerlos, fuera lo que fuese. Recurrir al Libro de Dagodeiwos, o una fuerza del calibre de los propios sidhe, como otros feéricos mayores.

Awen había dado un par de pasos en la dirección del resto de feéricos, que se agolpaban a las puertas de campamento, donde ya comenzaban a dar los primeros sorbos del brebaje que en escasos momentos los tornaría invisibles incluso para los desarrollados sentidos de las cazadoras.

La joven sidhe se paró, y Brianna pudo ver la vacilación en su gesto aun estando de espaldas a ella. Cuando se giró, los ojos de ambas, pardo oscuro y verde musgo, se cruzaron. Awen tragó saliva e inhaló una corta bocanada de aire antes de hablar.

—Gracias. Por... por lo que has hecho.

Brianna parpadeó.

Se habría esperado muchas palabras por parte de la feérica, pero no esas. No la gratitud. Porque los seres que salían del interior de la montaña, no conocían lo que era aquello. No con los mortales, al menos. Pero allí estaban aquellas palabras, suspendidas entre la cazadora y la feérica.

Brianna solo se limitó a asentir con la cabeza. La sidhe le dedicó un último gesto antes de darse la vuelta; una sonrisa, pequeña pero lo suficientemente amplia como para que las puntas afiladas de sus caninos asomasen por encima de su labio inferior.

Mientras la sidhe caminaba dándole la espalda, la sealgair susurró, tal vez demasiado bajo para que la feérica la escuchase. Puede que lo suficientemente alto para que otros la oyesen.

—Buena suerte, Awen. Espero que encuentres lo que estás buscando.